

CLARA OBLIGADO



LA BIBLIOTECA DE AGUA



CLARA OBLIGADO

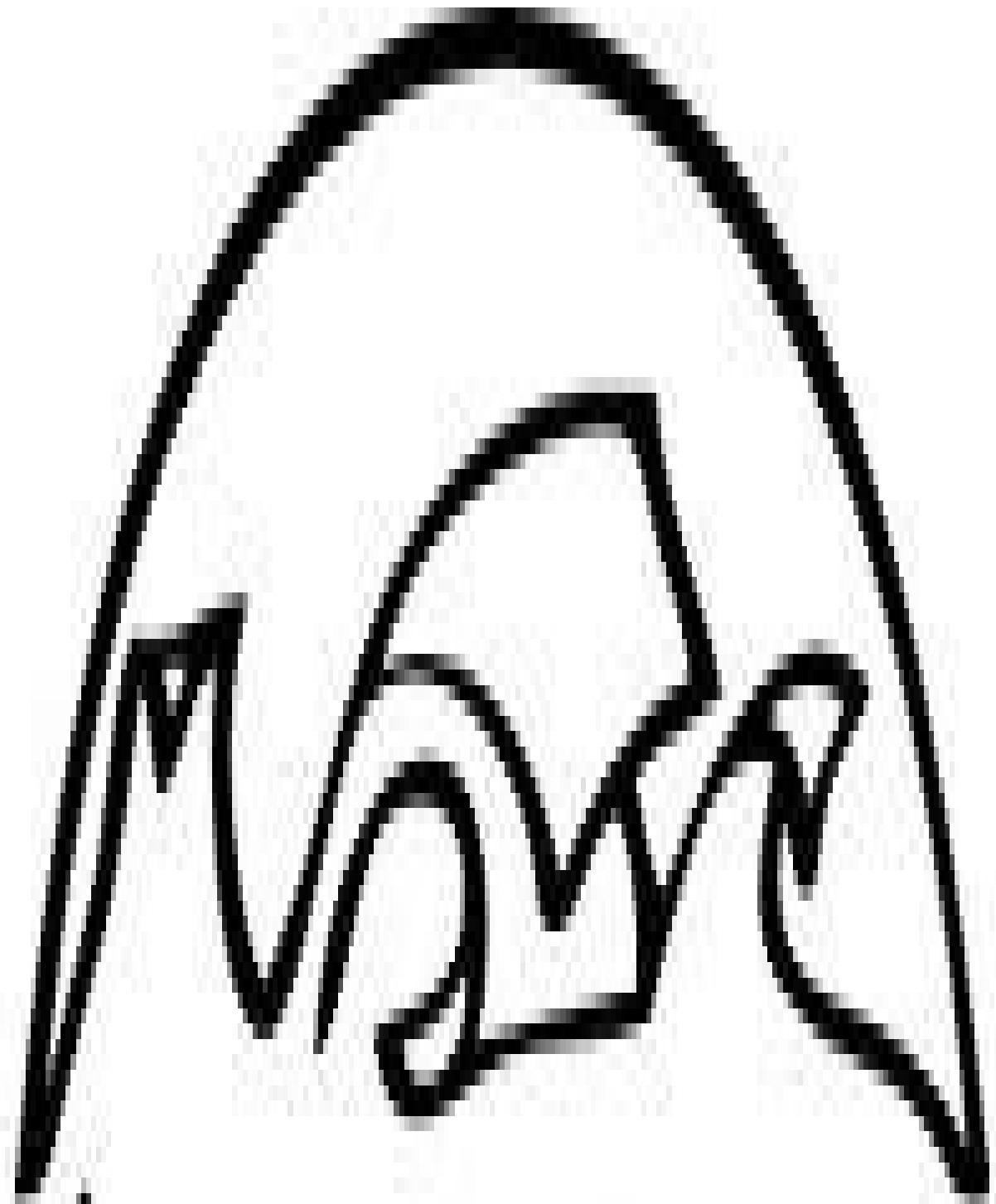


LA BIBLIOTECA DE AGUA



Clara Obligado

La biblioteca de agua



PÁGINAS DE ESPUMA

Clara Obligado, La biblioteca de agua

Primera edición digital: abril de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-642-9

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Colección Voces / Literatura 277

© Clara Obligado, 2019

© De las ilustraciones: Alejandro Fernández Banegas y Julieta González
Obligado, 2019

© Del diseño de cubierta: Julieta & Grekoff, 2019

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2019

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.^o izquierda

28004 Madrid

Teléfono: +34 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

A mi hermano Pablo, a nuestros paseos por Madrid

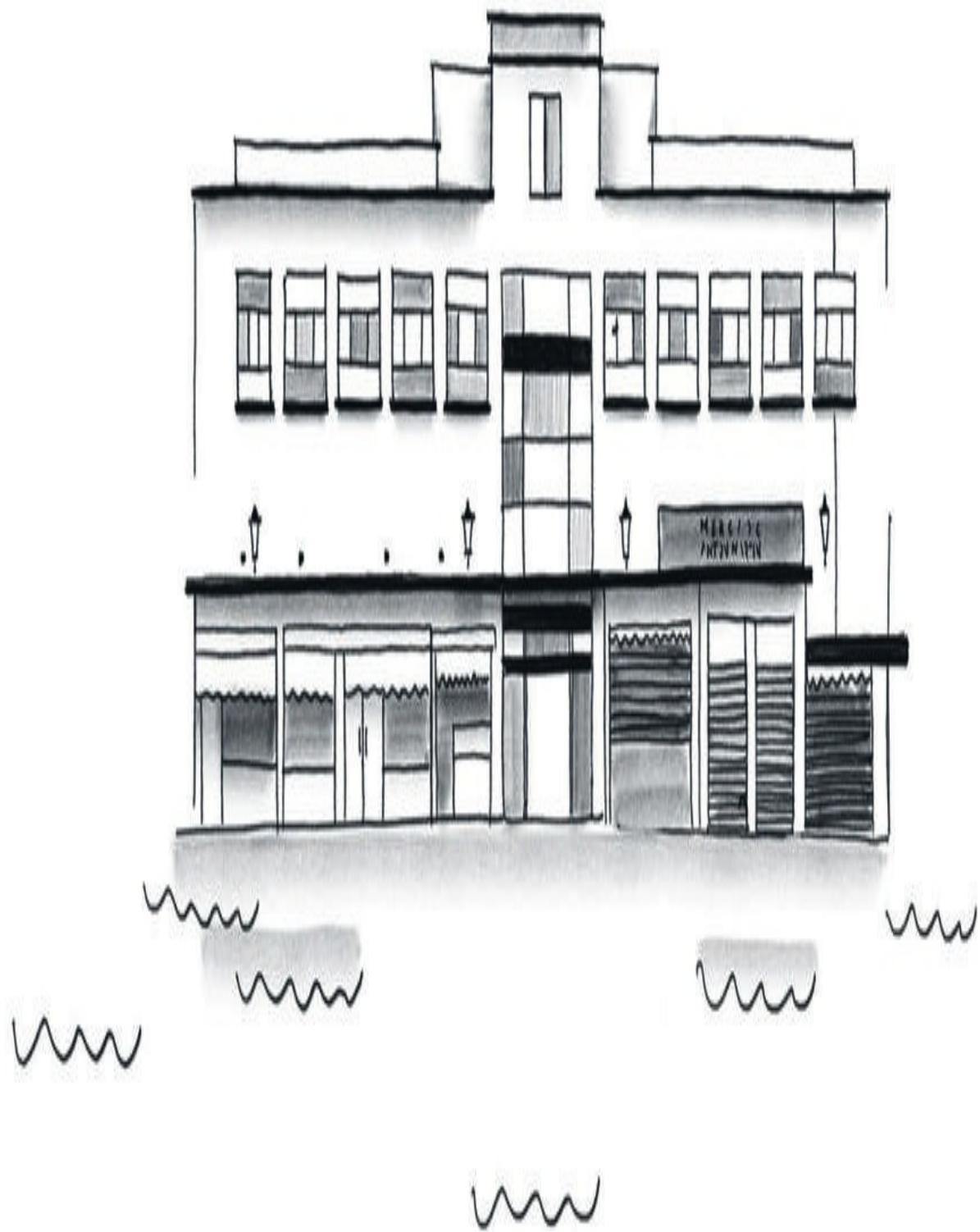
... cuando llueve, o cuando nos duchamos, cada gota que cae sobre nuestra cabeza ha regado las primeras formas de vida y tiene miles de millones de años de antigüedad. Sólida, líquida o gaseosa, el agua se mantiene constante desde el comienzo de los tiempos. Al menos desde el Jurásico, cuando un meteorito pudo expulsar al espacio una fracción importante del agua primitiva que albergaba nuestro hermoso planeta azul.

En charla con José Miguel Viñas

Al poco de llegar a Madrid, me fui a vivir a un piso en la calle de Lope de Vega, 2, en el Barrio de las Letras. No conocía a nadie y con algunos vecinos conformamos una curiosa familia que me ayudó a mitigar la soledad y comprender mi nuevo mundo. Ellos transitan estas historias, modificados por las exigencias de la ficción, y este es mi homenaje. Allí escuché sus relatos, allí nacieron mis hijas, allí me convertí en escritora y viví durante dieciséis años. En esa casa aprendí a pensar las ciudades, lo grande desde lo pequeño, lo lejano desde lo próximo, la inmensidad de la historia desde alguien que mira por una ventana.

*Este libro es parte de un experimento narrativo que comenzó con *El libro de los viajes equivocados* y continuó con *La muerte juega a los dados*. En ellos investigaba una suerte de escritura híbrida o mestiza, situada entre el cuento y la novela, que expresara el mundo roto que quería representar. Este volumen cierra el proyecto y suma la peculiaridad de ser un palíndromo, es decir, puede ser leído en dos direcciones, del primer cuento al último, o del último al primero, produciendo no una variación en la historia, sino más bien ciertas perplejidades literarias.*

**La imaginación
(Agua embotellada)**



Liz se subió a una silla, metió la mano en el estante más alto del armario e intentó bajar la maleta que su marido había guardado. Al tirar de las correas cayó sobre su cabeza un kit de juguetes eróticos. Miró hacia abajo, donde un vibrador saltaba como un gusano epiléptico, rodaban dos bolas chinas, un par de esposas patinaba sobre el parqué. Pero lo que más la asombró estaba escondido al fondo y, entre una nube polvorienta, tardó en rebotar sobre su cabeza: era un par de zapatos rojos.

¿Un par de zapatos rojos?

Sí señor, un par de zapatos rojos.

¿Qué hacía ahí?

Se sentó en el suelo y se los calzó. Le quedaban grandes, pero no tanto como para pensar que eran un disfraz de su marido. Estaban hechos de satén, tacones con pedrería. Ni nuevos, ni viejos. Preciosos, pensó y, como si le quemaran, los devolvió a su escondite.

Preparó la cena y se dispuso a esperar a Fernando. Finalizaba la primavera, hacía calor.

Liz y Fernando se habían conocido en un bar de Madrid, cuando ella pretendía mejorar su castellano y pasar un tiempo lejos de la familia. Se sintieron tan atraídos que, una semana más tarde, al despedirse en el aeropuerto, acordaron seguir con la relación. Así empezó un romance virtual en el que él le hablaba de su vida en Burgos e izaba frente a la pantalla cientos de imágenes. El colegio de los curas, su primer trabajo, el interés por las aguas embotelladas, los envases creativos. Lo que había cenado. Lo que desayunaría mañana. A Liz le hubiera gustado un poco más de misterio, alguna grieta en la relación transparente que él desplegaba, un poco de imaginación, pero la enternecía ese entusiasmo de mascota.

¿Imaginación, Fernando?

¿Zapatos rojos?

No lo había visto cambiar ni el modelo de gafas, era tan previsible como el agua estancada.

¿De dónde habían salido esos zapatos?

Fernando llegó acalorado, mientras se arrancaba la corbata describió minuciosamente su día en la oficina, encendió el televisor. No había logrado que los restaurantes de la cadena X aceptaran sus aguas de lujo con oxígeno, estaba tan molesto que Liz valoró si era oportuno montarle una escena. La gata, que había permanecido toda la tarde estudiando la rutina de los gorriones, se metió bajo la cómoda e hizo rodar una bola china. En lugar de tirársela por la cabeza, Liz la escondió en el bolsillo.

Esa noche, al ver a Fernando embutirse el pijama y plegar las gafas sobre la mesilla, pensó que su madre aún lo teledirigía desde Burgos. Lo curioso vino cuando apagaron la luz y ella, con lo baja que tenía últimamente la libido, resucitó.

Por la mañana encontró una nota: «Vuelvo el martes», decía, y pensó que, además de completar las citas de un capítulo de su tesis, podría bajar a la zapatería, donde confeccionaban calzado artesanal para bailarinas de flamenco.

Dedicó la mañana a reflexionar en uno de esos bares de diseño que brotaban por el barrio. Vio pasar a un grupo de turistas (cómo se diría, ¿bandada, manada, cardumen, rebaño, jauría?) montados en sus segway. Cascos amarillos, sonrisas bobaliconas, mochilita con emblema corporativo. En las mesas, otros norteamericanos sorbían zumos vegetales, se sumergían en sus pantallas e intercambiaban un estilo descuidado y costoso. Pidió más café e hizo una lista con sus sentimientos. Los tachó uno a uno hasta que, en medio de la página, navegó, solitaria, la cuestión principal:

¿Estoy celosa?

Liz y Fernando eran una pareja abierta, lo suficiente como para permitirse algún descarrío, pero le resultaba imposible imaginar a Fernando con una relación clandestina. En cambio ella era difícil de impresionar con el sexo. Sus padres habían sido swingers, algo bastante corriente en la Arkansas de los setenta, estaba acostumbrada a las playas nudistas, los veranos cansinos en Cap d'Agde, las miradas en las que asomaba el deseo de un ama de casa que, completamente desnuda, arrastraba un carrito de la compra. Podía adivinar cómo era el cuerpo

de cualquier persona vestida, y podía adivinar cómo quedaría vestida una persona desnuda, pero la verdad era que nunca le había gustado ese intercambio permisivo y puritano, esa especie de reunión parroquial en la que los feligreses transitaban en pelotas y copulaban con la ansiosa candidez de una pareja de hámsters.

Es decir: los juguetes eróticos, vaya y pase, pero ¿y los zapatos?

Decidió dar un paseo. Un grupo rodeaba a un actor vestido de don Quijote. Liz escuchó que decía «Pokémon», «telediario y gominola» y, señalando el bar de González: «wine and dishes». Empuñaban una botellita de agua. Sí, Fernando tenía razón, terminaría forrándose. Cerca del mediodía volvió a su tesis, eran casi las cuatro cuando sonó el móvil:

—¿Diga?

Había alguien del otro lado, se oía su respiración. Si ese alguien era la dueña de los tacones rojos, en este momento no estaba con Fernando. Bajó los zapatos y se los calzó. Le costaba caminar, pero cuando volvió a sentarse frente al ordenador, vio que las frases manaban con una facilidad pasmosa. ¿Zapatos mágicos? ¿Como los de El mago de Oz?

Antes de acostarse, el teléfono volvió a vibrar. Era Fernando, para avisarle que estaría fuera un día más. Antes de cortar, le dio la impresión de que se oía la risita de una mujer.

Durmió mal y se levantó pensando en sus padres, en la norma sagrada de los swingers, que prohibía todo tipo de acercamiento sentimental con las parejas ocasionales. Después del desayuno bajó a tirar en el contenedor los juguetes eróticos. Cuando se vio con el vibrador bamboleándose entre las manos, le dio un sacudón de risa. Se quedó con los zapatos. Tenía que avanzar con la tesis.

En la buhardilla había una pared medianera que daba al edificio vecino y que había sido construida allá por el siglo xvii, cuando comenzó a levantarse el Barrio de las Letras, cuando sor Marcela, hija ilegítima de Lope de Vega, era monja en el convento de las Trinitarias, cuando escribió esos poemas esdrújulos que ella estaba estudiando. Liz adoraba ese muro, lo llamaba «la pared de las caricias», no había colgado nada y le gustaba pasar la mano por las minúsculas grietas del tiempo. Allí buscaba inspiración, allí, uno de los tantos días en los que Fernando estaba de viaje, apoyó la espalda. En el acto sintió que,

atravesando ladrillos y tiempo, una mano comenzaba a acariciarla. Era, probablemente, la cañería, o el sol de la tarde acumulado en la pared de piedra, pero se sintió consolada. Cada vez que estaba triste se sentaba allí, con una taza de té entre las manos, las piernas estiradas y contemplando sus zapatos. ¿Sus zapatos? Los zapatos tenían una diminuta mancha en la tela. ¿Barro?, ¿una gota de vino?

No salió en todo el día, con ese calor sería un coñazo subir seis pisos así que todo su contacto con el exterior consistió en asomarse a la ventana que daba sobre Lope de Vega para contemplar el atardecer de fuego. Hacia la calle del León se amontonaban barecitos en los que los turistas fumaban o bebían mirando el crepúsculo. Era una zona restringida a los coches, las voces subían como el mar. Le gustaba imaginarse el barrio cuando fue construido, las historias de esas grandes cáscaras de piedra, los sonidos de la noche, cuando los coches no existían, cuando el agua manaba de las fuentes. Bebió su té y pensó que le había hecho bien este aislamiento, necesitaba desnudarse de calles y de ruidos, perder el tiempo contemplando el burbujeo de las nubes. Habían pasado meses desde la última lluvia, pronto comenzarían a restringir el agua. Le gustaría escribir una historia del barrio a partir de su perfil más leve. Pero antes tenía que terminar la tesis.

Después de cerrar un acuerdo más que conveniente, Fernando regresó pletórico. No solo había vendido las aguas de lujo, sino que el cliente también estaba interesado por el diseño de los envases, que era donde estaba la pasta, tal vez pudieran plantearse una casa propia. Una casa nuestra, Liz, basta de alquileres, medio gritó, quitándose las gafas, frotándose la nariz, un adosado con jardín y fuente, y habló del anticipo, la hipoteca, de aprovechar la crisis, de un barrio más tranquilo y Liz no supo evaluar si estaba realmente contento o si esa euforia escondía otras culpas. Llevaba entre las manos una caja que parecía una pizza.

—¿Y eso?

—Otra camisa. Tengo demasiadas reuniones. Y, sin abrirla, la guardó sobre la maleta de donde habían emergido los juguetes eróticos.

Aunque no fue como para lanzar cohetes, esa noche hicieron el amor. Por la mañana, Fernando canturreaba en la ducha y partió animoso, temprano. Ella

aprovechó para bajar a la zapatería, donde la empleada le dijo que no tenía ni idea de dónde podía haber salido esa maravilla, están hechos a medida, comentó, un lujo que pocas pueden permitirse. Lástima la manchita, la sangre no se quita así como así.

En el mercado de Antón Martín compró sushi, hubiera sido mejor verdura, pero comer hidratos es lo que más consuela, luego pidió una empanada en el Benteveo. Se estudió en el cristal del escaparate, su pelo azafranado era ahora una madeja fuera de control. ¿Se estaba abandonando? ¿Era por eso que Fernando buscaba alternativas? ¿Se había convertido en una mujer incolora, inodora, insípida? Las nubes, muy altas, parecían veladuras de acuarela. Sí, tenía que cambiar. Un corte. Dieta. Lencería. Lo de siempre. ¿Cuánto hacía que no se calzaba unos tacones? Abrazó los zapatos hasta sentir su calor. Cerca de CaixaForum recorrió las tiendas de muebles vintage, disfrutando de la armonía simétrica de las maderas pulidas. Si se cambiaba de casa, podría permitirse algún capricho. Al cruzar León casi se la lleva por delante un grupo en patinete. Dentro de todo, este sucedáneo de turismo cultural que estaba cambiando el Barrio de las Letras era menos letal que el de los borrachos que vociferaban en la Puerta del Sol como si les estuvieran arrancado los intestinos.

Estaba frente al ordenador con los zapatos rojos puestos cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez le pareció que la persona que estaba al otro lado lloraba, aunque quizás se trataba de un resfriado. Mientras intentaba oír algo más, metió la mano en su bolsillo y encontró la bola china, se la lanzó a la gata. Volvió a sentarse contra la pared de las caricias y se puso a estudiar los zapatos. La manchita seguía ahí. Descubrió una zona del tacón con la tela levantada, como si alguien hubiera tenido que salir corriendo. No una carrera larga, sino más bien una señal de furia, un taconazo que cortaba una situación molesta. La dueña de los zapatos tenía las piernas ligeramente torcidas, estaban desgastados hacia fuera. Pies potentes, nervudos. ¿Las uñas pintadas? Sí, del mismo rojo. Seguro.

Buscó una palabra del texto de sor Marcela que no conocía: «ebúrneo». Quería decir «marfileño». ¿Cómo se diría en inglés? La añadió al pie de página y, contenta con el resultado, se quedó pensando en la vida de la monja, en esos poemas pudorosos. ¿Era posible que nunca hubiera pensado en el sexo? Todos decían que había sido una joven hermosa, para la época una intelectual. ¿No se habría enamorado jamás? Seguro que no, la vida de las monjas... Yo misma parezco una monja, pensó Liz. Le dio a «guardar». Estaba tan cansada como si hubiera caminado todo el día con esos tacones por la ladera de una montaña. De

pronto recordó la caja que su marido había ocultado y fue a buscarla. Ya no estaba allí.

¿Estoy celosa?

En el cubo de la basura estaba el envoltorio en forma de pizza, y tenía dentro un papel de seda más propio de lencería femenina que de una camisa. Decidió salir. En la escalera chocó contra la vecina de abajo, el resto de los pisos estaba alquilado por Airbnb y solo participaban de la vida en común gritando por las escaleras o equivocándose de timbre. La chica era alta, con una cabellera triunfal, llevaba unos pantaloncillos tan cortos que dejaban asomar la sonrisa de las nalgas.

—Una mancha, dijo, tengo una mancha de humedad justo bajo vuestro baño, y acabamos de pintar. Ven a verla.

Liz no pudo negarse. Si no tomaba en cuenta los techos abuhardillados, los pisos eran idénticos, aunque daba la impresión de que la casa pertenecía a una época más moderna, los muebles eran los que ella hubiera elegido, pero combinados con cuadros importantes. La vecina parecía bastante más joven que Liz, se había mudado hacía poco y Fernando había comentado que le caía bien.

—¿Qué quieres decir?

—Que parece amable. Y es guapísima.

Mientras le prometía llamar al dueño para que enviara al seguro vio que, sobre la cama, había desplegado un conjunto nuevo de ropa interior. Era rojo.

No pasó nada más en todo el día. Por la tarde Liz se embutió en el chándal y comprobó que hasta la pendiente cuesta abajo de El Retiro la agotaba. Protegida por el verde denso de los árboles hizo estiramientos, empezó a trotar con los michelines vibrando acusadores, dio una vuelta al lago.

Esa noche soñó que vivía dentro de un zapato gigante. Soñó que se paseaba desnuda por la escalera con el carrito de la compra y su vecina la invitaba a entrar, también estaba desnuda, llevaba los zapatos rojos, las tetas eran enormes, como de marfil. Ebúrneas, susurró Liz, contenta de que, hasta en el sueño, hubiera podido encajar la palabra. De pronto aparecía Fernando, exhibiendo una erección tan alta como la lanza de don Quijote. ¿Quién se la habría provocado?

La pregunta la punzó frente a la taza del desayuno.

Y se le ocurrió la idea. Llamó a Bernardino. Era un hombre que podía tener cualquier edad entre los cuarenta y los sesenta, de sonrisa desdentada e infantil, un cuerpo con músculos de acero. Rubio, o tenía el pelo blanco, imposible saberlo, siempre estaba cubierto de yeso. Tocó el timbre, salió la vecina y Liz la invitó a subir. «Así vemos juntas lo de la pérdida de agua», dijo, «está el fontanero», y la otra, retrocediendo «que se ocupe el seguro», y ella, «un minuto, nada más, yo lo pago, así conoces al manitas del barrio». La chica era educada, de modo que observaron en silencio la espalda tensa de Bernardino, el comienzo de su culo poderoso mientras removía los caños bajo el lavabo. Un borboteo, como una arcada, subió por las cañerías. Parece que alguien tose, dijo Bernardino, y le dio un golpe, pasa en todas las cañerías de esta manzana, como si hubiera alguien dentro. Y rio. Liz invitó a su vecina a un café. Sobre el sillón había colocado estratégicamente los zapatos.

—Qué preciosidad.

—Pruébatelos, pruébatelos.

La vecina puso cara de «no estaré en manos de una desquiciada», pero quién se resiste a llevar, aunque no sea más que durante unos segundos, unos zapatos como esos. Y el tironeo, los apretones, la cara de pena:

—Me quedan pequeños. Y le confesó que su gran complejo eran los pies, demasiado grandes, dijo, toda la vida se han burlado de mí, quería ser modelo, pero...

Con esa pobre chica lloriqueando en su sillón, Liz se sintió una infame, qué derecho tenía a arrastrarla a esas confesiones. Y de culpa en culpa se pusieron a conversar y pasaron el resto de la tarde. Cuando se fue estaba tensa, muerta de miedo de que a Fernando se le ocurriera volver temprano.

Fernando llegó con un ramo de lirios de regalo. ¿Delirios? Eran las flores que más le gustaban, si eso no era un indicio de culpabilidad, entonces qué. Con una voz neutra le dijo que ya tenía el dinero para el anticipo, he hablado con mi madre, me lo va a dejar, y añadió que podían mirar anuncios, toda la tarde con las cuentas, perdóname por no haberte llamado. Además, declaró, ahora con el

tono de quien ha tomado el Palacio de Invierno, hemos logrado importar las aguas de Helsinki, ¡la Veen Water, querida! Ni yo me lo creo. Liz se levantó descalza, abrió una botella. Brindaron, aunque no estaba del todo segura de no estar celebrando su funeral. ¿Y si sus padres tenían razón? ¿Había que sumar emociones fuertes a la pareja para sobrevivir a una rutina tan insípida como las aguas que vendía su marido? ¿Lo más estimulante era el intercambio? Las nubes delicadas de ayer habían dejado paso a un cielo dibujado en carbonilla. Quizá la chica de abajo... Qué disparate, no podía ser ella, habían pasado la tarde juntas. La tarde sí, le replicó su desagradable vocecita interior, pero no la noche. Fernando hablaba y hablaba, hacía planes. No podía ser tan cínico, tan mentiroso, se dijo Liz, mientras se paseaba desnuda ante el estupor de él, mientras se dormía, agotada, entre sus brazos.

Despertó como si se hubiera exhibido sin túnica por una orgía romana. Fernando le había dejado una nota llena de coroncitos donde la invitaba a cenar. «Hablaremos», le decía. Y añadía: «estuviste maravillosa». Caía una lluvia sucia que manchaba los cristales. ¿Qué forma tendría una gota de lluvia? ¿Una lágrima? Tenía que ir a la biblioteca, pero moverse le parecía imposible, el bochorno había convertido la calle en una sauna, le apetecía perder el tiempo. Para darle visos de utilidad, buscó en Wikipedia: si es una diminuta, una gota de lluvia es una esfera perfecta, si tiene un tamaño medio, se parece a un panecillo de hamburguesa. ¿Hamburguesas? Echa de menos su casa.

Definitivamente no le apetecía salir. Además podía encontrarse con la hideputa de abajo. ¿Hideputa? Por favor, estoy desquiciada. ¿Qué le había hecho la vecina? Se asomó a la ventana para ver si el aire se llevaba esas ideas locas y vio que, en el piso de abajo, un hombre, de pelo muy rizado y hombros anchos, se asomaba también. Miró hacia arriba. Mulato, antebrazos potentes, tatuados, manos nervudas. Bituminoso. Ahí encajaba esa palabra. Vaya pareja que tenía su vecina, macizo como un replicante afro de Blade Runner.

Una ley de los swingers prohíbe que personas sin pareja se sumen a los intercambios sexuales, no se trata de buscar algo que no se tiene, sino de ampliar el horizonte; salvo resquebrajar el sagrado vínculo, todo está permitido. Sus padres y los bosques en los que había crecido, la fría libertad de los lagos, los oficios en el templo, la pequeña fábrica de grano, el tufo en su ropa cuando regresaba de la granja, la luna, con su halo de humedad. ¿Qué hacía ella en Madrid, escribiendo una tesis sobre algo que a nadie le importaba? ¿A quién podía interesarle la historia de una monja de clausura que solo había pasado a la

historia porque vio desfilar, desde esas celosías, el entierro de su padre? Sor Marcela de san Félix. Había una placa a las espaldas del convento, en la calle de las Huertas, con letras casi ilegibles.

Si la chica de abajo tenía novio, se podía intercambiar. Imaginó la escena: ¿en tu casa o en la nuestra? ¿Un hotelito? ¿Nos encontramos en la verdulería? ¿Así habrían actuado sus padres? ¿Un contrato directo y claro? Y ella, ¿no deseaba para Fernando alguna zona de sombra? Sentada contra la pared de las caricias, se dijo que, si no podía soportar que Fernando tuviera una aventura, debía divorciarse. La mano, que parecía acariciarla, la consoló. No seguiría por hoy con su tesis, pasaría la tarde en el Museo del Prado. Estaba ya a punto de vadear el calorazo de la avenida cuando vio, rosados como centollos, un rebaño de turistas disolviéndose al sol. Años atrás, ella era uno de esos seres admirados que podía esperar horas para ver las espaldas de los que decían ver a la maja de Goya. Evitando contingentes de asiáticos llegó a la peluquería y se cortó el pelo exactamente como lo llevaría la mujer de los zapatos rojos. Porque ella, la que se había comprado esos zapatos, no podía tener el pelo largo y revuelto como una americana loca. Con ese cuello fuerte y esbelto sin duda llevaría la nuca rapada. Pies firmes, caderas generosas. La imaginó nadando en los fríos lagos de Arkansas. No, Arkansas no, algún paraíso tropical. De pronto salía del agua y lanzaba una carcajada exhibiendo una lengua ancha como una pala. Y la gota de sangre era sangre de la nariz. Alguien le había pegado. ¿Fernando? ¿Qué hacía Fernando inmiscuyéndose en su paraíso tropical imaginario? Además era un buenazo. ¿O tenía doble personalidad? La mancha de sangre y el golpe del tacón, sin duda ella había reaccionado con violencia. ¿Por qué suponer que la mujer no sabía defenderse? Se dibujó a sí misma dentro de ese cuerpo de leona, enfrentándose a Fernando. Se miran y oscilan entre el deseo de atacarse y el de copular. Ella da un paso hacia delante. Se besan, se muerden. ¿Disfrutan? Claro, como salvajes, con esa rabia en el cuerpo, cómo no van a disfrutar.

En casa se dedicó a estudiar las nubes que, como esculturas efímeras, vagaban ominosas sobre un cielo aún despejado. Recordó las nubes gigantescas vistas desde el avión, su desarrollo vertical. ¿Qué había dentro de ellas, qué transportaban? ¿Cuánto pesaría una nube? Nubes son, y no naves. Un verso precioso. ¿Góngora?

Fernando llegó temprano. Se había puesto un algodoncillo en la nariz, llevaba sangrándole todo el día. Bajo el brazo, una caja. Ábrela, le dijo, y Liz sacó un bolso rojo. Un bolso carísimo. Dios. ¿Estaría casada con un vidente o con un

perverso? Se quedó estudiando la sonrisa ilegible de su marido, esos ojos de vaca mirando pasar un tren.

—No tengo zapatos que combinen y, al decirlo, sintió que estaba quitándole la espita a una granada.

Fernando tardó en darse la vuelta. Cuando lo hizo, le brillaba una sonrisa:

—Mañana mismo te regalo unos zapatos a juego.

Cenaron en un restaurante caro que acababa de abrir casi en la plaza de Santa Ana, las luces eran tan sutiles que no había manera de adivinar qué estaba comiendo. Desde los aperitivos a los postres, Fernando estuvo sonriéndole con avidez. Lo imaginó excitándose con unos zapatos. Mientras brindaban, pensó que compartía cama con un desconocido.

A la mañana siguiente, cuando bajaba la escalera, sintió a sus espaldas que alguien contenía la respiración. Era el novio bituminoso de su vecina. Visto de frente estaba muchísimo mejor, pantalones cortos, camiseta ajustada, músculos y tatuajes perturbadores. La esperó sosteniendo la puerta, luego, calle abajo, vio cómo se alejaba su culo saltarín. Cubano. Tenía que ser cubano. Pardiez. ¿Pardiez? Mientras caminaba hasta la biblioteca, pensó que no carecía de encanto ocuparse de textos de la época en la que se había levantado el barrio, pero también que se le estaba infiltrando, en su castellano laboriosamente apuntalado, una serie de palabras abstrusas. «Ebúrneo», «pardiez», «hideputa», «bituminoso». Y la bendita sor Marcela con sus poemas esdrújulos. Al aire fresco de la mañana volaban las frases sincopadas: rápido, pájaro intrépido. Bálsamo dulcísimo en el escándalo del crepúsculo. Cardúmenes de cúmulos y esdrújulas. Cosas veredes: de Arkansas al Siglo de Oro. Iría a comprar productos dietéticos.

Cuando entró en la Biotika, Culito Saltarín estaba ahí, puro acento agudo pero, de frente, ojos verdes. Un mulato con ojos verdes. Se acercó para oírlo. Era norteamericano y, por el deje, parecía de Arkansas. Pardiez nuevamente. Lo saludó con una sonrisa y Bituminoso de Arkansas se ofreció a ayudarla con la compra. Poderoso caballero. Caminaba tan deprisa que tuvo que trotar detrás. Otra vez Culito Saltarín y los tatuajes. Iterativo pardiez.

Lo cierto era que, desde que había llovido sobre su cabeza el par de zapatos rojos, su vida estaba tomando un derrotero curioso, sopesaba el lado divertido

del asunto cuando el móvil volvió a sonar. Escuchó una risita. ¿De hombre, de mujer? ¿Un niño que jugaba?

Fernando llegó tarde y exultante. Piensan ascenderme, dijo, y estuve visitando agencias, quizá nos alcance para un chalet, aire libre y naturaleza, querida, altísimo standing. Y Liz pensó que, para vida natural, se hubiera quedado con los lagos de Arkansas. Se emboscó tras una sonrisa:

—Me gusta el barrio.

—¿Te imaginas a mi jefe subiendo seis pisos por la escalera? ¿A mi madre, la pobre? Necesitamos otra habitación. Y le guiñó un ojo.

Liz se dividió en dos: la que sonreía con cara de boba, y la que oía sonar las alarmas: o su suegra de Burgos se venía a vivir con ellos, o Fernando estaba considerando la posibilidad de tener un hijo. Ni loca. Ni borracha. Su proyecto era terminar la tesis y bajar unos kilos. Acababa de cumplir los treinta. Lanzó por fin la granada:

—¿No me habías prometido unos zapatos?

Y compró unos zapatos como los que había encontrado en el armario, los únicos zapatos a medida que tendría jamás. Idénticos a los de Dorothy en El mago de Oz, pero con taconazos de drag. Mientras se los calzaba, Fernando parecía relamerse y se empeñó en llevarlos él mismo a casa. Liz observó con espanto que los arrullaba como si fueran... ¿un bebé?

De regreso se cruzaron con el mulato y la vecina. Fernando se quedó conversando sobre la mancha de humedad, y Liz siguió a Culito Saltarín escaleras arriba. Humillante bajar la marcha, así que llegó a la buhardilla sin resuello.

—Simpáticos, ¿no?, comentó más tarde Fernando, que cada vez parecía de mejor humor. Podríamos invitarlos a tomar una copa.

Esa noche, mientras imaginaba que llevaba puestos los zapatos rojos, obligó a Fernando a unas proezas que ni él mismo soñaba que tenía en su repertorio.

A la mañana siguiente bajó por fin la bendita maleta del armario, le dejó comida a la gata y pasó dos días en Salamanca, en un congreso sobre manuscritos del

Siglo de Oro. Hizo contactos, paseó por la ciudad, comió algo brutal y se dejó envolver por una niebla que pegaba las nubes al suelo. Los cúmulos se acumulan, despliegan blanco lino, diría Góngora. Luego: me estoy volviendo loca con los juegos de palabras, todo es culpa del Barroco, ¿las nubes son barrocas? La corta vida de las nubes, cambiantes, como sus emociones. El fuego asciende, el agua, en cambio, se infiltra y desciende. El agua magmática de los volcanes, la de los glaciares, le había explicado Fernando, un mercado en expansión. El agua de Fiji, que bebe Madonna. ¿Te imaginas si consiguiéramos que Madonna promocionara la Veen Water? ¿Cuánto costará algo así? Su marido parecía excitado. ¿Qué le provocaba esa sed? ¿El amor? Estaba sola, caminando entre las piedras de la antigua ciudad, ardiente y fría a la vez. ¿Su vida tenía algún objetivo, o solo consistía en recorrer callejuelas cuesta arriba? Los cielos de Madrid, vaya tópico. Las piedras de Salamanca. Es hielo abrasador, es fuego helado, es herida que duele y no se siente. Vaya, vaya. Ahora, Quevedo.

Al regresar, el barrio estaba tomado por el Mercado de las Ranas, un evento de lo más fashion que los comerciantes se habían inventado para atraer más turismo. ¿Por qué se llamaría Cervantes la calle en la que estaba la casa de Lope y Lope de Vega la calle donde había sido enterrado Cervantes? Y esa bendita historia de encontrar los restos, que podrían guardarse en un salero. Pequeños anticuarios sacaban mercadería a la calle, estaban decoradas las tiendas. Hipsters, bares coquetos, todo aderezado con diseño. Alimentación sana. Agua embotellada. Nubes trashumantes. Puro relax. Pese a los cúmulos de turistas, por nada del mundo se iría de allí.

Le abrió la puerta Fernando, vestido con lo que consideraba «ropa sport». Él, que incluso desnudo, parecía llevar corbata. Agitaba una coctelera. En medio del salón, la caja de sus zapatos, de la que emergía, como el hocico de un tiburón, una puntera. Mira quién está aquí, dijo con un tonito ñoño y, mientras por la mente de Liz pasaban las opciones más siniestras, vio a la vecina y a Culito Saltarín. Ella, minifaldas, y unas piernas que le llegaban hasta las orejas. Él, bituminosamente sobre el sofá.

—Fernando me mostró los zapatos. Me voy a hacer unos iguales, y separó un poco las rodillas. Alucino, pensó Liz, no lleva bragas. Intentó poner cara de oh, qué bien, pero apenas si atinó a estirar la mano, como si estuviera saludando a su tribunal de tesis. Todos parecían demasiado alegres, vaya a saber qué brebajes habría mezclado Fernando, que de cócteles no sabía nada. Mientras vertía dinamita en los vasos recitaba su mantra: «con las comidas ligeras, agua de

mineralización débil, burbujas, si se quiere agudizar un sabor». Qué interesante, dijo Culito Saltarín y, de pronto, le dedicó a Fernando una sonrisa extraña. No podía ser por el agua embotellada, que aburría hasta a un molusco. Liz agudizó el radar mientras él abría sus ojazos verdes y empezaba a coquetear con su marido. Un aluvión de palabras gaseosas y esdrújulas le bloqueó el cerebro (pájaro-clítoris-muérdago-pícaro). Miró a la vecina, que estudiaba a Fernando y que estaba sintonizando los agudos y los graves de una catarata de risitas vaginales. Pardiez. ¿Era realmente su marido el que despertaba aquel revuelo? ¿Su osito de peluche? ¿Estaba casada con un swinger? ¿Un converso que abandonaba la monogamia para profesar en la secta del poliamor? Liz se sintió como un blanco móvil. Pero su marido tenía la cara de siempre, le hubiera soltado una andanada de insultos que lo hubiera dejado chamuscado como un torrezno, pero se contuvo y contempló las nubes. Un viento de comienzos de julio las arrastraba y afinaba su forma, convertía las montañas en corderos, los corderos en cuchillos. Sacó los zapatos de la caja y se los puso. Qué bonitos, dijo la vecina, Culito Saltarín palmoteó. La cara de Fernando era imposible de leer. Liz los estudiaba desde la altura de sus tacones. ¿Quién empezaría?

Dieron las nueve, y los vecinos parecieron apagarse, la carroza devino calabaza, los zapatos, sandalias de Camper. Dejaron las copas sobre la mesa, se levantaron extendiendo sendas manos y dijeron: la próxima vez en casa. Por la ventana del tejado asomaba una luna rojiza. Una nube muy oscura, afilada como una tijera, le cortaba el rostro de plata. Liz se asomó para tomar el aire y, al fondo de la calle, donde la acera se curvaba como una ballesta, apareció, entre la bruma, el convento de las Trinitarias. Imaginó a sor Marcela escribiendo en su celda. Imaginó que la monja levantaba el hermoso rostro y le sonreía. Imaginó que la señalaba con su pluma, mientras musitaba una sola palabra esdrújula: cré-du-la.

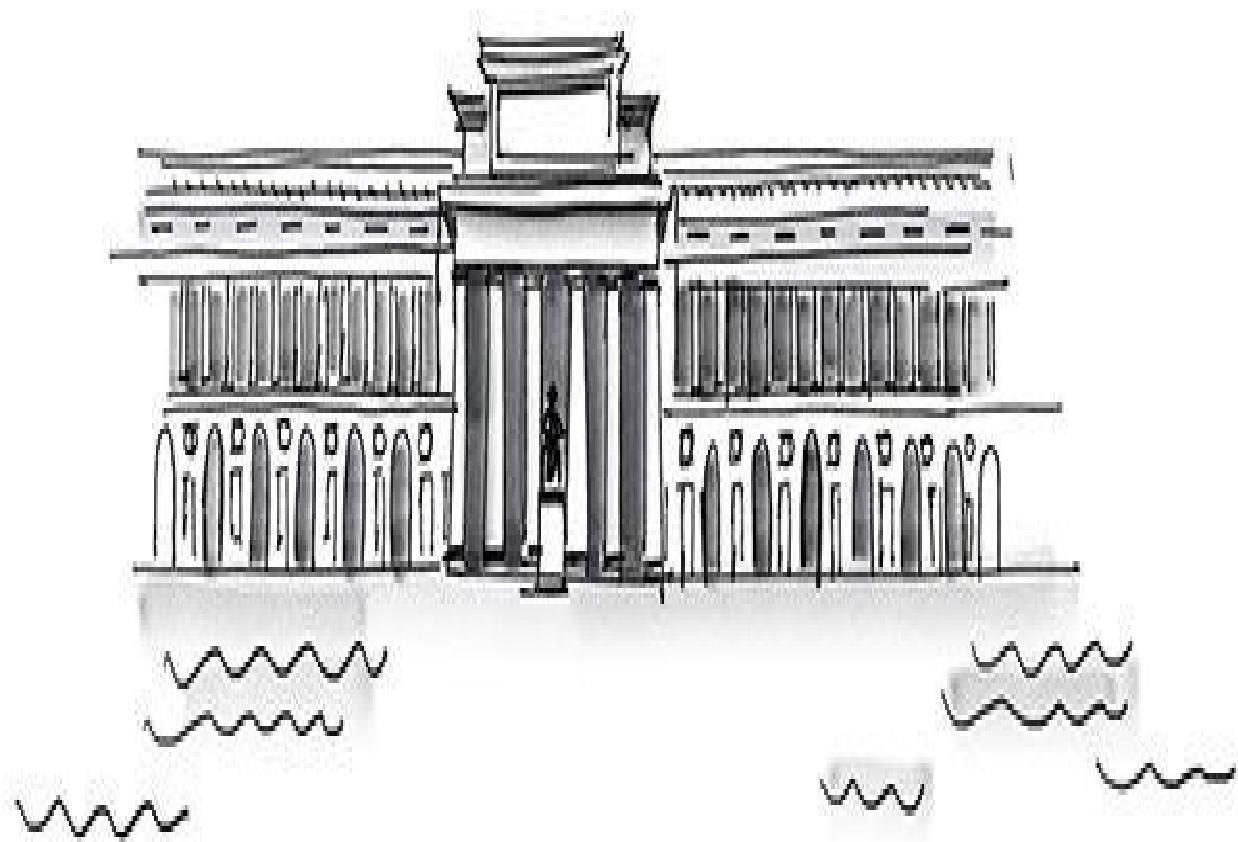
Harta, o más bien frenética, Liz dio un taconazo y miró a su marido. Él, que estaba llevándose una bandeja, le sonrió. Podrías habérmelo dicho antes, dijo ella. Mañana podemos ir a ver algunos adosados, respondió él.

Liz sintió de pronto que se salía de sí misma y le dio un cachetazo, una gota de sangre, como una lágrima, cayó sobre los zapatos. ¡Mi nariz!, alcanzó a decir Fernando, sinceramente atónito. Echó la cabeza hacia atrás y desapareció con el paño de cocina en la mano. Volvió preocupado, conteniendo la hemorragia mientras preguntaba, con voz nasal, qué, qué te pasa, ¿es por los vecinos?, ¿por la hipoteca?, ¿qué te estás imaginando, Liz?, ¿quieres un vaso de agua? Sintió que se ahogaba y, loca de celos, empezó a arrinconarlo. Liz, querida, no pasa

nada, no grites, que nos van a oír, si quieres nos quedamos en esta casa, a mí también me gusta el barrio, está bien, no es importante, hay tanto turismo, tanto ruido, tienes razón, debí consultártelo, y Liz no le cree, lo empuja, lanza los zapatos contra la pared, retroceden hacia el dormitorio y la cama se llena de empujones y de abrazos, la cabeza se le puebla de escenas imposibles, es el vecino bituminoso el que galopa sobre ella, los ojos claros, mientras una mano misteriosa la acaricia a través de las paredes, le separa los muslos, la lengua grande como una pala, camisas nuevas, Bernardino y sus nalgas, el agua que regurgitan las cañerías, los turistas desnudos haciendo cola frente al Museo del Prado, gotas de lluvia embotelladas, Fernando y los swingers, un amasijo de piernas, pechos ebúrneos, zapatos rojos, músculos desnudos, tatuajes, manuscritos, nubes, y ella misma, loca de placer, imaginándolo todo, entre las sábanas.

Historias del arte

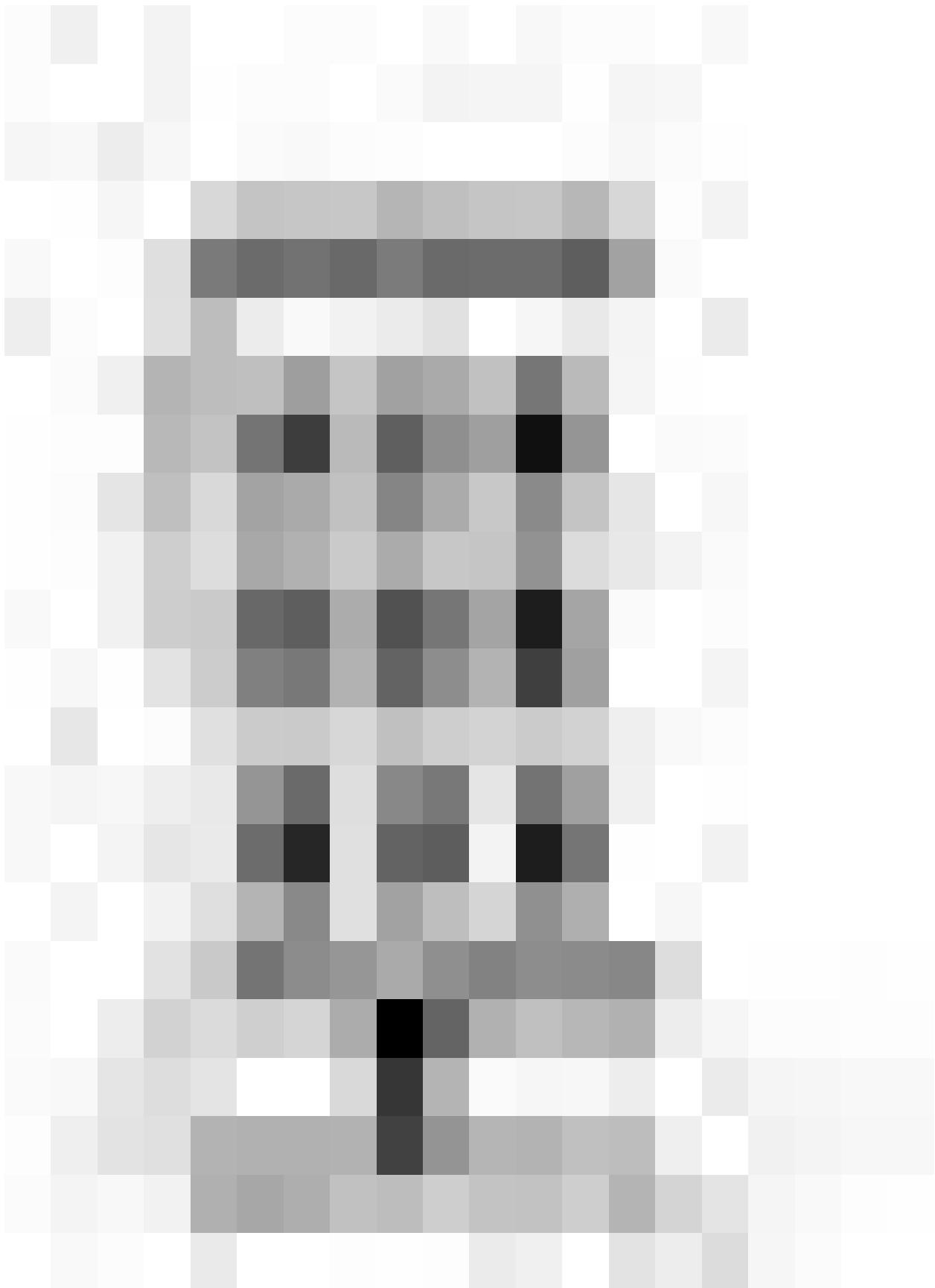
(Lluvia)



En esas noches tan oscuras que no se ven ni los pensamientos, cuando nadie sale de casa y solo se oye el rebotar de la lluvia, la maja desnuda cuela su lienzo por debajo de la puerta del Prado y se agiganta. Si alguien se asoma a la ventana y ve uno de sus pezones estrábicos, lo confunde con la luna, si un insomne la atisba desde un segundo piso, cree que el matojo del pubis es una enredadera deshojada. La maja pasea con la melena suelta, los rizos descentrados. Su carne, lacada por la lluvia, se agita con un vigor colosal. De tanto estar expuesta, le duelen los brazos, los huesos sonrientes de la cara. Está harta de las miradas lascivas de los turistas, de las audioguías. Mientras pasea por el barrio, sueña con esa vida que no pudo ser, se alborozza con el vino de los bares, mece con su aliento las cunas de los niños, ojea un libro que alguien se dejó abierto sobre la mesilla. Al llegar a CaixaForum se abraza a los árboles y frota su cuerpo de muñeca hinchable contra el jardín vertical. Entonces escapa su orgasmo prisionero y el verde le devuelve el parque y sus confines, las cascadas de vidrio, los cisnes presuntuosos, las dulces tardes de conversaciones bobas, los galanteos de un artista que, para vengarse de su indiferencia, la castigó con la inmortalidad.

El balcón

(Riego)



Recordaba que había encendido un pitillo y luego como un mareo, un hueco, un salto, un resplandor. La cosa es que estaba en el balcón, temblando y en pijama. Hacia el Museo del Prado, contra el cielo sucio del amanecer, emergían los edificios. Intentó regresar a la tibieza de las sábanas pero la puerta del balcón estaba cerrada, tendría que esperar a que se levantara su mujer. Desde el balcón de al lado, un gordo le sonrió. Nunca lo había visto y era extraño, porque no era un vecino que pasara desapercibido, con una regaderita ridícula rociaba unos geranios que Fermín tampoco recordaba.

En la pensión de enfrente, contra los cristales llorosos, una chica vestida de blanco lo saludó con la mano y le lanzó una sonrisa. Fermín se alisó el pijama. Le pareció que por la calle, en lugar de coches, trotaba un rinoceronte. El gordo, que llevaba un plumero y un delantal de flores, canturreaba una copla. ¿Estaba coqueteando con él? La calle se iba llenando de pasos. Junto con vecinos de toda la vida, una turba de visitantes disfrazados, un carro tirado por caballos. Sí, estaba soñando que rodaban una película. La actriz, vestida de encaje, era preciosa, melena rubia hasta más allá de lo que él alcanzaba a ver. En el pecho, sobre el vestido blanco, dos claveles rojo sangre. Se habían limpiado los cristales de los restos de la noche.

—Esa chica no encuentra la calma, estaba diciendo el gordo. La asesinó su futuro marido, justo cuando estaba por alcanzar el orgasmo. Se acostaba con otro, ¿sabe? Pobre Rosalba. Dos segundos más, y hubiera sido una muerta festiva.

—¿Rosalba? Tiene cara de llamarse Jennifer.

—Si usted lo dice. A usted lo mató el tabaco, ¿verdad?

Fermín intentó volver a su habitación, pero rebotó contra el cristal.

—Estire el puño, como Supermán, dijo el gordo, al principio cuesta. Es por el vacío ese que hay después de la muerte, el entierro, pasar de un estado sólido a otro gaseoso, somos animales de costumbres. ¿Que ese no es su dormitorio? Claro que sí, pero ya no hay nadie.

—¿Y mi familia?

El gordo sacudió la cabeza.

—Cómo lloraban. Una muerte, un desahucio, una viuda joven con dos criaturas. No se preocupe, querido, a ella no le costará encontrar otro hombre. Las cosas que se ven, ¡si yo le contara! Cuánto mal han hecho los poetas. ¿Quién fue el descerebrado que escribió eso de allegados son iguales, los que viven de sus manos, y los ricos? De eso, nada. Yo era rico, por suerte. Además, morí soltero. Como dejé todo en orden, tengo cuatro pisos en propiedad. Mi única obligación es regar los geranios, por suerte no necesitan mucha agua, las plantas nunca me han gustado. A cada uno su condena. El barrio no será los Jerónimos, pero tampoco está mal, y la zona del mercado de Antón Martín está cambiando. Está el tema de esos borboteos en las cañerías, pero un golpe seco, y ya. Lástima que no cuidé la línea, a veces me siento pesado.

El sol enfocaba el mundo desde el zenit.

—Mire, secreteó el gordo. Los que no tienen sombra al mediodía son los que están vivos. Nosotros la llevamos siempre, aunque estemos bajo techo. Una sombra de crepúsculo. Ahí le está cuajando, se queda todo el día tendida, como un gato. Como le iba diciendo: con esa idea de que no nos llevamos nada, algunos lo reparten todo. Y ahí los ve, deambulando, sin otra propiedad que el sudario. El paso del tiempo está desacreditado, amigo, los vivos creen en el puro instante.

Rosalba y su vestido de encaje habían empezado a restregarse contra el cristal. Los pechos, suaves y delicados, parecían dos globos blancos. Fermín sintió una erección violenta, y se alegró de que la muerte no lo hubiera capado. Emitiendo un bramido como de cañerías atascadas, volvió a pasar el rinoceronte, pero el gordo ni se inmutó. Un grupo de turistas se detuvo frente al convento de las Trinitarias. Fermín se empezó a preguntar si el infierno no era justamente eso, vivir rodeado de turistas y escuchar el parloteo del gordo durante toda la eternidad.

—Pobre Hispanotherium matritense, proseguía el gordo. Barrita desesperado por las mañanas, como buscando algo, pero no se preocupe, por las noches duerme. Ay, amigo, lo que molesta de verdad son esos adictos a las fotos. No salimos, por suerte. Y los helicópteros volando en círculos, como si rebanaran el aire. No es justo que nosotros podamos oír todo, y ellos a nosotros no, habría que poder seleccionar, como si fuera una emisora de radio. Es por los manifestantes que están rodeando el Congreso, todo el mundo está harto de algo en estos tiempos. Ese despliegue, ¿para qué? ¿Usted se siente seguro? Somos cada vez más

frágiles. Y amnésicos. Aquí nadie recuerda nada, amigo, si yo le contara... Por eso no avanzamos, la ciudad parece ya un parque temático.

Fermín miró hacia abajo, de pronto Madrid tomaba otros contornos, de pesadilla. La chica de enfrente se había sentado contra el cristal y cosía, cada tanto le lanzaba una miradita libidinosa. Un hombre, con los brazos abiertos, corría hacia el Museo del Prado. Iba en camisón.

—El pobre era pintor, y quiso proteger los cuadros del museo. Murió en el acto, claro. Dejó a dos niñas huérfanas, hace mucho que partieron.

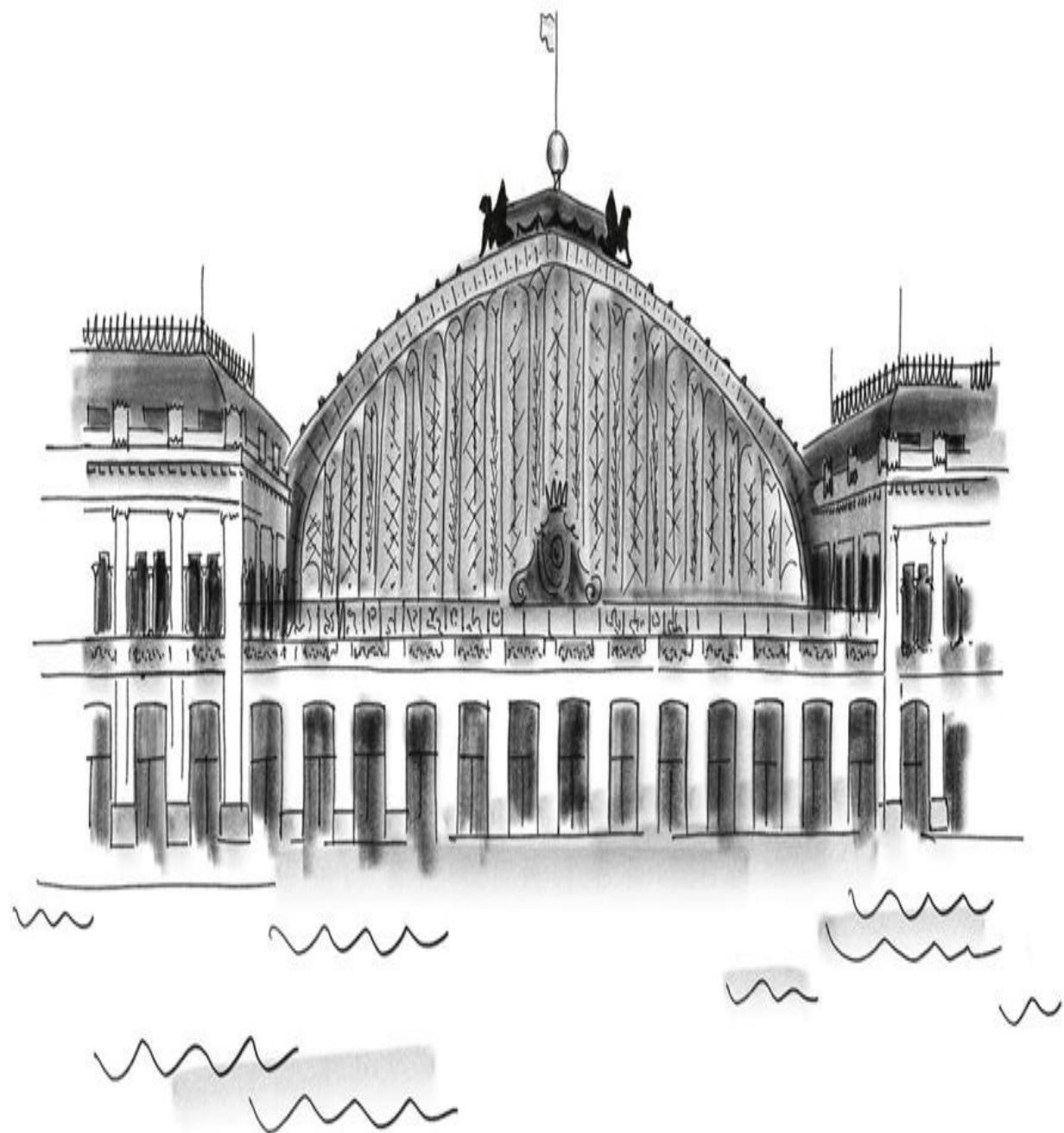
—¿Y eso cuándo sucedió?

—Ay, amigo, yo qué sé, aquí no hay tiempo. Vemos mucho, pero todo se nos mezcla, es lo que tiene estar muerto. Imagínese que ni me acuerdo de qué época soy. Por la ropa, diría que del siglo pasado. Y el gordo comenzó a podar los geranios mientras cantaba, a voz en grito: Gran problema es en las cortes/ averiguar si el consorte/ cuando acude al excusado/ mea de pie, o mea sentado. Qué risa, ¿no? Mire si dijéramos ahora estas cosas de los reyes... No siempre se avanza, amigo, a veces vamos como los cangrejos. Y luego:

—Las ciudades se fundan por la codicia, y se pierden por la codicia. Todo es dinero, querido. Espero que la casa sea suya. Bonita, aunque necesita reforma. Perdone que me entrometa, pero yo le quitaría el gotelé. ¿Que tiene hipoteca, dice? ¿Cuántos plazos ha pagado? ¿Seis? ¿Que estaba sin trabajo? Ay, hombre, que Dios todo lo ve y todo lo sabe, pero nada le importa. Hay que mirar bien lo que se firma, amigo, la letra pequeña. Por eso lloraba tanto su esposa. A usted lo único que le ha quedado es el balcón. Pero no se preocupe, querido, los cielos de Madrid son preciosos. Lo malo es que se haya dejado las pantuflas dentro.

Lo que no se recuerda

(El hielo)



Estás por empezar la conferencia cuando te distraes mirando el rostro miope de la mujer que está al fondo del salón y agradeces que el presentador disfrute oyéndose a sí mismo, una pausa en la que aún te será posible encontrar esa frase victoriosa, el cabo de una madeja que te permita comentar algo más o menos lúcido con respecto a este libro tuyo sobre el que llueven alabanzas, siempre que te elogian de esa manera tienes la sensación de que hablan de alguien que no eres tú, la fama es todavía una chaqueta que te queda grande. Por la mañana, desde muy temprano, te dejaste llevar por una seguidilla de entrevistas, interesantes algunas, otras en las que un pobre becario se afanaba en hacer preguntas sobre un texto del que solo había leído la contraportada. Afuera llueve, las gotas picotean las ventanas, son una escenografía sonora acorde con tu libro, que habla, justamente, sobre el agua. Es mejor que no te alargues, los que han venido a escucharte tienen que estar húmedos y cansados. Mientras te pierdes en un rostro miope del fondo piensas que no tienes tiempo para nada y añoras la época en la que llegabas a una conferencia con cientos de ideas y de notas.

Ahora improvisarás hablando de ecología a un público que aplaude los tópicos, tienes experiencia y superas cualquier trance. Te sientas a firmar. Cuando la cola de lectores empieza a formarse ves que el rostro miope se acerca con el libro abierto y está sonriendo. Poner dedicatorias no es algo para lo que esté preparado un científico, aunque después de tantos libros de esta especie es difícil sostener que lo eres. Hay quienes repiten siempre lo mismo, quienes hacen dibujos o coquetean creando un atasco de adoradores, quienes miran con un odio impostado a los que se acercan, quienes, simplemente, buscan complacer al que ya está entregado. Tú perteneces a este grupo. Pero existe un momento de pánico que se produce cuando alguien te mira con arrobo y pronuncia tu nombre y tú, que tienes la sensación de que a esa persona no la has visto en tu vida, sonrías como un tonto y, cuando dice «¿me reconoces?», deberías responder «no», pero, con tal de agradar, contestas «sí», agitando la cabeza como esos perritos de los coches.

Jurarías que esa cara miope de mujer rubia y amable no la has visto jamás, pero tienes que estampar su maldito nombre en la portada, oyes con horror que está diciendo: «Álvaro, tantos años, no puedo creer que te haya encontrado», y miras alternativamente la página y su cara redonda, los ojillos profundamente azules tras las gafas, la temible sonrisa de reconocimiento.

Por suerte Ana se apiada de tu cansancio y te saca de allí, propone cenar en un

buen restaurante, su silencio permite que te restablezcas. Sonríe animosa y está guapa, se ha cambiado el lápiz de labios, lleva el pelo suelto y una mata oscura le cae sobre los hombros. Quizá el vestido con la espalda descubierta no resulte del todo apropiado para la presentación de un libro científico, quizás los tacones son demasiado altos, pero valoras su buena intención, y pasáis un rato agradable, conversando sobre cuestiones triviales. Tienes un rato de sexo matrimonial que te relaja, es muy tarde cuando oyes el clic de tu móvil, en medio de la oscuridad asoma el dibujito de la cara de la mujer miope que sonríe y teclea por qué no quedamos a tomar un café, ahora que nos hemos reencontrado. Y tú, medio dormido, a esa hora extraña en la que se es capaz de aceptar cualquier cosa, contestas que sí. Y permaneces un rato mirando el techo, como si allí se proyectara algo importante, hasta que caes en un sueño vacío.

Al día siguiente tomas el tren en Atocha. Estás de gira por la promoción, y pasas tres o cuatro días recorriendo ciudades que no ves, conversando con gente a la que no volverás a encontrar, prometiendo cosas que sabes que no vas a cumplir. Te has dormido sin apagar el televisor y es temprano cuando te despiertas en el hotel, casi ni miras los mensajes, tu familia ya sabe que no puedes y no te lo reprocha, pero en la pantalla se oyen sirenas, una imagen repetida, sensación de irreabilidad, así te enteras del atentado en Atocha. Ves la comparecencia de Aznar pataleando en el barro por el miedo a perder las elecciones, mintiendo, acusando a ETA, volver a Madrid será un colapso. Hablas con Ana y le preguntas si está bien, comentáis en bucle lo que ha pasado, te mandarán un coche, los trenes no funcionan. Cuando llegas a Madrid tienes el buzón lleno de mensajes, entre ellos varios de la mujer que ahora, lo sabes, se llama Cecilia. Pero Cecilia qué.

Quedas con Cecilia. Por algún insondable camino de la culpa te vistes demasiado bien y, cuando ella se está acercando a la terraza donde la esperas fumando, te das cuenta de que ha sido una equivocación. Es algo mayor que tu esposa pero, mientras que Ana es frágil, muy femenina, Cecilia tiene un cuerpo de estructura atlética, brazos de nadadora. No te atraen las rubias, y cuando la evaluación ha llegado a la altura de su pecho, tu mirada trepa hasta su rostro y te das cuenta de que ella te estudia con algo que parece sorna. Te mira la calva, piensas incómodo, te compleja no tener pelo, siempre ha sido así, desde joven, era tu karma, tu talón de Aquiles, e intentas marcar las distancias tendiendo la

mano, afable pero no demasiado, como si ella fuera una vendedora de enciclopedias a la que no piensas comprarle nada. Claro que no evaluaste la posibilidad de que Cecilia retenga tu mano y entonces se inicia un subir y bajar del que no sabes cómo liberarte. Se sienta frente a ti y murmura «Álvaro». Tú, prudentemente, dices «Cecilia», y esperas.

—Cuántos años. ¿Todavía fumas?

—¡Sí, cuántos! Ya ves.

Luego un silencio que, lo comprendes tarde, solo se puede interpretar como una cascada de recuerdos que hay que empezar a compartir (lo de siempre: detalles, te acuerdas de, qué pasó con, etcétera, etcétera). Como un tonto continúas sonriendo mientras ella dice que ha leído tus libros y que sigue tu trabajo de cerca, dejó la facultad en tercero, trabaja en un periódico (¿la conocerás de la facultad?), tiene algún libro publicado, poca cosa, dice, ficción, sabes, no da para vivir, le ha costado acercarse porque con el atentado en Atocha están las redacciones echando humo y a ti te parece innoble que algo tan trágico te salve de la desmemoria, pero te zambulles en los afluentes del diálogo y comentas que por horas no estabas allí, el hotel, el viaje, esa pobre gente, suerte que había huelga de profesores asociados en la universidad, si no imagínate la cantidad de chavales, este es el fin de Aznar, en eso estáis de acuerdo. Ya conjugo los verbos en castellano peninsular, está diciendo ella, y de pronto oyes —no sabes cómo no lo has percibido— que es latinoamericana, probablemente argentina, hay que ver qué poco que se te nota ya. Está nerviosa, o padece incontinencia verbal. Ojos azules casi de niña perdida, observas, mientras ella habla y habla de política, de las manifestaciones, de la furia de la gente, de cómo los medios de todo el mundo han publicado ya la verdad, de esta guerra irresponsable, y sientes una chispa revolucionaria, una gota de camaradería e imaginas que fuisteis compañeros de partido. Entonces pregunta: ¿te acuerdas de Monederos, 15? Y saltas a ese almacén del PSOE y su pequeña oficina, en el que trabajaste al comienzo de la democracia, donde se organizaba la propaganda electoral de las primeras elecciones y contrataban a exilados del Cono Sur.

¿Qué habrá sido de Benigna?, está preguntando Cecilia. A Benigna sí la recuerdas, puso una tienda de empanadas, dices, y, mientras vas tallando esa imagen, intentas ubicar la cara de Cecilia: los argentinos de la oficina, los chilenos, los españoles, entre los que estabas tú, militantes de la Liga, universitarios fumadísimos enrollando carteles con el rostro de Felipe González,

es probable que Benigna haya muerto, dices, era ya mayor. Las imágenes se corporizan, pero no está su cara, no está Cecilia en Monederos, 15, ni en ninguna historia de la época, pisos compartidos, gente tan joven, primeras elecciones. No, no la identificas, y cómo vas, a estas alturas, a confesarlo. Intentas sonsacarle alguna pista, pero ella murmura, de pronto, «cuánto dolor», y se queda callada. Cruza las piernas, lleva zapatos masculinos, pantorrillas musculosas, de valquiria.

Por la noche la gente ha recorrido Madrid, hay un círculo de velas en la Puerta del Sol en honor a las víctimas. La primera manifestación convocada por móvil, mareas heladas de indignación fluyen hacia la plaza buscando el calor de los demás. Por suerte suena el teléfono y es tu hija, pide que la busques, son días raros, no conviene que esté sola, Ana sale tarde de la oficina, tengo que irme, repites, y volvéis caminando en silencio. Si llevara tacones, Cecilia sería más alta que tú, hace frío y es como si avanzaras sobre hielo. Ella parece leerte el pensamiento, porque susurra: «hace frío cuando hay tanta muerte. Son lobos». Tiene los ojos llenos de lágrimas. Se quita las gafas, las limpia. Tú le das un pañuelo y repites que te tienes que ir, pero eres incapaz de negarle otra cita.

Llegas a tu casa y subes los seis pisos de escalera que te llevan a la buhardilla. Es tarde y has bebido un poco. Ana, recién duchada, está preciosa, el pelo como si llevara gomina, mira las noticias desde la cama, se estira para abrazarte y te envuelve su aroma fresco, un pezón que asoma por el escote. Ha ido a buscar a la niña y te sientes mal, porque tú, sin decírselo, te has quedado charlando con otra mujer, aunque Cecilia no es lo que técnicamente llamarías «otra mujer» sino un hueco en la memoria, una pieza que no logras encajar, una historia pendiente. Es mejor no contarle nada, lleváis años casados y funciona, funciona como funcionan las cosas a tu edad. Sin Ana no hubieras podido dedicarte a la escritura, sin su empuje y sus contactos seguirías siendo un profesor de universidad bastante gris, que aburre a todo el mundo con sus obsesiones sobre el agua. La niña está dormida. Atocha y toda esa pobre gente, está comentando Ana. No quiero ver más noticias, dice, durmamos, tenemos un largo día por delante.

Por toda la buhardilla hay cajas y canastos. Os cambiáis a pocas manzanas, un ático con terraza, qué maravilla, ascensor, años subiendo esa maldita escalera que cada vez te pesa más. Aunque el barrio ha cambiado tanto sientes pena por

lo que dejas, vives en Lope de Vega desde que trabajabas en Monederos, 15. Tú, y ese grupo con quienes compartías el alquiler. Recuerdas la plaza de Santa Ana, el ajedrez gigantesco de madera con el que jugaban los vecinos, la noche en la que lo viste quemar, La Fídula, y los primeros bares con música en vivo, los tímidos comienzos de la modernidad. Aquí te acostaste con muchas, y con Ana, por primera vez, aquí nació tu hija.

Cuando los sudamericanos se dispersaron pudiste comprar la buhardilla y también la de al lado, tiraste tabiques y entraron luz, metros y estatus, se fueron los vecinos de siempre, llegaron años de vida relajada. Lo más pesado son los libros, y ya se los han llevado escaleras abajo, montañas de canastos salieron en un camión. El ático que has comprado era de una mujer cuyos hijos han crecido, se llama Paloma no recuerdas qué. Tiene un busto de Franco pero, en contra de tus prejuicios, es una persona agradable. Ana se ocupa de la reforma y te cuenta que Paloma viene a visitarla cada tanto, se sienta en un sillón, observa en silencio los cambios.

—Me tranquiliza su presencia, dice. Es como si me estuviera autorizando a invadir su espacio, como si se estuviera despidiendo de las cosas.

Esta vez Cecilia te da su tarjeta. Trabaja en una revista importante y tiene un apellido sonoro, de esos que no se olvidan, posiblemente irlandés: Bradley. No te divierte demasiado, salta de un tema a otro de forma mareante. Tú, como buen científico, eres concentrado, obsesivo, quieres que las ideas se desarrollen hasta el final, y te gusta poner el broche de oro. Hoy has sabido que la hija de una amiga murió en el atentado de Atocha, se dirigía a la facultad, esa historia triste te oscurece el día, imaginas qué sentirías tú si. Si tu hija. Si tu hija, esa mañana. No puedes ni pensarlo, intentas compartir tu angustia con Cecilia pero ella está recitando las últimas noticias, habla de las elecciones y tú, de pronto, sientes que vas a llorar. No sabes por qué, si por la muerte de una niña, el cambio de casa, la sensación de que todo se derrumba, esta triste cara de rubia miope que te mira y de la que no recuerdas nada. Cecilia se ha puesto de pie. Con miedo de hacer el ridículo le dices que tienes que irte a casa.

—¿Sigues viviendo en Lope de Vega?

Y, sin que puedas evitarlo, te aplasta un alud de recuerdos, cuando nadie colgaba

cuadros, ni pintaba paredes, ni compraba muebles, cuando la buhardilla no tenía estas ventanas enormes que miran el cielo. Vivir entre paréntesis, añorando el regreso, y tú, mientras tanto, empezabas tus estudios, pasabas la Navidad con tu familia, compartías como si fueran propias luchas e historias que no habías padecido. Muchos usaban nombres falsos, tantas y tantas caras, era muy difícil saber quién era quién.

Te das cuenta de que no le has dicho a Cecilia que estás casado. Te das cuenta de que los encuentros han entrado en una rutina, siempre los martes, después de la biblioteca, cuando estás relajado y tu mujer se reúne con sus amigas.

Ana y tú habéis pactado los martes libres, la niña se va con su abuela, se llevan bien, desde que comenzó la universidad se ha vuelto muy independiente, al elegir una casa más grande no estás aceptando que pronto os va a dejar. Como si fuera una piedra fundacional, lo primero que has colocado en la nueva cocina es un molinillo de café, de esos que tienen una manivela y un cajoncito para recoger el grano molido que alguien se dejó en Lope de Vega. Ana insiste en que lo tires, es viejo, dice, no le gusta acumular objetos inservibles, su carácter la hace prescindir de las aristas, los puntos ciegos, las debilidades de la gente común, es tan eficiente que a veces te agobia y tú, caprichoso como un adolescente, te resistes a desprenderte del molinillo, es cierto que no lo usas y que la podrías complacer, pero no te gusta que su rutina aplaste tu vida, que todo tenga una función.

–El molinillo no, le dices, y Ana se va enfurruñada.

Los vecinos nuevos no te gustan, se sienten dueños del edificio y van a cobrarte derecho de pernada, tendrías que hablar con el administrador, un aburrimiento, tal vez le pidas a tu mujer que se ocupe, ella es más política, más sociable. Pero qué importan los vecinos a estas alturas si tienes esa terraza y Ana ha ido al vivero donde le recomendaron a una diseñadora japonesa que la llama por teléfono y le propone soluciones en latín. Ana habla con ella, ríe, sacude la melena brillante, se acaricia los hombros, cruza las piernas morenas, se muerde un poco las uñas cuando le cuesta decidir, los días se le llenan eligiendo plantas y telas, abriendo cajas y, mientras te diviertes con su entusiasmo, te alimentas de su energía inagotable. Aznar ha perdido las elecciones, Zapatero retira las tropas de Irak, hay aires de cambio. Recuperar el tiempo, ordenar armarios, ventilarlo todo, dejar que el aire se lo lleve, casi no recuerdas a Cecilia. El barrio, cuando llegaste. El león de oro era una fábrica de mazapán que ahora es un bar que sigue

llamándose así, González, un almacén con un viejo orgulloso de su oficio que ahora es otro bar, la pequeña lechería, y el gordo tremendo que casi no cabía tras el mostrador, que ahora también es un bar. Casi todo el centro de Madrid es un bar. La librería, que estaba bajo tu casa, permanece cerrada. La Astorgana, con un pescadero de bigotes al que viste un día desfilando con la legión azul. La farmacia León. Ya no volverás a ver el convento de las Trinitarias desde tu ventana, la calle con su curva de ballesta, los portales frescos, los tejados. El día en que llegaste a Lope de Vega solo llevabas una mochila, varios camiones transportan ahora todo lo que has acumulado. Sientes nostalgia de la liviandad, de esa mañana en la que llegaste y la música de un piano subía por el hueco de la escalera. La especulación ha barrido las calles, desaparecieron las carbonerías, los bares de alterne, los pisos son caros y quien pudo vender a tiempo se ha marchado al extrarradio. Coches que pitán, barriles de cerveza que ruedan y te despiertan a la madrugada, cocaína. En el Barrio de las Letras ya nadie puede dormir. Un Madrid que ya no existe superpuesto a otro, y a otro, y a otro, un Madrid que se plagia a sí mismo, el par de zapatos rojos que una mujer se dejó en esa noche en la que engañaste a tu esposa, una noche loca con una latinoamericana que te ligaste en un bar y que, al día siguiente, tenía los pies tan lastimados que tuviste que bajar a comprarle sandalias. Se llamaba Dorothy, tal vez era un nombre de guerra, a veces sueñas con ella y te despiertas sintiéndote culpable. Ahora hace años que eres fiel, bastante fiel, en algún viaje quizá, nada digno de mención. Miras los zapatos rojos, el alto empeine, los tacones finos un poco desgastados, ¿qué puedes hacer con ellos? Las piernas de la mujer que los llevaba, sus caderas anchas, su sexo con olor a mar. Han sobrevivido las inspecciones de Ana como un símbolo de tu independencia, de tu capacidad para ser libre. Los devuelves a la oscuridad del armario, que se ocupe de ellos el próximo habitante de la casa. ¿Será en Lope de Vega donde conociste a Cecilia? ¿En esos años locos? ¿Te habrás acostado con ella? No puedes recordar.

Según la teoría cuántica, las cosas pueden estar muertas y vivas a la vez, para todo hay universos paralelos, se pueden superponer pasado, presente y porvenir. Te lo repites cuando insistes en encontrarte con Cecilia. Cecilia es el gato de Schrödinger, está viva y muerta a la vez, es tu estilo de mujer, y no lo es en absoluto, hay en ella algo masculino que te atrae y te asusta, a veces coincides con sus ideas, a veces no. Claro que su manera obsesiva de recordar te atrapa, es la dueña de algo que te pertenece, está en el presente, pero no está. Y sus labios. Tardaste en darte cuenta de la tremenda sensualidad de esos labios cuando habla

de amigos comunes, del momento en el que tú, cansado de saltar de trabajo en trabajo, decidiste volver a la facultad.

—Fuiste un valiente, dice. Podrías haberte apalancado en la empresa de tu padre.

Te concentras en ese momento y ella sigue hablando como si fuera parte de tu juventud, lo tiene todo archivado, instantes, sensaciones, frases, ráfagas de un pasado en el que estabais los dos. Vuelve a divagar sobre el nuevo gobierno. Por fin suelta:

—Tengo una sorpresa.

Y te obliga a cerrar los ojos, pone un sobre entre tus manos y te sientes inerme porque sabes que te está estudiando. Cuando te pida que lo abras, tendrás ante ti una foto. En ella apareces estrepitosamente joven, pantalón ajustado, una melena victoriosa que ya has perdido y en medio de un grupo de amigos a los que, a pesar del tiempo, identificas. Estáis tomando mate en la sala de Lope de Vega, casi no hay muebles, las paredes todavía con gotelé, una mesa fabricada con un cartel de propaganda política del PSP de Tierno Galván. No habías quitado el falso techo hasta encontrar las vigas y, como la foto ha sido tomada con flash, tenéis los ojos rojos. Solo hay una persona que no sabes quién es, justo la que te apoya una mano en el hombro, la rubia despampanante con el pelo largo hasta la cintura, y no lleva gafas, quién llevaba gafas entonces. De pronto comprendes: es Cecilia. Tienes reflejos y no se da cuenta de tu desconcierto. Cada vez te sientes peor, la miras con una sonrisa estúpida. Le sueltas, sin coherencia alguna:

—Me he casado, ¿sabes? Dos veces. Tendría que habértelo dicho. La primera no funcionó.

Como si fuera una entomóloga, Cecilia te estudia, parece estar procesando la información. Por fin sonríe y te toma de la mano. Es una mano sorprendentemente suave, como la de un niño, no la suelta mientras dice:

—No me importa, Álvaro, tú siempre has estado con otra.

Al día siguiente ves a tu editor, ha leído lo que llevas escrito. Dice este texto es demasiado difícil, demasiado científico, Álvaro, si quieres vender tenemos que rebajar las expectativas. Estás por enfadarte pero lo piensas, rebajar las

expectativas, o sea, adoptar una visión superficial de lo que estás contando. Demasiado científico, insiste el editor, sacudiendo la cabeza, como si hubiera descubierto que su autor preferido tiene una enfermedad incurable. A su ritmo sacudes la cabeza: una vida más cómoda, una casa con terraza, unos adelantos suculentos. No dices nada y sales a la calle. Todavía hace frío en esta primavera de Madrid, tienes que abrigarte.

Aunque Cecilia no te atrae del todo, hace días que no te acuestas con Ana. El libro sigue su carrera meteórica, vende más y más, sientes que no eres tú quien ha escrito esas líneas, eres un traficante de saberes, un estafador, nada de lo que tecleas te parece honesto. Hasta que ella apareció en esa maldita conferencia la memoria era un acervo sin huecos ni zonas perdidas. Eso, y un poco de oficio, bastaba para sobrevivir. Ahora estás vacío, eres un círculo vacío y el editor se queja. «Has perdido mucho, Álvaro», insiste, «¿qué pasa?, ¿unas vacaciones, quizá?».

Viajas cada vez más, te gusta y te agota, lo único que deseas es estar lejos. En algún lugar vas a un restaurante chino donde te dan una galleta de la suerte que dice: «entierra el pasado, o el pasado te enterrará a ti». Coges otra: «ser uno mismo es fácil. Lo difícil es dejar de serlo». Abandonas la comida a medias y te encierras a ver porno en la habitación del hotel.

Te dices que el olvido es como una capa de hielo que cubre todas las cosas, abajo la memoria brama, se encrespa, esconde monstruos marinos. Todos estos años has caminado sobre el frío, desoyendo las voces de los que quedaron atrapados. ¿Y quiénes son los que golpean bajo la capa de hielo? La imagen resulta aterradora. Vuelves a repasarlo todo, el comienzo, la algarabía juvenil, Almodóvar, la literatura, la música, las fiestas, las drogas. Monederos, 15. Y la guerra civil, de la que no se hablará jamás, los bombardeos que todavía marcan con sus esquirlas las casas del barrio. Al final de la calle de Lope de Vega, casi frente al Museo del Prado, una casa exhibe una ráfaga de metralla que cruza una ventana. ¿Quién estaba asomado cuando pasó? Un día se van los viejos vecinos, levantan andamios y empiezan a restaurar el edificio. El barrio se cotiza. No hay placas, no hay memoria. Aquí no ha pasado nada.

Un científico japonés, llamado Masaru Emoto, sostiene que el pensamiento influye sobre el agua, lo demuestra congelándola luego de exponerla a diferentes emociones. Los recipientes que han estado en contacto con sentimientos negativos dibujan bajo el microscopio cristales deformes. Los que han sido, en cambio, expuestos a pensamientos positivos, tallan sorprendentes flores de cristal. Somos agua, dice Emoto, y cambiamos según lo que nos rodea. De algún modo, el agua traza nervaduras, tiene memoria, almacena mensajes. Pseudociencia, te dices, y descartas de inmediato la hipótesis.

Hielo. Es lo que hay entre Ana y tú. Ha sucedido poco a poco y ninguno de los dos dice nada. Procuráis no coincidir. Sois amables como siempre, así se evita el conflicto. Ella suele ser franca y directa, te enamoraste de su manera alegre de sacudir los problemas como si fueran alfombras. La niña ha ganado una beca y estará un año en Berlín. Tantos cambios te están trastornando, no soportas el desorden y te lo confiesas por fin: no tienes ganas de cambiar de casa. Temiendo la reacción de Ana, sugieres que se adelante, que disfrute de unos días para organizarse, así terminas el capítulo y consigues que el editor te deje de incordiar. Puedo organizarlo todo para el alquiler, ofreces, y llamar a un equipo de limpieza. Como si hubiera esperado el momento para hacerte la misma propuesta, Ana acepta demasiado de prisa, hubieras preferido que se negara. Cuando te quedas solo, apoyas tu espalda contra la pared de las caricias. Ana comenzó a llamarla así, suele terminar su café recostándose contra ese muro. Allí da el sol por las mañanas, el calor se acumula, es como si una mano te consolara, dice, como si te acariciara la espalda. Son cosas de tu mujer, que a veces es más exacta que un logaritmo y a veces cree en fantasmas. En la buhardilla casi vacía te quitas los zapatos y te sientas sobre la alfombra. El amor no debería ser útil, piensas, debería ser solamente amor, liviano, sin ataduras domésticas. Ana y tú habéis pactado unas reglas en el más profundo de los silencios, desde la insondable distancia de la cortesía. ¿Qué pasaría si no te mudaras nunca a la casa nueva? ¿Fue así con Cecilia? ¿Salió de tu vida sin que te dieras cuenta? ¿Por qué estás suponiendo que hubo una relación? Una cosa es una noche que cualquiera olvida, y otra... Ya no queda ninguno de los antiguos vecinos de Lope de Vega, el edificio lo ocupan periodistas de moda, jóvenes empresarios, yuppies.

Pasan dos semanas e intentas aislarte escribiendo. El agua atrae la vida, tiene cierta forma de memoria, apuntas, el hielo, en cambio, es metáfora de la muerte. Tu mujer está con los carpinteros en la nueva casa, falta revestir los armarios, te cuenta por teléfono, poner rodapiés, buscar los apliques, e insiste en que te tomes tu tiempo. Está acostumbrada a tus rarezas, las ausencias cuando escribes, el humor cambiante de ermitaño, solo le preocupa que comas bien. De a ratos parece enfadada y tú le recuerdas que fue ella la que comenzó con este juego, te pregunta si no estará haciendo teatro.

En Lope de Vega solo queda la cama, una mesa, el ordenador. El grifo del baño sigue atascado, será así hasta el final, no hay tiempo para arreglarlo, piensas, mientras rescatas tu silla que ya se estaban llevando los del porte y, cuando ves los muebles aislados, sientes la tentación de volver a empezar, regresar a la vida bohemia antes de que te asfixie Ana con sus espacios de revista de decoración. Sigues tomando notas sobre el hielo, todavía no sabes hacia dónde vas. Por primera vez llamas tú a Cecilia, le propones tomar una copa. «Estoy solo», le dices, y te sientes joven. «Te gustará volver a Lope de Vega, estoy por irme, es la última oportunidad». Parece dudar, por fin acepta. Tienes mucha energía, esa tarde trabajas bien. Revisando libros antiguos encuentras una curiosa teoría según la cual el hielo está en el origen del mundo. Se trata de un tal Hörbiger, que explica minuciosamente cómo una enorme bola de fuego chocó con una estrella de hielo muerta y de allí se originaron las lunas y el mundo. Este choque habría sucedido una y otra vez y, en uno de estos cataclismos, el hielo habría conservado en frío, en forma de protoplasma, algunos embriones arios. Sí, has leído bien. Dice «embriones arios». Así podría comprobarse que hay dos orígenes para la humanidad: los arios, y todos los demás. Por suerte Hörbiger murió dejando a la posteridad obras menos imaginativas y racistas, como el metro de Budapest.

La historia es tan delirante que te tienta utilizarla, puede gustarle a tu editor, pero te das cuenta de que no vas a ninguna parte con esa cosmogonía glacial y decides meterte en la cama. Estás por dormirte cuando te vuelve a la mente un verso de Quevedo: Es hielo abrasador, es fuego helado. A veces, cuando tienes insomnio, te relajas repitiendo versos, contando sílabas, te encanta memorizar. ¿Memorizar? Qué disparate la teoría de Hörbiger. Mañana será otro día.

Y comprendes que escribirás sobre el hielo, que ya estás escribiendo sobre el bello cristal de la naturaleza, sobre ese puñal afilado. Encuentras un corto antiguo, donde los habitantes del Ártico pescan en medio de una tormenta. Hay un sol pálido, todo es blanco y borroso, hasta el aliento. Los esquimales abren un canal en la nieve, lanzan redes y grandes canastos, el aire es parte del paisaje. Caminan despacio, apoyándose contra la ventisca, cada bloque puede ser una trampa mortal. Bajo sus pies, un vientre de agua helada. Cuando levantan la red, está llena de peces plateados que se cruzan feroces, brillantes como navajas, se retuercen, boquean, seres de las entrañas del mar que luchan por retener el aliento. La lucha por vivir, el dolor de vivir. La belleza del hielo. Si continúa el cambio climático, la capa de hielo será cada vez más frágil y los esquimales ya no podrán caminar sobre ella. Eskimo quiere decir «comedores de peces», apuntas. Te duchas para recibir a Cecilia.

Estás tan obsesionado con el hielo que no puedes dejar de mirar los cubitos que flotan dentro del whisky de Cecilia, la red de agujas cristalinas cruce como un pequeño iceberg. No, no va a rebalsar el vaso por el principio de Arquímedes (todo cuerpo sumergido en el agua, etcétera, etcétera) de la misma manera que no va a rebalsar el océano si se derrite la Antártida. Tampoco vas a rebalsar de deseo, aunque estéis los dos sentados sobre la cama. Ella se ha quitado los zapatos delicadamente, es curioso cómo puede ser tan femenina desanudando esos zapatones de chico, y está apoyada en el cabecero, con las piernas cruzadas. Tiene las uñas de los pies pintadas de rojo gominola. Habla y habla, porque a ti no se te ocurrió nada mejor que preguntarle por su vida, flotan las historias, las saca de su cauce, y tú la escuchas intentando averiguar qué ha pasado y qué no. Dice algo sobre los lobos, que no terminas de entender. Menciona a Paquita, una vieja que vivía en Lope de Vega y a quien vagamente recuerdas. Tienes que reconocer que está guapa, te gustan sus labios, cada tanto te clava su mirada azul. Es una mirada que parece percibir algo que tú no ves. ¿Vas a acostarte con ella? Es en lo único que piensas mientras la oyes comentar minucias de tu vida pasada que creías no haberle contado ni a Ana, cosas que te avergüenzan, pequeñas mezquindades que está narrando casi con ternura. Tal vez te quiso, y tú a ella no, pero eso no explica nada, y Cecilia te estudia los labios en lugar de mirarte a los ojos, qué incómodo. Tu boca se estira se esponja se tuerce se afina, maldita Cecilia, debiste quedarte escribiendo y solo, ella en su casa. Sientes una erección, parece notarlo pero no se inmuta, tiene una seguridad pasmosa, estira las piernas y coloca un pie sobre el otro, el talón roza tu muslo, intentas

concentrarte en sus uñas pintadas. Cecilia te mira y sonríe como si fuera una cazadora paciente, una araña, giran en tu memoria los esquimales pescando, esos cristales de nieve que poseen una fuerza aplastante.

Sigues viviendo solo en esta habitación monacal, Ana está cada vez menos presente y te preguntas si no sería bueno, de una vez, hablar con ella y acostarte con Cecilia, miras sus piernas, los hielos del vaso, ella estudia tus labios y se relame como una gata mientras piensas tonterías. Todo está vivo, reverdece, hay un zumbido primaveral en el ambiente, asoma por la ventana un árbol a punto de estallar. No es el zumbido, es que te estás mareando, o el sentido común bombea como la savia y te dice que no hay por qué pagar tan caro un olvido, al fin y al cabo tú no la buscaste, estás poniendo en riesgo tu matrimonio y esa mujer no te gusta. ¿O sí te gusta? Estás muy excitado y, para rebajar la tensión, piensas en las historias del hielo, en los versos que te sabes de memoria y te entran una ganas inexplicables de salir corriendo, te levantas de la cama, le tiendes la mano a Cecilia mientras te dices que será la última vez. Parece desconcertada pero sale contigo, la acompañas a donde está aparcado su coche y vuelves a casa sintiéndote un idiota. Hoy has leído que una capa de cinco centímetros de hielo ya puede sostener el peso de un ser humano. Recuerdas una frase de Vázquez Montalbán: el movimiento se demuestra huyendo. Cecilia.

La vida no es perfecta. Tu editor sigue desconfiando, te recomienda que es mejor que continúes con la promoción, un esfuerzo más, Álvaro, quizá, si te alejas un poco lo veas más claro, tienes que relajarte, hacer las cosas más fáciles, escribe para el gran público que es, al final, el que te da de comer. «Nos» da de comer, corriges irónico, pero tu editor evita el cross a la mandíbula y ya se ha puesto de pie, sonríe, está abriendo la puerta.

El esquimal, cuando es dueño de la pesca, devuelve al mar helado un trozo de su botín, porque los espíritus han proclamado que lo poco que se entregue se volverá mucho. Hay tanto desamparo en la llanura blanca que el viento parece hablar: «has tomado del mar más de lo que el mar podía darte y ahora tienes que pagarlos». Puede orientarse con las agujas de nieve pero el laberinto de muros helados lo pierde. Y tú, ¿cuánto tardarás en regresar? ¿Qué pasará, si no encuentras el camino? ¿Has tenido demasiado? Hay muchos dioses, todos exigen

tributo. Asientas los pies sobre el frío y piensas en tu familia. El hielo es un ser vivo, tu corazón se craquela.

Aunque el episodio con Cecilia te parece lamentable no es del todo tu culpa, te dices bajo una ducha larga. Hoy has hablado con el nuevo inquilino de la buhardilla, se llama Fernando noteacuerdasqué y es de Burgos, tiene una novia en Arkansas con la que piensa casarse. Te muestra una foto en la que una mujer corpulenta sonríe bajo una melena rojo fuego, es muy joven, o tú te estás haciendo mayor. Parece formal y está económicamente atrapado, no te dará problemas. ¿Atrapado? Haces cuentas y más cuentas, alcanza para la hipoteca. Te cuesta relajarte, casi te duermes con el cigarrillo en la boca y despiertas en mitad de la noche porque notas que algo te roza un hombro, pequeños crujidos que no sabes de dónde proceden. Enciendes la luz y ves que la habitación se ha llenado de cucarachas. Son cientos, miles, alguien tiene que haber removido los cimientos de un edificio cercano y ha provocado la invasión. Sientes ganas de pedir ayuda, pero estás solo y es muy tarde. Cuando dejas de temblar mantienes la luz encendida para que los bichos huyan hacia la oscuridad. Pasas la noche despierto, asqueado, desnudo, abrazado a tus rodillas, no puedes dejar de rascarte. Por la mañana, muy temprano, irás a buscar algo para matarlas y te mudarás con Ana.

Los de arriba y los de abajo, los arios, los demás, las cucarachas, el mundo subacuático, los peces con sus vientres de plata rebosantes de sangre, lo que sucede a cinco centímetros de distancia, por encima de la capa de hielo que está a punto de quebrarse, el grifo atascado. Debajo navega un molinillo de café, Benigna, Cecilia, tu esposa, las manos pálidas contra la placa de hielo intentando salvarse, a punto de congelación, la bomba en Atocha, la guerra, el exilio, lo que parece inmóvil pero que agita la potencia de la vida, una noche de zapatos rojos y el movimiento se demuestra huyendo. ¿Tiene memoria el agua? Espacio y silencio, la lenta y quejosa llanura blanca que cruce bajo los pies, el hielo y su esplendente belleza, la casa nueva, Ana, los proyectos, la niña, Berlín, el próximo libro. Todo pasa como en otro plano.

Y yo, te preguntas. Y yo.

¿Dónde estoy?

Seguridad Social

(Pis)



Para Julieta

El día en el que descubrimos que el abuelo padecía incontinencia urinaria se organizó una pequeña revolución. Siempre habíamos confiado en su fortaleza y no estábamos preparados para verlo así, de modo que, como es costumbre en nuestra familia, nos dedicamos a negar el problema. Pero un día el estropicio fue tan evidente que no nos quedó más remedio que asumir la realidad y decidimos llevarlo al ambulatorio de la Seguridad Social.

El abuelo era un hombre tremendo, con bigotes como manubrios de bicicleta, cejas de alambre y un vozarrón que te perforaba los tímpanos. Militar en la época de Franco, todavía guardaba en el armario el uniforme color rata con botones dorados que se calaba todos los 18 de julio. Habíamos logrado que no saliera disfrazado, de modo que se limitaba a desfilar por el pasillo torturando con la vehemencia de sus botas a los vecinos de abajo.

Fuera de esta adherencia melancólica, el abuelo era una bellísima persona. Había criado a dos hijos que desarrollaban brillantes carreras en el extranjero, daba limosna en misa, cortejaba a la asistenta sin propasarse demasiado y a nosotros, sus nietos, nos regalaba la tranquila certeza de que teníamos una columna sobre la que se apoyaba el forjado familiar. Hacía ya un tiempo que se le iba la olla, pero no tenía vicio mayor que acudir los viernes al Casino Militar, donde conversaba con un grupo de nostálgicos mientras se zampaban un cocido digno de un regimiento. Regresaba cantando el Cara al sol y teníamos que cerrar la ventana. Entonces, atrincherado en su habitación, se ponía a contarle batallitas al retrato de la abuela, que había muerto hacía años, y que lo observaba con esa paciencia pertinaz que tienen las fotografías.

El abuelo tenía un pisazo en la calle del Prado, con fachada noble, portero que lo saludaba haciendo la venia y patio de carruajes. En vacaciones regresábamos del extranjero para practicar el idioma y vivíamos con él. Jamás preguntó qué hacíamos, ni nos esperó para la cena y, aunque más de una vez me pilló buceando en el escote de mi prima, nunca se dio por enterado. La única cláusula que era prudente respetar consistía en no hablar de política, porque eso de la democracia lo llevaba fatal.

El día en que el abuelo se hizo pis sobre la alfombra tuve que llevarlo al ambulatorio. Era viernes y había Casino, así que me costó convencerlo, pero sus contertulios, que se atrasaban tanto como él, me habían suplicado que lo hiciéramos ver porque, después de la última reunión, habían tenido que retapizar el sofá.

Caminaba arrastrando los pies, las piernas flexionadas, marcándose un pasito de caballo viejo. Cuando pasamos frente al Congreso de los Diputados, la mano sobre su bastón con empuñadura de plata, se tapó la nariz. Entramos en el ambulatorio. Daba pena verlo en la sala de espera del urólogo, despojado de su dignidad, con su volante y el número 101 entre las manos. Cada tanto se asomaba una enfermera de aspecto autoritario y, como si estuviésemos en el mercado, voceaba un número y los pacientes, un poco temblorosos, iban siendo fagocitados por las consultas. Cuando gritó 101, vi desaparecer al abuelo.

En la sala de espera había un barullo tremendo. Para no aburrirme, me dediqué a estudiar a los pacientes y a hacer apuestas mentales sobre sus dolencias. Quería ser actor, así que comprender la psicología de los enfermos a través de sus gestos me distrajo un rato. Luego intenté aislarme leyendo. Llevaba *La pequeña ciudad* donde se detuvo el tiempo, de Hrabal y subrayé: «Había desaparecido todo lo que podía recordar de los tiempos antiguos, como si todo lo anterior se le hubiese atragantado». Por fin empecé a construir palíndromas. «Luz azul», «amo la paloma», «dábale arroz a la zorra el abad» o «Anás usó tu auto, Susana». «Abajo me mojaba». Ay, el abuelo. «Sí, pis».

Aunque el sol del verano tardaba en apagarse, los enfermos se habían esfumado. Unos con un ojo vendado, otros, cojeando. Algunos tan felices como si les hubiera tocado la lotería. O con el ceño fruncido. Yo había terminado mi libro y revisado mi vida del derecho y del revés, incluso había tomado algunas decisiones. Hablaría con mi prima para terminar la historia en la que estábamos metidos, no volvería con mis padres a Suiza, sino que me quedaría con el abuelo en Madrid.

La enfermera volvió a aparecer. Estaba afónica y llevaba la bata a medio desabrochar, el bolso colgando de un brazo y una rebecc a en el otro, desde el fondo de las consultas desiertas oí el trotecito de mi abuelo. La puerta se abrió, y salió un viejo al que no conocía de nada.

—Aquí tenemos al número 101, dijo ella, con un tono con el que no parecía

referirse a mi abuelo, sino a su propio nieto. Y me tendió una receta. Una cada doce horas, todo solucionado.

El viejo me miró con sus ojos atónitos y esbozó una sonrisa. Llevaba una chaqueta raída que parecía quedarle grande, una boina. También sostenía un bastón, pero era de caña.

Cuando regresamos le dio la mano al portero y, con su trotecito, recorrió la casa y se encerró en la habitación. Me pareció que hablaba. Por la mañana vi que tenía sobre la mesilla el retrato de otra vieja, que lo escuchaba con paciencia.

Es muy difícil cambiar las costumbres así que, a pesar de mis propósitos, mi prima y yo seguimos metiéndonos mano, un día de estos pasaremos a más. Mis padres están contentos con que haya elegido por fin una carrera. Les mando una foto en la que salgo con el abuelo, y me dicen que da gusto ver nuestra complicidad, que por fin he sentado cabeza y que vendrán pronto a visitarnos. Cada viernes le ofrezco al abuelo acompañarlo al Casino pero se resiste, me insulta cuando le digo que se pruebe el uniforme. Sigue marchando por el pasillo y tenemos que cerrar la ventana cuando canta La internacional. Es un viejo simpático y nos gusta, su presencia hace que nos sintamos seguros.

Hay que ver cómo disminuyen los ancianos, hoy lo hemos llevado al sastre para que le coja los bajos de sus pantalones y le hemos comprado zapatos dos números más pequeños. Cuando me ve en el pasillo con la mano en el escote de mi prima sonríe, nos saluda con el puño en alto. No ha vuelto a padecer problemas urinarios.

Los zapatos rojos

(El mar)



Hace ciento ochenta millones de años Europa se alejó de América a la misma velocidad con la que crecen nuestras uñas.

National Geographic

El rulo blanco de las olas, el siseo de la arena, los largos paseos por última vez, el viento todavía suave que me permite meterme en el mar y que el agua me cubra con su manta de vida. Ya no hay bañistas y las olas, espesas como la crema, se derrumban en crestas irritadas. Los días grises tomaron desprevenidas a las gaviotas que no saben qué hacer sobre este mar que devora el cielo. Cuando el aire hace que casi sea imposible pasear, ahuecan las plumas para retener el calor. No hará calor tampoco en Madrid, así que elijo lo mejor de mi armario y busco lo que me faltaba por la calle comercial, donde las prendas de verano están de saldo y las de abrigo, a precio de oro. Aunque tenga que dar la vuelta al mundo tengo el billete, para eso he trabajado todo el verano cuidando a un niño antipático y blanquecino. Con eso, y algunos ahorros, espero sobrevivir.

No quedan turistas en las ramblas y los pájaros picotean la acera añorando las migas, los quioscos de la playa empiezan a colgar sus carteles de «cerrado» y, como esos pájaros que se abullonan, los camareros pronto emigrarán hacia el calor. Tampoco hay nada para mí en estas calles. No tengo papeles, pero los voy a conseguir, en Europa todo es fácil. Lo que más me duele es dejar a mi gato, pero cómo cuidar de un animal, si ni sé cómo voy a cuidar de mí.

Por la calle comercial van bajando los cierres. En una vidriera, rodeado de cosas sin sentido, hay un par de zapatos rojos. Son lo más bonito que he visto jamás, tacones de vértigo tallado con piedras. En modelo drag, se parecen a los que llevaba Dorothy, en El mago de Oz. Toda la vida he querido llamarle Dorothy, no Amarilis. La gente debería pensarse el nombre que pone a sus hijos y no usarlos para vetejar sus terribles ideas sobre el amor. Mi madre se ha pasado la vida viendo culebrones y trabajando de cajera en un supermercado. Podría cambiarme de nombre si consigo esos zapatos.

Vuelvo a la playa, la arena arremolinada me clavetea la piel. Bajo este muelle que huele a algas y a podrido me acosté por primera vez con un hombre. Era una noche de pleno verano, y fui a una fiesta con un amigo de mamá, que tenía un coche rojo, un locutor de radio, de los tantos hombres con los que mi madre salía para divertirse y que aparecían y desaparecían sin dar explicaciones. Me regaló una pulsera y pensé que era romántico, pero cuando él se puso a fumar mirando la playa me sentí dolorida y triste. Desde el porche mamá nos vio llegar, abrió la mano y dejó caer el vaso de whisky, al oír los cristales contra las baldosas sentí que toda ella se astillaba. El olor de las algas mezclándose con el hedor de los peces muertos. El último rebote del sol. Me desnudo tras el muelle y pongo encima de mi ropa un tocón de madera. Está oscureciendo.

Acá, cuando era estudiante, nos juntábamos para emborracharnos y terminábamos desnudos, felices, corriendo contra las olas como cachorros. Éramos los dueños del futuro, autosuficientes y superiores, no hacíamos planes y nos reíamos hasta dormirnos, la cara hacia las estrellas. Pero vinieron las crisis y ya no nos vemos casi, muchos viven fuera, sus padres no los mencionan. Si regresan, hablan de lugares extraños y da la sensación de que han sido sometidos a trabajos forzados. Alguna de las chicas, antes de partir, dejó un hijo que cuida la abuela.

Ha caído la noche y, bajo la cúpula negra que redondea el mar, decidí comprarme los zapatos. Cuando llego a casa veo que las plantas del porche tienen algunas hojas secas. Mamá va a podarlas y las dejará en nada, ya no estaré en primavera para ver cómo brotan. Contesto a un mensaje en el que me proponen cuidar de un niño con disposición a viajar. Piden perfecto inglés, francés y alemán. El sueldo es una pena. Si supiera tantos idiomas, me postularía para Naciones Unidas. El gato clava en mí su mirada amarilla, parece que sabe que lo voy a abandonar. Bajo la ducha estudio el agua que me resbala sobre la piel. ¿Dónde irán tantos y tantos litros que patinaron sobre mi cuerpo llevándose vaya una a saber qué partículas? ¿Irán al mar, flotará la memoria de las cosas? Los azulejos, la jabonera, la cortina de hule con delfines pintados, las manchas de humedad. Se la regalé a mi madre con mi primer sueldo. Cuando abrió el paquete no supo qué decir, pero enseguida la colgó. Mi madre: madrugar, el supermercado, las noches con hombres. Perdida desde que murió papá, como si fuera mi hermana pequeña. Enamorándose del amor, como si eso salvara de algo.

Camisón y un sándwich, me costará dormir, la cama está llena de migas. Sobre la alfombra la maleta abre sus fauces. Tengo que elegir de qué prescindo, qué permanecerá en mi armario, las perchas como esqueletos tintineantes, la ropa ahorcada. Mamá abriendo los cajones casi vacíos, recorriendo mis vestidos. ¿Por qué no se llevó esto que le regalé?, y se sentirá decepcionada. Los ruidos de la oscuridad, las historias sonoras que se irán para siempre: el secreto de las olas, el sobresalto histérico del perro del vecino, la cisterna del de al lado, un pájaro que despierta, un bebé que llora, la llave cuando llega mamá. Los zapatos rojos, brillantes dentro de su caja, son mi talismán. Golpear los talones, como Dorothy, para conseguir mis deseos: cambiarme de nombre, tener otra vida. Todo irá bien.

Mamá me lleva al aeropuerto. Durante el trayecto, encerradas en el universo de chapa, no sabemos qué decir. Aunque hace frío, abre la ventanilla para que entre el aire. Al bajarnos veo que sobre los zapatos rojos soy más alta que ella. Hacemos los trámites. Cuando la maleta se aleja me vuelve la imagen del ataúd de mi padre, desapareciendo tras una cortina. La imagen se esfuma rumbo a ninguna parte.

Como si supiera lo que pienso, mamá está mirándome. Extiende una mano y me da una caja envuelta en un papel suave. Dentro está el único anillo que heredó de mi abuela, tiene una piedra violeta, de chica me lo ponía para jugar. Me queda enorme. No, le digo, no me lo des, es un recuerdo, y mis palabras suenan como una súplica. Ella lo encierra en mi mano, intenta sonreír. Hacía tiempo que no nos tocábamos. Ambas sabemos que nunca me pondré ese anillo, pero parece satisfecha. Aunque me gustaría abrazarla, retrocedo.

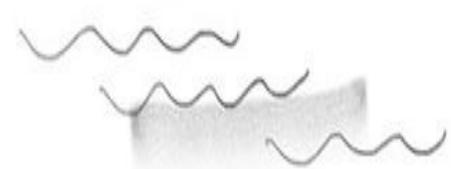
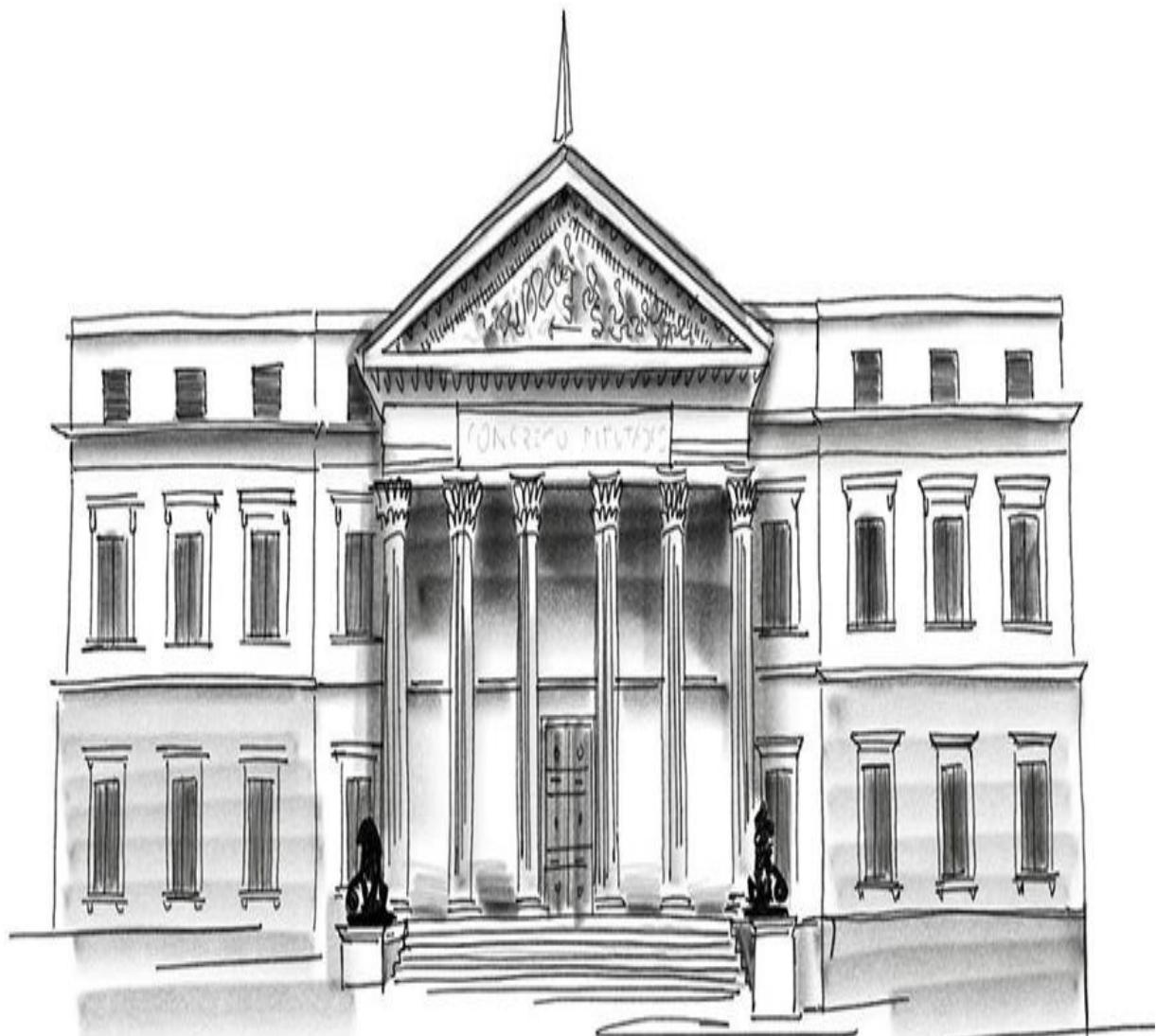
En el control de seguridad me quito los zapatos rojos y una mujer policía, con guantes, los estudia concienzudamente. Cuando me los devuelve, tiene una expresión de envidia o de enfado. Miro a mi madre, que permanece tras el cristal. Sobre su cuerpo se superponen cientos de imágenes: cuando me consolaba de niña, cuando me llevaba al colegio, nerviosa y vestida de fiesta, corriendo por la playa con la brillante melena, llorando en la cama cuando murió papá, esperando una llamada, fregando los azulejos y, por fin, la veo como es ahora, una persona hecha añicos, a la que le han estrujado la esperanza y que, como si espantara una mosca, agita una mano para despedirse de su hija.

Lo último que pienso, antes de perderme por los laberintos del aeropuerto, es la

frase de Dorothy, en El mago de Oz, en ese momento tan alegre, varita y polvo de hadas, cuando golpea los talones de sus zapatos rojos y dice, revoleando mucho los ojos: «se está mejor en tu país».

23 F

(La gota)



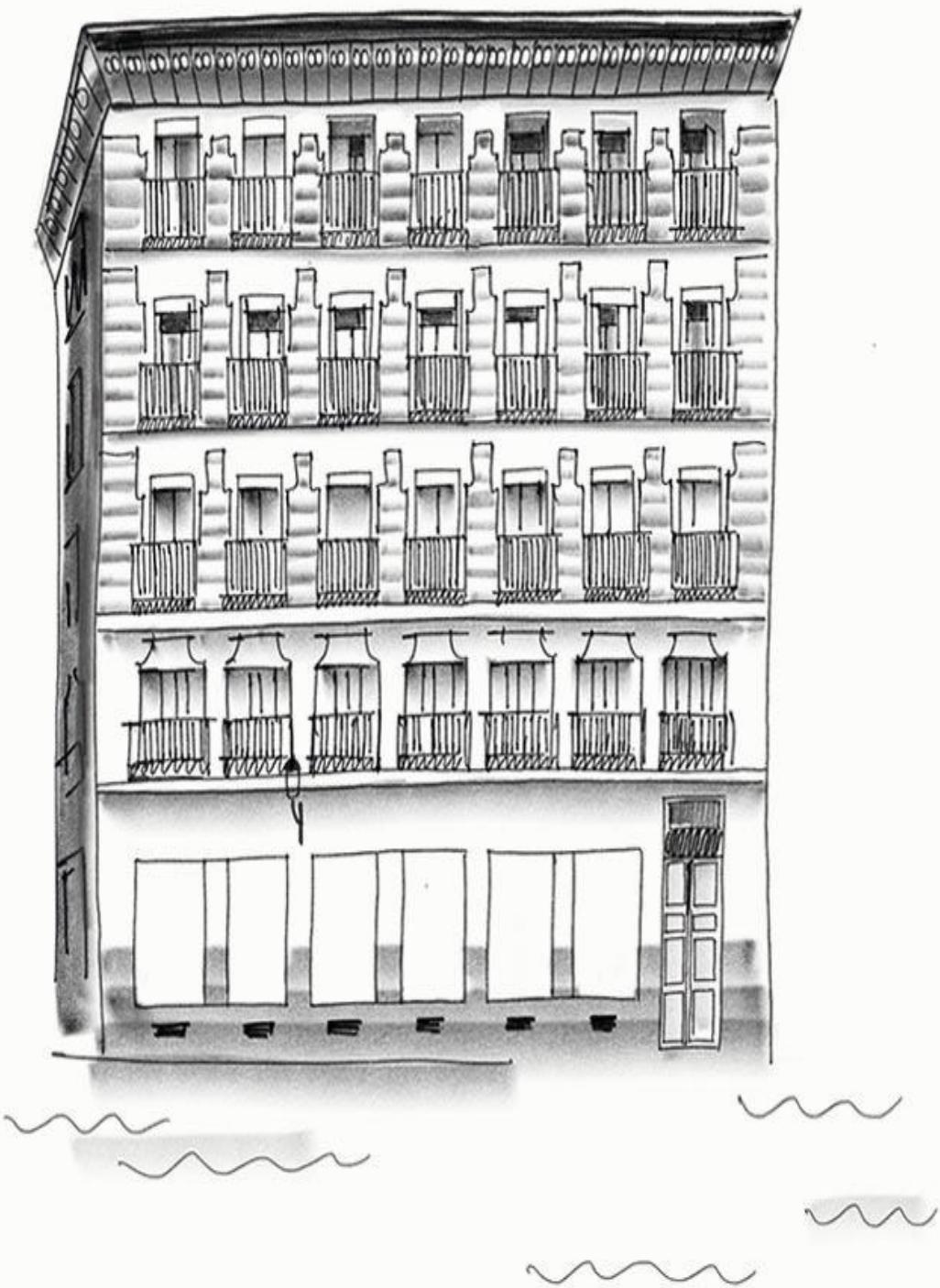
Cuando el teniente coronel Tejero, con sus bigotes en V invertida, entró en el Palacio del Congreso de Madrid y lanzó ese célebre disparo contra la cúpula y la orden de «se sienten, coño», atentando, a la vez, contra la democracia y el idioma, la bala obligó a sus señorías, en plena sesión de investidura de Calvo Sotelo, a interrumpir la votación y acuclillarse, prosternarse, lanzarse cuerpo a tierra o lo que sea, a causa del susto morrocotudo que implica que la Guardia Civil irrumpa a tiro limpio en el hemiciclo cuando se está a punto de nombrar a un nuevo presidente. Fue así que la bala impactó justo en el centro de la bóveda y entonces el diputado de la bancada de la derecha y la diputada de la izquierda, que gateaban acojonados bajo los sillones del hemiciclo, chocaron hocico contra hocico y el diputado de la derecha tardó más de lo conveniente en retirarse, o, mejor dicho, no retiró en absoluto sus labios de esos labios rojos en los que flotaba un aroma a maquillaje que evocaba al de su madre cuando salía de fiesta y el perfume, combinado con las emanaciones de la pólvora, daba al momento un oxímoron bélico y festivo. Por su parte, la diputada de la izquierda, ella sí, incomodísima, porque una faldita tubo no es el ideal para reptar entre las bancadas, sintió, oh magia de la naturaleza, análogas emociones, el after shave del señor diputado de la derecha le traía recuerdos de su padre y ya se sabe, las hormonas se desbocan con el pánico así que, mientras Tejero disparaba otra vez e insistía, como si hiciese falta, «al suelo todo el mundo» (cuánta adrenalina, qué vigor), los labios del diputado de la derecha seguían sobre los de ella besándola (si era el momento de morir, para qué resistirse), mientras Tejero disparaba, y los guardias civiles vagaban despendolados, una verbena de tiros, un descontrol, Tejero intentando organizarlos un poco, «¡que vais a dar a alguien de los nuestros!» y la bala, sometida a su propia inercia, atravesaba en ese momento el centro de la corona de laureles pintada en la cúpula del Congreso, capas y capas de material acumulado por años y restauraciones, y el proyectil buscaba, en su trayectoria, la libertad del aire frío del invierno, un crepúsculo plomizo similar al que cubría Madrid en los orígenes del mundo y, antes de iniciar la parábola inherente a toda trayectoria balística, donde hay que tener en cuenta tanto la resistencia aerodinámica como el efecto de la rotación terrestre, la bala salió despedida a cielo abierto e impactó contra la cabeza de una paloma que, ajena a la física, la historia y la política, se limpiaba las plumitas del pecho, sucias después de un vuelo sobre los árboles despojados de El Retiro, un vuelo donde un palomo torpe había anticipado la primavera con su galanteo, una primavera que, en Madrid, llega siempre de sopetón y asola a los habitantes de la Villa y Corte con su aura de pánfila felicidad. La paloma, pues, atravesada por el

proyectil, detuvo su toilette abullonada y, sin que mediara ni un arrullo, se dejó caer (qué otra cosa podía hacer, si estaba mortalmente herida), hacia la calle desierta porque, con ese follón, y la ciudad en vilo, quién se anima a salir. Para entonces, la diputada de la izquierda, que seguía reptando sobre la alfombra, había perdido su zapato, un par carísimo comprado especialmente para la jornada de la investidura en la que votaría, por supuesto, que no, pero, sin poder contenerse ante los arrullos del diputado ahora murmuraba ay, sí, sí, sí, cómo besaba su señoría, el after shave evocador y esa música celestial que, entre los tiros y los gritos, parecía manar desde la alfombra, Gutiérrez Mellado de pie, empujado por Tejero, Adolfo Suárez, que ya no es presidente, intentando convencerlo de que se siente y la música como de iglesia que parecía venir de las profundidades (es útil saber que el Congreso fue erigido sobre un convento), una música que asciende desde el centro de la tierra mientras la paloma cae y cae y, en ese segundo, toda su vida de paloma desfila ante sus ojos que, en el caso de estas aves, es una memoria de la especie, desde el último segundo vivido hacia atrás, una película invertida, y la paloma se vio casi dinosaurio, las patas largas correteando por la sabana que era Madrid, picoteando bichos y semillas entre los Hispanotherium matritense, subida a esos lomos firmes como tanques de guerra, cabalgando sobre tortugas milenarias que araÑaban lo que ahora es la plaza de Neptuno, se vio con una ramita en el pico, en el arca de Noé, emisaria de la paz, qué paradoja, en la antigua Grecia, informando sobre los Juegos Olímpicos, fecundando a una virgen, sobrevolando el Palacio del Congreso, que antes era el convento del Espíritu Santo (¡un edificio en su honor!), oyó desde los cimientos a los monjes cantando, mientras veía al Caballero de Gracia, dueño del inmueble, especulando con el terreno, vendiéndolo todo al mejor postor (lo de siempre en Madrid, especulación inmobiliaria), vio la demolición del Convento y los cráneos del antiguo cementerio que yace bajo las posaderas de sus señorías, vio izar los primeros leones de yeso que adornaron la puerta de entrada, tan cutres los pobres a causa de la crisis, los vio perder su pintura dorada bajo la lluvia, vio llegar otros leones de piedra, pequeños como perros, por fin vio los de bronce, majestuosos, construidos con cañones de una guerra, vio plantar las orgullosas columnas, vio a Clara Campoamor con su sombrerito, se vio a sí misma perseguida por los tirachinas hambrientos de la guerra, vio a un hombre en camisón, corriendo hacia el Museo del Prado, intentando defenderlo de las bombas, vio las cortes franquistas denunciando la labor jeremíaca y extranjerizante de los intelectuales, vio y oyó esto y toda la historia del mundo viajó por sus neuronas de pájaro y, mientras caía y caía desde el cielo gris, una gota de su sangre de paloma se coló por el hueco que había dejado la bala dentro del hemiciclo e impactó sobre la diputada de labios rojos, quien sintió, desde lo

alto de la cúpula, esa gota que lloraba sobre su escote, lagrimeaba roja entre los senos descubiertos y encontraba un cauce por el canalillo, el sujetador, qué desastre la falda, patinaba por su vientre, las bragas, el pubis, giraba y milagrosamente se hundía hasta el útero y, mientras dentro del Congreso la diputada encontraba por fin el zapato e intentaba peinarse, afuera el cuerpecillo del pájaro concluía su caída y reventaba contra el asfalto justo al tiempo que las narices de sus señorías emergían como si fueran cocodrilos en una charca, los hombros, las espaldas y, por fin, el diputado de la derecha abrochándose los pantalones, arremetiendo la camisa, la diputada bajándose la falda y la bendita gota ya en su matriz en esa mañana histórica, nutrida no solo de sexo, horror y democracia sino también de una llamarada de preñez, de un prodigo y, mientras se ponía el zapato, se prometió que, si estaba embarazada, y era una niña, la llamaría Paloma.

Construcción en abismo

(La gotera)



*¡Qué lástima
que yo no tenga una patria!*

León Felipe, «Qué lástima»

Si cierra los ojos, la mujer que escribe ve a través de sus párpados unas figuras que se mueven, como si fueran personajes de Van Eyck, siempre tan pálidos; sigue con los ojos cerrados y los hombrecillos no hacen nada importante, cortan el pan o mecen una cuna con la tranquilidad de *El matrimonio Arnolfini*, ese cuadro que la persigue y que representa a una pareja de burgueses asépticos. La mujer que escribe se pregunta si esto de cerrar los ojos y ver agujeros iluminados le sucede a todo el mundo, imágenes ensoñadas que se mezclan con la realidad y conviven pacíficamente con la vida cotidiana. Los burgueses del cuadro flamenco tomados de la mano. Una pareja, un perro, una cama, una alfombra. Zapatos, zuecos, y ese espejo convexo que, como las latitas de los polvos Royal, reproduce la escena hasta el infinito. Una escena dentro de otra escena, dentro de otra escena. Matrioskas. La figura, piensa la mujer que escribe, se llama mise en abyme. Le gusta repetirlo en francés, estirando los labios en las íes, una imagen en bucle, un juego de espejos, el infinito. Puesta en abismo. Construcción en abismo. «*Infinito*» es un concepto temporal, piensa, mientras que «*abismo*» es espacial. ¿Han estado el tiempo y el espacio siempre unidos? ¿No se puede pensar en una cosa sin tener en cuenta la otra? Kant decía algo sobre el tema, pero no recuerda qué.

La mujer que escribe divaga asomada al balcón de la buhardilla que ha alquilado en la calle de Lope de Vega, justo esquina con León. La farmacia de enfrente, la pensión que está a la altura de su ventana, la lechería, la tienda donde venden carbones (lee indefectiblemente «cabrones»), el almacén de González, *El león de oro*, una pastelería donde hacen el mejor mazapán del mundo. Todo se llama «león»: la calle, la farmacia, la pastelería. Le han contado que un indio, o turco, allá por el siglo xvii, se instaló con un león enjaulado y cobraba dos maravedíes a quienes quisieran verlo u olerlo. ¿La vista y el olfato van unidos? ¿La vista, el olfato, la memoria? El barrio es precioso, aunque no huele demasiado bien. Las

casas necesitan ser restauradas, hay bares de putas, negocios envejecidos. Deja entrar una ráfaga de este invierno tan frío. Veinticinco de enero de 1977. Acaba de llegar a España y anoche, envuelta en el paisaje costumbrista y brumoso, ha escuchado disparos reventando la oscuridad. La mujer que escribe se ha tapado los oídos porque esos disparos le recuerdan otros disparos, una puesta en abismo, una explosión dentro de otra, dentro de otra, dentro de otra con su eco en dos lugares del mundo. Piensa en el vestido verde de la mujer de Arnolfini, en la mano confiada que se apoya en la de su marido, la expresión anémica de ambos, la luz entrando por una ventana con emplomaduras y losanges y los losanges la remiten, indefectiblemente, a «Emma Zunz», el cuento de Borges, los amarillos losanges, y a su casa de Buenos Aires, en la calle Arenales, cuando pensaba que esos vidrios con emplomaduras solo existían en los castillos de las princesas. No recuerda si entonces ya veía, tras los párpados, estos agujeros luminosos, esa invasión anacrónica de escenas cotidianas. Una acción encierra otra acción, los abogados muertos a tiros esta noche, tan cerca de su casa, subiendo León y doblando Atocha, son los mismos muertos y los mismos tiros de los que ella viene escapando, una violencia es todas las violencias. Cuerpos jóvenes en un charco de sangre, con el estupor en las caras. Matrioskas. André Gide y Los monederos falsos, el último texto que leyó en la facultad. Una historia dentro de otra, dentro de otra. Han pasado siglos que apenas son meses, ella tiene cien años más. El espacio también es otro. Quiere incluir en ese espejo el abismo que no la deja dormir, el miedo, la mujer que escribe piensa que la vida no tiene nada que ver con los óleos hieráticos de los flamencos. Todo está sucio en su memoria. Sangre y barro, caminos que se bifurcan, libros perdidos, páginas al viento. Kant. Tiempo y espacio, países y viajes. Periódicos manchados de sangre bajo los cuerpos de los abogados muertos a tiros en su despacho de Madrid. Papeles, letras. Causas pendientes, padres y amantes que sollozan, vidas rotas. Quisiera escribir, pero no puede, las historias se mezclan como los castellanos, los paisajes, los tiros, los muertos, el tiempo. ¿Quién le devolverá las seis horas de vida que ha perdido con el viaje? Se puede viajar en el tiempo, hacia atrás. Escribir, quizá, lo que le contó Bernardino. Todos le cuentan historias desde que llegó a esta casa, hablan y hablan como si los hubieran amordazado durante años y ella fuera un timpano gigante. En el piso de abajo doña Marta hace escalas en el piano. Tal vez tenga un alumno, tal vez esté practicando porque las manos viejas se entumecen, y la mujer que escribe se dice que ella también está entumecida, no hay calefacción y no está acostumbrada a las bajas temperaturas. El matrimonio de Arnolfini mira hacia el frente y pregunta algo en el aire silenciosamente quieto. No hay atmósfera. Hay eco cuando una habitación se llena de tiros. Hay gritos. Hay dolor. Los abogados de Atocha, reventados como

aquellos muertos de su propio país, donde la barbarie se ha convertido en rutina. Un túnel. Escribir es enmarcar el caos. ¿Cómo se cuenta esto? ¿Cómo se narra? Bernardino y doña Marta, el aluvión de ideas. Si no escribe, va a volverse loca. Escribe, con letra escolar, con voluntad de orden, su nombre en la portada del cuaderno. «Cecilia Bradley». Pone la fecha y copia esa frase de Borges: «Un atributo de lo infernal es la irrealidad». «Cecilia Bradley». Cecilia y la irrealidad. Cecilia y el infierno. Su nombre acá no tiene historia. Cierra los ojos, ve al matrimonio de Arnolfini de espaldas, el vestido verde, la ropa de él, severa como la de un inquisidor. Debajo de su nombre pone un título: La historia de Bernardino. Dibuja un lobo.

Así transcurre la tarde, ya es de noche cuando enciende la televisión para ver las noticias. Funciona mal y en la pantalla aparecen caras atravesadas por rayas de luz, como fogonazos de balas. Blanco y negro, solo hay dos canales. Por la noche piensa que una posibilidad para contar la historia de Bernardino es darle el tono de un cuento popular. Escribe, pero vuelve a tachar. Mientras se adormece, ve que la mujer de Arnolfini se cubre el pelo con una toca, las mujeres de esa época dormían vestidas. Es rubia, como ella, Cecilia no se ha cortado el pelo a pesar de lo que pasó. Un mundo dentro de otro mundo, el campo dentro de la ciudad, la muerte dentro de la vida, el piano. Hay problemas más urgentes que peinarse o mirar por la ventana y espiar, en los agujeros luminosos de sus párpados, al matrimonio de Arnolfini, que nunca hace nada interesante, el frío de Madrid sin calefacción, la chimenea para la que no puede comprar leña, el termómetro ha marcado diez grados bajo cero, las fuentes lloran carámbanos.

Busca con quién compartir la casa, y tiene un trabajo en un almacén donde se reparte propaganda electoral. Toda la mañana enrosca caras de candidatos, Felipe González vestido de obrero, pinturas ingenuas que desaparecen en sobres, pegadas en los muros, octavillas, trípticos, proclamas. Es un trabajo eventual, le dicen, habrá dinero hasta las elecciones. Sin papeles, por supuesto, pero eso qué importa. Piensa si Arnolfini, antes de ser rico, tuvo que compartir casa. Tiene dos habitaciones libres, podrían sumarse cuatro personas más, quizá dos parejas. Un pincel finísimo, una lupa, detalles dentro de los detalles. La mujer que escribe toma notas y se trenza la melena.

Huele a sangre. Para llegar al almacén tiene que cruzar un puente que pasa sobre la mole oscura de los antiguos mataderos de Legazpi que todavía funcionan. Monederos, 15. La contrató un chileno que dice que peleó con el Ché en Bolivia y que perdió la mano al colocar una bomba. No sabe si creerle, muchos cuentan batallitas. Todas las noches amenaza con despedirla, todas las mañanas la vuelve a contratar. Rellena albaranes (una palabra nueva, que le suena a alacranes), intenta pegar provincias y capitales como «Vitoria-Gasteiz», aprender geografía a golpe de sobre, emborracharse, fumar porros. Cuando ya es muy tarde, el tipo que peleó con el Ché los estudia a todos con sus ojos de alacrán y levanta su mano retorcida y despótica, ¿a quién podrá humillar hoy? Le dice a un matrimonio de seres silenciosos que mañana no vuelvan. Seres del exilio, de los exilios. Médicos limpiando baños, profesores rellenando el mismo formulario como si el tiempo fuera cíclico. Dos chicos judíos que huyeron de Argentina para ser enviados a la guerra en Israel y consiguieron escapar hasta llegar a España. De noche, cuando trabajan, oyen música clásica. Tienen todos una costra tan dura que ni siquiera el alacrán logra atravesar.

La buhardilla parece encogerse cuando sus dos nuevos compañeros de piso llegan con sus maletas. Son de alguna provincia que Cecilia no logra identificar, compañeros del almacén, no exilados como ella, sino del grupo de españoles que, en medio de una nube de hachís, enrolla carteles en el almacén. Los dos se llaman Álvaro, y eso simplifica las cosas, pero uno tiene una mata de pelo que parece una fregona y el otro se está quedando calvo. Se rifan las habitaciones, se ponen de acuerdo con el dinero y la limpieza, reparten los estantes de la heladera y desaparecen. La mujer que escribe preferiría estar sola, pero qué otra cosa puede hacer. En Buenos Aires compartía casa, pero casi todos los que vivían con ella ya no están. Sube Para Elisa por el hueco de la escalera, de tanto estar sola se está volviendo rara, con esas apariciones tras los párpados y la familia de Arnolfini. Lo que más le gusta del cuadro, piensa, es esa inútil vela encendida en la araña de bronce iluminando algo que, en la clara mañana, no necesita luz.

Álvaro que se está quedando calvo se parece por momentos a Arnolfini, Álvaro con pelo se parece a Curro Jiménez. Bernardino es un pan de pueblo que aparece

sonriente y le arregla un grifo que gotea hasta la planta baja, sobre la librería Negueroles, y el librero sube cada vez que ella se baña para quejarse. Increíble que el agua atraviese tantos pisos, dice ella, con el pelo mojado, esta casa es muy extraña. Desde el escaparate de La Astorgana, Cecilia estudia unos seres que no sabe ni cómo se llaman, la peste plateada y las escamas, el pescadero con su delantal manchado de sangre y bigotes de cepillo de dientes. Cada vez que pasa por la calle Atocha camino al mercado se le retuerce el estómago, vuelve a escuchar los tiros. ¿Desde cuándo usa eufemismos? ¿Por qué dijo que ya no están, si en realidad están muertos todos los que vivían con ella en Buenos Aires? Quizá no puede escribir porque usa palabras sin sangre.

El rostro de Felipe González, la cohorte de chilenos que rodeaba al Alacrán, españoles muy jóvenes fumando porros en el almacén, la mole del Matadero en las noches sin alma, las turbias madrugadas frías en las que atraviesa el puente de Legazpi. Duerme poco, no tiene amigos, los Álvaros son distantes aunque, a su manera, la acompañan. Mientras ella lo mira con paciencia, su casero, un exoficial franquista, la adoctrina sobre la historia del país, le habla alto como si, en lugar de extranjera, fuera sorda, la estudia con un brillo libidinoso cuando comprende que vive con dos hombres. No cuelga nada en las paredes. Trepa por el patio de vecinos un batir de huevos, el aroma del aceite, una vieja que habla sola. Le pregunta a Bernardino. Es Paquita, dice, la del primero, su hermana acaba de morir, estuvieron setenta años juntas y ahora conversa con el aire, se sienta con ella un rato en la cocina, y sigue contándole lo de los lobos. ¿Será verdad? Muy tarde escucha golpes en la puerta y se le desboca el corazón, espía por la mirilla y no ve nada, le llega olor a tabaco, enfoca hacia abajo y ve las gafas de aumento y una vieja muy pequeña. Lleva algo entre las manos. Te lo presto, dice, y entra directamente a la cocina, le ofrece un molinillo de café, el médico ya no me deja. Se sienta tranquilamente, parlotea, empieza a liar un pitillo.

Paquita dice:

–No recuerdo a mi padre.

–¿Murió cuando eras pequeña?

–No. Me dijeron que me olvidara de él.

–El olvido no es voluntario, Paquita, no podemos decidir qué olvidamos y qué no. Nadie puede obligar a otra persona a que olvide.

Paquita la observa por encima de sus gafas, se las quita para estudiarla, están tan sucias que a Cecilia le parece imposible que pueda ver. Tiene una mirada inocente. Me gusta tu melena, dice. Toma otra cucharada de sopa, la sopla aunque esté fría. Huele el café con fruición de adicta.

–Sí, hija, claro que te pueden obligar.

Hace semanas que ha comprendido que, si la invita a cenar, va a negarse, pero si la deja tranquila a su lado, lo comparte todo. Paquita se alimenta como un pájaro. Siempre trae algo oculto en su delantal, una carta, un regalo, una foto. La máquina de forrar botones con la que todavía trabaja. Un bañador muy recatado que usaba en Francia y con el que, cuando regresó a España, la metieron presa por atentado contra la moral. Desenrolla, como si fuera una reliquia, el fragmento de un cuadro en el que aparece pintado al óleo el ojo de una mujer, dice que es su madre. Mi madre, insiste. Mamá. Lo último que los ojos ven. Restos de comida. Le cuesta alimentarse, tiene mal color. Cecilia comprende que Paquita se está muriendo. Fuman juntas, cuando se cansa, se levanta y se va.

Tampoco Cecilia está demasiado sana. Sale y bebe más de la cuenta, antes no le gustaba el alcohol, ahora la ayuda a dormir. Por fin la despidieron del almacén de Legazpi y se dedica a escribir cualquier cosa. Algo para una línea de teléfono erótico, con muchos jadeos, un guion para una editorial católica que le pagan bastante bien. Se promete que, aunque se muera de hambre, no volverá a trabajar en algo que no le guste. Paquita la regaña: tu vida es un desorden, tu comida es un asco, dice, mientras recoge la ropa que Cecilia ha tirado por toda la habitación, se la lleva, le cose los botones.

A Cecilia le gusta conversar con Bernardino. Es guapo como un joven dios que ha olvidado bañarse, en lugar de aceites aromáticos la piel cubierta de polvo de yeso, el pelo rubio cayéndole sobre los hombros, desdentado, sandalias de plástico en verano, en invierno, la camiseta corta que hace que siempre lleve el ombligo al aire, a veces una rebeca agujereada que no se sabe si es de hombre o de mujer. La ayuda a subir hasta la buhardilla algunos muebles que ella recoge

de la basura, protesta porque se le estropean las manos y no puede tocar el piano, trajina con la gotera, le da un martillazo a un grifo que regurgita. Doña Marta lo riñe, pero lo adora. Que te bañes, que te peines, que te cuides. Este muchacho es un sol. Una relación extraña, casi de pareja, pero ella podría ser su madre. Doña Marta tiene piernas de elefante, pies demasiado grandes para su estructura, ojos claros que viran de la ingenuidad a la suspicacia, orejas enormes. Bernardino sigue hablando de lobos, de cómo conoció a doña Marta en la calle, cuando pedía limosna y tocaba la bandurria. Después de abandonar el estado salvaje, dice. Después de escaparme del pueblo porque los niños me apedreaban. Después de ser maletilla, después de haber llegado andando a Madrid.

–¿Andando?

–Sí, desde Sierra Morena. Ella me enseñó a escribir, dice también.

Cecilia no sabe qué es una bandurria, le suena a pájaro de laguna, pero no se anima a preguntar. ¿Le estaré mintiendo? No parece. Y caen más historias en su tímpano gigante, navegan, se filtran, se cuelan, y la mujer que escribe es cada vez más Cecilia que ya sabe que esto no lo puede contar, que no se puede contar lo de los lobos de la misma manera que no puede contar esa noche de ecos y disparos ni tampoco aquella con la que sueña siempre.

El miedo a escribir, y la posibilidad de escribir. Le gustaría seguir estudiando, todo el mundo estudia a su alrededor, los Álvaros pasan el día encerrados en sus habitaciones, pero ese tiempo para ella se acabó. No tiene horas libres, ni dinero. Cuida a una niña bastante maleducada y el padre coquetea con Cecilia. Eso la deprime. Va haciendo algunos amigos pero la mayoría está tan triste como ella. Seres deformados, rotos, extranjeros. Hay demasiado dolor en el aire y, aunque se juntan para tomar mate y se ríen y se divierten, todos eluden lo que pasó. Pactos de silencio. Está muy lejos el tiempo de la escritura, cuando cada palabra tenía un dibujo y seguía a otra de manera racional, y se formaban frases con algún sentido. Es lo que pasa cuando las cosas estallan.

El matrimonio de Arnolfini se ha disuelto en las mañanas ligeras, ha desaparecido dejando lugar a burgueses inocuos que la acompañan antes de dormir. Su vida entra en cierta normalidad, empezará a estudiar periodismo a

distancia. Quizá lo suyo no sea escribir, o quizá lo sea, pero no ahora. Imagina que la mujer de Arnolfini dio a luz, o se ha quemado la pañería y ya no tienen con qué mantener esa casa. Esas son las historias que se inventa antes de dormir, ahora que duerme casi bien. Los Álvaros traen mujeres a casa. Cecilia ha comprendido que nunca va a poder incorporarse a este país tan distinto, ellos no pueden imaginar su vida, y ella no tiene ganas de contarla. Paquita sigue viniendo por las noches, pero cada vez tiene peor aspecto. Ya casi no come, cada día fuma más. Cecilia se ha encariñado con esa vieja pequeña y cascarrabias, ella, doña Marta y Bernardino son ahora su familia. ¿Y qué los une? Los une, piensa Cecilia, el silencio y el dolor.

Una noche hacen una fiesta en la buhardilla, amigos esporádicos que ha ido conociendo por aquí y por allá, seres con los que no combina del todo pero que por lo menos están. Afectos ligeros como telas de araña, frágiles como la mano de la esposa de Arnolfini. Cecilia piensa que la esposa no hace bien en confiar en ese hombre con cara de inquisidor, vestido de oscuro, que bendice algo en el aire. Lo bueno, lo malo. Nada de todo aquello va a sobrevivir, y lo sabe, pero se siente muy sola. Tan sola. Tan sola. Se emborracha. Ya es muy tarde cuando se abre la puerta de su habitación y entra uno de los Álvaros. Tienen un sexo furtivo y triste. No volverán a hablar de ello nunca más.

Ha pasado casi un año desde que llegó a Lope de Vega y ya siente nostalgia de la mañana en la que escuchó el piano que tocaba doña Marta. Más vecinos: un hombre pequeño, evidentemente homosexual, la voz aflautada, que vive con su madre. Cuando abre la puerta, su casa apesta. Una anciana solitaria. Una mujer con una amiga de su misma edad y a la que ha adoptado. Cuando discuten, el hombre pequeño les grita, ¡tortilleras! Y ellas contestan, ¡maricón! ¿Cómo se podrá contar todo aquello? A veces siente que no ha llegado a otro país, sino a otro planeta.

Le promete que no. Que no dejará que se la lleven. Que seguirán reuniéndose en la cocina todo el tiempo que sea posible. Paquita ya no come. Cecilia sabe que es el final, y trata de devolverle sus cuidados. Paquita y sus recuerdos, y su madre.

Paquita y la historia de un perro rubio con los ojos verdosos. Paquita en Francia. Paquita de regreso a una casa que había sido incendiada. Paquita cosiéndole los botones y dándole consejos: no bebas tanto, duerme mejor, come un poco, esos dos chicos ni te ven, búscate otros compañeros de piso. Cecilia la cuida. Si no aparece, baja a su casa y se sienta junto a ella. Que no, Paquita, que no te dejaré. Pero un día su familia se la lleva. Cuando la camilla se bambolea escaleras abajo, Paquita, sin gafas, la observa con cara de reproche. Nunca olvidará esa mirada. Las traiciones. Cuando la sobrina viene a recoger los muebles, trae un paquete primorosamente envuelto. Murió tranquila, dice. Lo dejó para ti, dice. Es el molinillo de café.

¿Es una traición olvidar? ¿Una traición el intento de seguir viviendo? Cecilia se ha cortado el pelo, pero los sueños se repiten y se repiten y se repiten.

¿Y si la mujer que escribe y Cecilia no fueran más que dos apariencias simétricas, una cuando es ella allá, otra cuando es ella aquí? ¿Si toda escritura no fuera más que eso, un laberinto sin centro, una trampa, un desdoblamiento vertiginoso? ¿Si los tiros en Atocha fueran los mismos que escuchó en aquella madrugada en su barrio de Buenos Aires, cuando llegaron los lobos y las armas y los perros y los uniformes y los gritos y patearon la puerta y la sacaron de la cama casi desnuda y alguien la arrastró por el pelo, su larga y preciosa melena, escaleras abajo? ¿Por qué la dejaron ir? Historias mudas. Las cosas que no se pueden decir no deben tener palabras. Ella está viva, y tantos otros no. La culpa.

Mucho tiempo después, cuando ya el edificio se vacía, Cecilia acepta la invitación de Bernardino para conocer la casa que está construyendo. Mientras el camino serpentea, entre el verde aparece y desaparece la silueta de un hombre subido en el techo que coloca tejas, desnudo y con guantes, los testículos que cuelgan como los de un mamífero salvaje, el cuerpo de lobo albino, sorprendentemente peludo y rubio. Es Bernardino. Se limita a quitarse los guantes y le da la mano, sus hijos ayudan a servir la mesa.

Debajo de los árboles, todavía tupidos, está sentada doña Marta. Las hojas le caen sobre los hombros y ella, en lugar de quitárselas, las mira como si fuesen

regalos. Agita la mano para saludar a Cecilia, sus manos fuertes de pianista, pero, cuando se acerca, nota que tiene la mirada vacía. Bernardino le ha colocado cerca un pianito de juguete donde la vieja toca notas disonantes que se van mezclando con los martillazos en el techo. No deja de sonreír y palmotea cuando Bernardino la levanta con sus brazos fuertes, la acuna, la lleva a la mesa acariciándole el pelo, besándola en la mejilla, como si fuese una criatura.

En una tarde quieta, Cecilia mira por la ventana por última vez la suave curva de ballesta del convento de las Trinitarias. Ya todos han abandonado el edificio, que se ha vendido para construir apartamentos de lujo. Cierra los ojos y ya no ve a los pálidos burgueses. Hay un lobo, y otros lobos, una manada de lobos que se aleja trotando calle abajo. Una manada y una historia que se riza en otra historia, en otra historia, en otra historia.

Cierra las contraventanas y deja la casa.

Lobos

(La cascada)



Es cierto, viví con los lobos. Mi padre me entregó al mayoral, y el mayoral me dejó en la majada. Mi madre creyó que había muerto, y vistió de luto para siempre. Eso me lo contaron, yo solo sé lo que sé: cuidó de mis hermanos y a mí me dejó abandonado.

Aquella noche padre me dijo, «Bernardino, tienes que levantarte». Estaba tan oscuro que alguien parecía haberse robado las estrellas, se oía el lamento de los terneros. Yo andaba de puntillas para no despertar a las bestias, luego arrastré los pies, levantando polvo. Padre no me montó sobre sus hombros, como hacía siempre, caminamos en silencio, las miradas paralelas, como dos hombres. No le llegaba a la cintura. A cada paso de él, yo daba tres. Bajo esa noche vacía dejé de ser un niño.

Así llegamos a casa del mayoral. El mayoral me llevó a la montaña, me encerró en la majada y, como era tan pequeño, me tocó cuidar de los cabritos. Pasaba hambre, me acercaba al pueblo y robaba comida, cazaba conejos. A veces mataba a palos a algún cabrito y bebía su sangre.

No soy un niño, ni soy un pez, aunque puedo remontar la cascada y beber boqueando con los ojos abiertos. Saltar entre las piedras bajo una lluvia de plata. Disolverse en la espuma. Puedo beber el agua caudalosa con un cuenco de calabaza y sentir el poderoso esfuerzo del rocío que levanta la frescura de la mañana. Las montañas recién nacidas, el balbuceo de los arroyos, la piel sensible de las charcas. Un chozo, las ovejas, la cascada, el mundo sin estrenar. Viento que brilla, aire ardiente. La belleza de todas las bellezas. Y la culebra que venía todos los días se acercaba al jergón como si fuera huérfana, compartía conmigo la leche de las cabras. La culebra y sus siseos en las tardes quietas, las ovejas con sus diálogos tontos, los lobos, que parecían perros.

No comprendemos a los lobos, son ellos los que nos comprenden a nosotros. Un lobo puede cuidar de las ovejas. Puede cuidar de un niño. El gran lobo plateado fue mi padre, contra su pecho firme aplaqué mi deseo de calor. La necesidad de hablar con mis palabras. Y pasaron los años.

Un día, herido por la música que salía por una ventana, me acerqué al pueblo, acaricié la carne de los muros. Iba cubierto de piel de oveja, calzado con abarcas de neumáticos. ¡Ahí viene el niño lobo! ¡No le deis de comer, que se aquerencia!

Ahí viene el niño lobo y una lluvia de pedradas, ahí viene el niño lobo y varazos contra mis piernas. Jaurías de críos salvajes. No es cierto que los lobos no se puedan amaestrar, se aquerencian si se los trata como a perros. Lo que no se puede amaestrar es al ser humano.

Regresé herido y me oculté entre las jaras y los chopos de la garganta. El aire nevando las hojas del álamo, un cerco de montañas. Hasta en verano llovía en Sierra Morena, con unas nubes que ya no se ven.

Fue en marzo cuando me acerqué a la vendimia y vi a la gitana, despeinada y olorosa, las palmas midiendo el aire, el torbellino de sus faldas, los pequeños pies descalzos. Ella se retorcía cuando yo le mordía la nuca, me besaba a dentelladas. Uno aprende de sus padres, yo aprendí a aparearme viendo a un lobo rojo con colmillos de plata. Aquella tarde, entre sus piernas, comprendí la dulzura. Entre los dos, ni treinta años.

Entonces el mayoral subió a la majada y vio que yo no estaba con las ovejas. Entonces volvió con los perros, y entonces pasó lo que pasó. Ese mismo día tuve que huir, un paso detrás de otro, y no dejé de hacerlo durante años.

Así fue como dejé de ser pastor y me convertí en maletilla, dejé de ser maletilla y me convertí en boxeador y, como el destino del hombre no está escrito en ninguna parte, robé una bandurria, y me convertí en músico.

Cuando se ha sido lobo, todo es fácil.

En los arrabales de una ciudad conocí a un hombre que vivía en un árbol. Oyó mi música y, tapándose la nariz, me dijo:

—Tocas bien, pero hiedes como una bestia.

Y me di cuenta de que hacía un año que no me bañaba.

El hombre era médico, se alimentaba con frutos del campo, bautizaba a los humanos con nombres de plantas y a las plantas con nombres de humanos. Yo era Bernardino de nacimiento y le pareció bien, así que solo me cambió el

apellido y me puso Rosa. Eligió esa planta porque dijo que detrás de mis dientes afilados como espinas hay pétalos de leche, que detrás de mi tufo montaraz se esconde un niño asustado. También lo eligió porque a ramazos y espinas me quitó la rabia del cuerpo. Me regaló un jabón. Me explicó que la naturaleza es nuestra madre y nunca más me sentí huérfano. Me explicó que todos los seres vivos somos hermanos, lloré por mi hermana la culebra y me juré que no volvería a comer animales. Yo, que había hundido los puños en sangre.

Cuando llegué a Madrid me puse a tocar la bandurria en la plaza de Santa Ana. Una vieja se me acercó y me dio unas perras. Empezamos a conversar, y se aficionó a llevarme comida. Dijo que tocaba bien, pero que lo haría mejor si me enseñaba música. Le dije que sí, pero que mejor empezar por las letras. Doña Marta vivía en la calle de Lope de Vega, tenía un piano y, si lo hacía mal, me hacía juntar los dedos y me golpeaba con una regla, pero cuando ella tocaba las notas se desparramaban como una cascada. El día en que murió Franco la vi ponerse en la cola para verlo en el ataúd. ¿Cómo eso, doña Marta, si usted es roja de toda la vida? Es que quiero asomarme a la caja para ver si es verdad. Era de miel, yo estaba enamorado de ella, pero tenía veinte años más que yo y nunca le puse un dedo encima.

Esta es mi historia. Aunque dejé el monte, el monte no me dejó a mí. Soy suma y resta. No como carne, no uso ropa de cuero, trabajo de albañil, hago arreglos por todo el barrio. Aunque mi mujer protesta, por mi casa voy desnudo. Tengo dos hijos, pero nunca les conté que mataba los cabritos y bebía su sangre caliente. No les conté que fui criado por un lobo. No les conté que solo podía hablar con una culebra, que era mi hermana. No les conté la noche en la que el mayoral llegó con los perros. No les conté que el mayoral mató a mi culebra, y que yo lo maté a él.

El socavón

(El Canal)



Poco después de la Guerra Civil, Juan Arospacochaga y Felipe, cansado de bombardeos y de armas afiladas, pergeñó una ciudad subterránea a la que se podría acceder por el metro de Callao, dotada de amplios paseos y un ocio elegante. La ciudad nunca se construyó pero, décadas más tarde, en el año de 1976, fue nombrado alcalde de Madrid.

Casualmente, en ese mismo año, el señor X, vecino del Barrio de las Letras, después de saludar a su madre que se asomaba al balcón, atravesó el portal de su casa, sita en la calle del León, 14, y fue devorado por el asfalto.

No era el apocalipsis, no, sino un socavón gigantesco que se había abierto a causa de una rotura en el Canal de Isabel II que provocó otra en el gas que provocó, a su vez, otra en las aguas residuales. Mientras caía, el señor X, pensó que era una suerte que estuviera asistiendo al psicoanalista, porque era capaz de percibir el inconsciente de las cosas, la ciudad que se esconde bajo la ciudad, el lado oscuro, la foto en negativo. Madrid es un gigante con pies de barro, una urbe edificada sobre siete colinas soterradas bajo el asfalto, reflexionó, con esa parsimonia lúcida que precede a la muerte, una ciudad levantada sobre arcilla, escombros y arena, todo es agua bajo nuestros pies, y comenzó a navegar por alcantarillas, aparcamientos y cañerías, entre alimañas huidizas, torrentes que fluyen hacia el Manzanares, tumbas bajo la florería de Huertas, el ataúd sin tapa en el que flotaba el autor del Quijote, los siete pisos en los que se hunde la caja de caudales del Banco de España, kilómetros de galerías en las que los ladrones construyen palacios y viven de las rentas, la policía que los persigue en la oscuridad, caminos del agua construidos por los árabes, bichos albinos, fantasmas y psicofonías que susurran bajo el Palacio de Linares, anillos de desposada lanzados por el desagüe, el esqueleto de un Hispanotherium matritense con dimensiones de barco y, mientras bajaba y bajaba, el señor X, en paz con su destino, comprendió que se acercaba al corazón palpitante de la tierra y se convertiría en diamante, él, que siempre había sido un hombre sencillo, un simple funcionario, y le pareció una manera gloriosa de morir.

Treinta y siete horas más tarde el cuerpo de bomberos logró recuperar el cadáver del señor X. La madre, consternada, observó la sonrisa de ahogado de su hijo, la rémora de su traje, la cara enjuta que ahora, en la hora de la muerte, se parecía curiosamente a la de Cervantes.

Lo último que los ojos ven

(El río)



*... y la Puerta del Sol destruida en parte,
llena de escombros entre Preciados y Arenal.*

Elena Fortún, Celia en la revolución

*Quién podría contar cuánto se piensa, cuánto se siente en esos instantes eternos
en los que vuela el avión sobre nuestras cabezas.*

Luisa Carnés, De Barcelona a la Bretaña francesa. Memorias

Era como si la habitación se llenara de olores compactos que se convertían en los muebles de la hora del desayuno, las veladuras del sol contra los cristales muy temprano, cuando Paquita y su hermana Carmen se sentaban frente a la mesa, hacían crujir el pan y nadaban con brazadas somnolrientas dentro del mar blanco de un tazón de leche, los pies balanceándose en el aire, el pelo muy corto para que no hubiera que hacer trenzas, que mamá ya no está para eso. Carmen enseñándole a atarse los botines –mariposas, conejitos– más madre que su propia madre, responsable antes de tiempo, así es la vida, ayuda a tu hermana o llegaréis tarde al colegio. La espalda de su padre en el contraluz del estudio parecía una montaña, su bata gris, las manchas de pintura son estrellas, galaxias de colores en un cielo invernal, cometas y cagadas de gorriones, un mapamundi de costras superpuestas durante años porque se limpiaba los pinceles en la ropa. La madre: no te limpies ahí, abre las ventanas, que huele a aguarrás. Adherida, atada al estudio, pegada a los cuadros, a las niñas, la voz de la madre muerta, el recuerdo de sus risas, los besos rápidos lloviendo en chaparrón. El olor a trementina le daba consistencia a los objetos, se pintaban de colores vivos y las frases de la madre muerta rebotando contra la pared: Carmen, Paquita, chiquitinas, hijitas mías, padre no debía de tener nombre porque solo le decía mi amor. Los recuerdos: trasiego en la cocina, burbujeo de patatas en el aceite,

carreras hacia el dormitorio, los dos quitándose la ropa a manotones, olvidándose de las niñas, la comida en el fuego, carcajadas y gemidos tras la puerta.

Paquita no la había conocido casi, Carmen sí, y eso le daba una superioridad que no era semántica sino más bien metafísica, y también un hatajo de obligaciones que la niña asumía sin desdibujarse. Ser niña y madre a la vez, qué regalo. No atraveses la calle si no es de mi mano, Paquita, lávate los dientes, cómetelo todo ya. Carmen sobre una banqueta, ayudando a padre a preparar la cena. Fregando los cacharros. Ventilando las camas, sábanas victoriosas como las velas de un barco. Da prestigio ser huérfana, es una aura triste en la que solo las niñas pueden entrar. Y padre a veces mimándolas de más, o tan ausente, ahogándose en vino cuando no recuerda nada.

Dos veces a la semana venía la hermana de mamá a ayudar con la limpieza. A ver si estáis bien. A ver si por fin Él permite que os vengáis a vivir con nosotros. Y decía Él con mayúscula, como si fuera Dios. Dios o un demonio, que rugía no. No y no. Las niñas son mías. Qué importa el desorden si tenemos paredes, y voces, y color, si nos queremos. Padre sentándolas en las faldas, venid, una en cada rodilla, apoyándolas contra su pecho de montaña, mis chicas, el pincel, un gris tierno se hace así, como de cal, transparente, volátil, algunos lo llaman alma –y padre esparciendo la pintura con la espátula–, yo lo llamo memoria y la memoria es gris. El alma se va cuando uno muere. La verdad es que no existe el alma, decía padre, ni dioses, ni leches, son puras supersticiones. Bueno, leche sí hay, de momento, pero solo para el desayuno, estamos escasos, hay que bebérsela sin ínsulas ni barquitos. Y también: la memoria no termina de convertirse en sangre porque le falta color. Más pigmento, Paquita, no seas desabrida. Paquita era un poco miope, achinaba los ojitos para enfocar donde le decía papá, padre untando el pincel en la pasta olorosa como si estuviera cocinando, azul con amarillo, verde, blanco con rojo, rosa. El rojo es un color puro. Primario. Tiene vida, el alma es exangüe. ¿Sabéis lo que quiere decir exangüe? ¿Qué os enseñan en ese colegio? Quiere decir que no tiene sangre. Lo que no tiene sangre está muerto, como la paloma esa que encontramos aplastada ayer, sobre los adoquines. Las niñas fruncen la nariz. Qué asco. ¿Asco? Sois unas cursis. La muerte no es un asco. Solo muere de verdad lo que no se recuerda. ¿Tiene memoria esa paloma? Claro que sí. Tiene memoria del coche negro que le pasó por encima. Ahora no recuerda más, pero vosotras sí. Habéis visto su cabeza reventada y se lo contaréis a otros que lo contarán, a su vez, una cadena que se pierde, por los siglos de los siglos amén. Antes, la paloma era los

ojillos redondos perfilados de amarillo, movedizos. Los ojos, lo último que los ojos ven. Esa es la vida de los muertos, el instante en el que todo se va. Sí, la gente escruta el cielo, pero no es para admirar las nubes, ni se preguntan dónde está Dios, es por esa mierda de aviones. Algún día diréis «así era mi madre» y ella, dentro de vosotras, volverá a ser hermosa. Y padre mostrando una tela, y otra, y otra, donde la madre aparecía pintada. Paguen lo que paguen, repetía, estas no las vendo.

Carmen intentaba retenerlo todo. Las palabras de su padre, el alma y la memoria, la madre riéndose a carcajadas, colores, palomas. Cómo se hacía el azul cobalto. Por qué Dios no existía.

Qué frío ese otoño, y el brasero no calentaba. Los rezongos de la tía. La tarea sobre la mesa de la cocina. Cuadernos y mapas, un ábaco, lapiceros. A Paquita hay que ponerle gafas, decía Carmen, que le enseñaba las primeras letras y, si padre tardaba en llegar, se iban solas a la cama. Podréis ser pintoras, decía papá. Podréis ser todo lo que os dé la gana. Podréis ser hasta ministras, ya hay una ministra mujer. Qué dolor de cabeza. Y se ponía a moler café con el molinillo. Crac, crac, crac, los granos. El cajoncillo de madera lleno de polvo oloroso. Estas telas son vuestras, las podéis vender. Mis cuadros son vuestros, representan nuestros días y sus sombras, el sol de esta mañana. Vosotras ahora, sentadas en una silla frente al tazón de leche, a contraluz. Yo, con mi café. Ese cuadro. Su última mirada. La de ella, sus grandes ojos glaucos. Ese no lo vendáis jamás.

Un día tras otro en esos tiempos como las fauces de un lobo. Descargas de fusilería, tiros sueltos, gritos, carreras. A veces en la cama abrazadas y solas porque papá no regresaba. Soy un hombre, decía, tengo mis necesidades, y bajaba las escaleras a zancadas. Las niñas tardarían años en entender qué era aquello de «soy un hombre». Paquita en particular, que siempre fue una cándida.

Madrid, noviembre de 1936. Qué frío. La gente corre y se esconde en los portales, mira el cielo. No porque esperen milagros, no justamente. De noche el cielo se ilumina con el resplandor de los fogonazos, las bombas caen sin perdón.

Cuando padre dice soy un hombre, tengo mis necesidades, vuelve borracho, ronca, hace temblar las ventanas. Ser un hombre es algo difícil de sobrellevar.

Soy un hombre y, por la mañana, le duele la cabeza, soy un hombre regresa aterido. ¿Quién no tiene frío en esas noches de Madrid, cuando suenan las sirenas? Carmen dice que no tiene miedo, y juega con Paquita a bum, bum, bum: tres. Menos de tres, gana Carmen, más, gana la pequeña. Tres bombas, empate. Sin embargo las manos les tiemblan. Lo peor es el silencio entre explosión y explosión. Cuando suenan otra vez las sirenas se duermen. Hay días más tranquilos, y las niñas bajan a la plaza de Santa Ana. Pasan por Antón Martín, y ven una casa que se ha derrumbado, los balcones en el suelo, un desastre de maderas. En la farmacia, el globo de bronce que tanto les gustaba bascula a punto de caerse. Hay tantos escombros que Atocha parece un paisaje de montaña.

Se ha posado el polvo sobre la ciudad. Seria, la gente observa el desastre y vuelve a sus quehaceres. Solo un perro llora. Es rubio, grande, pesado, como los perros de los pastores, tiene una mirada dulce, verdosa. Paquita se acerca y lo acaricia, es tan alto como la niña, le lame la cara, la besa, nariz con nariz.

—Mira, Carmen, tiene los ojos de mamá. ¿Nos lo llevamos?

—Papá se va a enfadar.

—Papá nunca está.

Como una pompa de jabón, cae una bomba, silba en el aire, raya el cielo, las niñas se tapan los oídos porque les duelen los tímpanos. El perro aúlla, Paquita empieza a llorar, un llanto grande como el mundo. El perro parece olvidarse de sí mismo, se restriega contra ella.

—A casa no, dice Carmen, pero podemos llevarlo de paseo. Vamos a la Puerta del Sol.

—¿Y cómo se llama?

—No le pongas nombre, porque no nos lo podemos quedar.

—¿Y si le decimos Mami?

—¿Estás loca?

El perro rubio barre el polvo con el rabo, trota entre los escombros, es el único

que parece feliz. Cerca de la plaza un tranvía lleno de hombres con fusiles, las armas salen por las ventanas.

—Mami no, lo llamaremos Perro.

La vida de antes. Ay, la vida de antes. Llegan a Sol como si fuera la vida de antes, cuando paseaban con mamá. Mamá sin sombrero, el pelo dorado al viento, la mirada verde y curiosa. Una bomba ha abierto un socavón en la esquina de Montera y se asoman las entrañas de la tierra, que cruje bajo los pies. Sobre La Mallorquina, donde tantas veces han ido a comer pasteles, hay un cartel enorme con un avión dibujado. Paquita deletrea, ojillos chinos: e-va-cuad-Ma-drid. ¡Bien, sé leer! ¿Qué quiere decir? Perro está nervioso, corre cerca del socavón, ladra, lo rodea, gime, se asoma, mira hacia atrás, le lanza a las niñas una mirada larga y desaparece. El cielo se cruza de aviones, la gente junta las cejas y abre la boca, vienen muy cargados, por eso vuelan bajo, con su lamento desgarrador las sirenas rompen el aire. Tres estallidos. Paquita ya no quiere jugar, llora porque no encuentra a Perro, no quiere volver a casa, Carmen la arrastra, no pueden dejar solo a papá.

Lo cierto es que papá no está casi nunca, no baja con ellas al sótano, pamplinas, dice, es mejor morir en el acto que morir lapidado, tampoco corre al metro a resguardarse, se queda tendido sobre la cama, borracho y roncando sin escuchar las alarmas. Se oyen bombardeos en Atocha, el hotel Ritz está convertido en hospital. Las recoge la vecina, que está arrastrando un colchón, no te olvides, Paquita, de ponerte los zapatos. Paquita no se ata los cordones, todavía no ha aprendido (mariposas-conejitos), los arrastra como si fueran culebras. Piensa en Perro, en cómo estará, si tiene comida o alguien que lo cuide. Lo oye gemir bajo los adoquines. Por si se quedan enterradas, hay palas. La tía dice que padre es un irresponsable, pones en peligro a las niñas, y él contesta el irresponsable es tu dios. Una noche, y otra noche, y otra noche.

Hasta que bombardean el Museo del Prado. Entonces papá salta de la cama en camisón y corre descalzo calle abajo, los brazos abiertos, como un orate. Las niñas lo ven alejarse con los pelos al viento, el lienzo blanco del camisón flamea como una bandera que grita queriendo abrazar el edificio.

Pasan dos días solas y padre no aparece, los aprovechan para esconder los cuadros de mamá detrás de la alacena, dejan un resto de pan por si Perro vuelve, comen sobras de la fresquera. Cáscaras, una patata cruda que les hace daño, pasan el dedo por los rebordes de las tazas de leche. Dos días en los que, aunque bombardean, no bajan al refugio. Paquita oye ladridos que parecen venir del centro de la tierra, llora sin cesar, Carmen los oye, si pega la oreja al suelo. Se ha terminado el carbón. Por las noches, Carmen abraza a su hermanita y la sujetá para que no se le escape el aliento, respira a su ritmo para ayudarla a respirar, la lámpara del techo es un péndulo. Las encuentra su tía, escondidas bajo la mesa, un estallido de cascotes y humo, las paredes crujientes dibujan un mapamundi de grietas. Les pone sus mejores ropas, hace un atadillo con comida, las obliga a llevarse una manta. Y, bajo la lluvia que acuarela la ciudad, las acompaña hasta la calle Valverde, donde está el camión. La tía tiene bigote, pincha cuando las besa, las aprieta tan fuerte que les clava las uñas. Sin embargo, está llorando.

–En Barcelona vais a estar bien.

–¿Y Perro?, protesta Paquita. No lo podemos dejar.

–¿Y papá?

–No te preocunes, están a salvo, se fueron de viaje. A Paquita le gustan los viajes y no entiende las lágrimas de su tía. Están empapadas. Cuando el camión se aleja, Carmen secreta que le ha dejado, para cuando vuelva, una nota a papá. ¿Y qué dice? «Hemos escondido los cuadros». Y Paquita susurra: yo también tengo un secreto, y le muestra, envuelto en una falda, el molinillo de café.

–Huele como nuestra casa. He dejado un resto de leche, por si acaso.

En Barcelona les rapan la cabeza porque no hay tiempo de buscarles los piojos. De las tetas como obuses de una madre cuelgan dos criaturas, una propia, y otra que acaba de llegar de Avilés. Durante los bombardeos, la ciudad está desierta, y a las niñas les gustan las avenidas, ese silencio mágico entre proyectiles. Las casas de los ricos, los palacetes abandonados del barrio de Gracia. Suelos olorosos y chimeneas retorcidas, picaportes de bronce, molduras de pesadilla, escaleras por las que podría subir una yunta de caballos, espejos de marco

dorado y armarios vacíos. En una de esas casas Paquita encuentra una muñeca con ojitos de cristal. Lleva un vestido bordado, pendientes con piedritas, zapatos de cabritilla, calcetines de perlé. Trata de esconderla, pero la descubren. En lugar de enfadarse, su nuevo padre lanza una carcajada orgullosa y grita: ¡mírenla a la madrileña, ya ha aprendido a requisar! Paquita juega con la muñeca. Come con la muñeca. Habla con la muñeca. Duerme con la muñeca. Le cuenta que no tiene madre y Carmen siente celos.

Otra vez el camino, ahora hacia la frontera. Dónde está tu hermana, sacuden a Carmen de un brazo, dónde está tu hermana, dónde está tu hermana, un pasillo de voces y las prisas del conductor. Llevan dos días granizando bombas y Paquita aparece tarde, hoy cumple seis años, espera algo especial. ¿Un viaje? ¿En medio de la nieve? ¿Con este frío? Eso no es un regalo, gimotea, yo quería unas gafas. Ser madre tiene esos problemas, se dice Carmen, que está entrando en esa edad en la que las niñas se enamoran de sí mismas. Y también: estoy harta de esta guerra y de mi hermana.

Sobre un puente de hierro el camión se detiene, está muy cargado, así no llegaremos a Francia. Hay que tirar las maletas. Y el río, revolviendo sus entrañas. La muñeca entrecierra los ojos. La muñeca con párpados pesados como la envidia. La muñeca antipática. Carmen se la arranca, la revolea de una pata, la lanza contra la corriente. Paquita la ve volar, el vestido bordado inflándose como un paracaídas, los brazos desbocados, las piernas que intentan frenar el golpe. Trenzas que se desanudan, temblequean los dientes de porcelana, las pestañas naturales arriba y abajo contenido el llanto, los ojitos de cristal, y un pendiente que sale disparado contra el río tenaz que, con un remolino lento, se la va tragando.

Ese día, dirá Paquita más tarde. Ese día se ahogó mi infancia.

Para qué hablar de lo que pasó después. Del campo de refugiados que custodiaban soldados senegaleses, el barro, el frío, el exilio. Las alambradas que atravesaban para mendigar comida. La indiferencia de los franceses. Ambas sobrevivieron sirviendo. Paquita no tuvo tiempo de aprender a escribir. Carmen no tuvo tiempo de casarse.

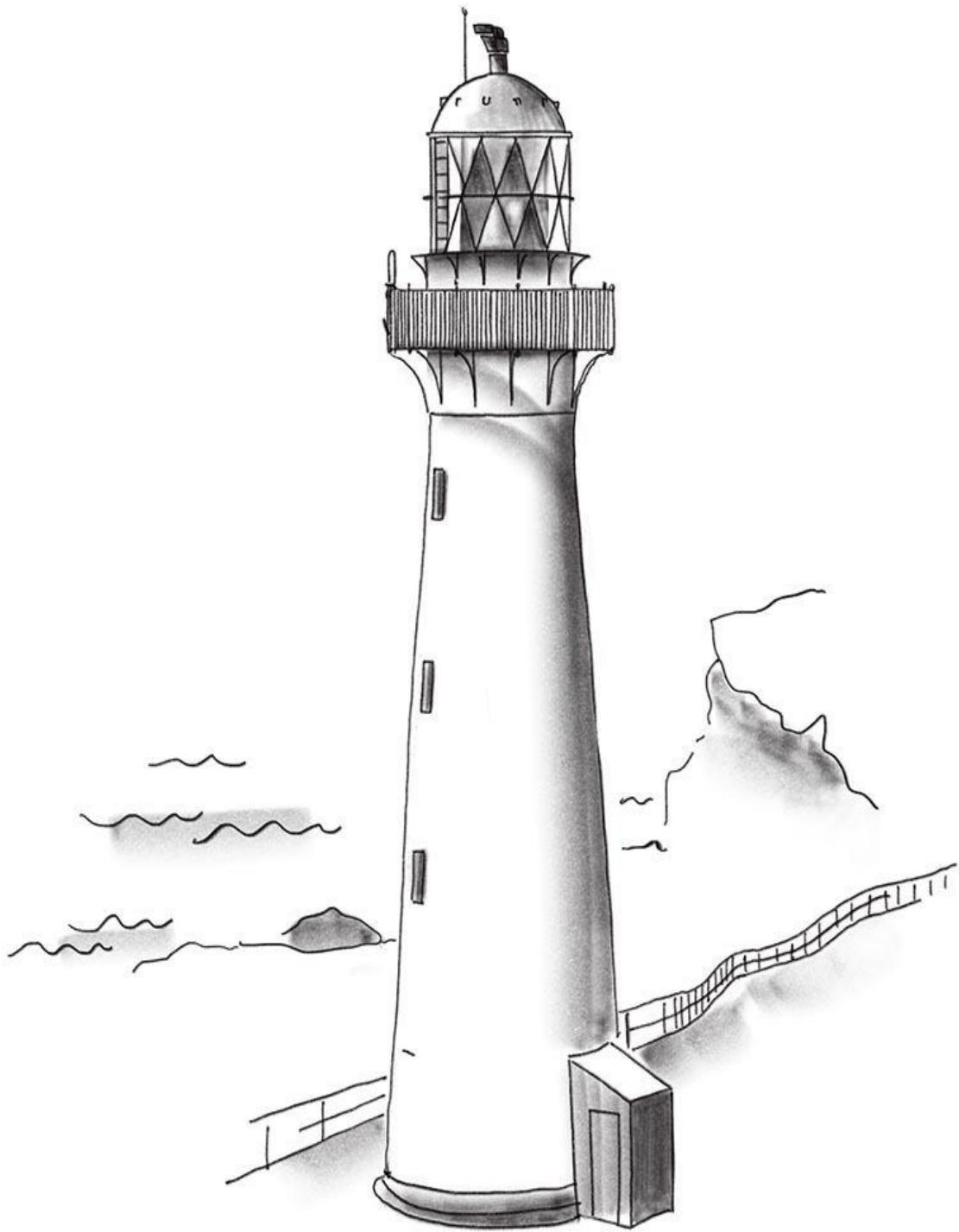
Cuando volvieron al piso de Lope de Vega habían pasado muchísimos años. El

barrio les pareció más pequeño, ya no tenían muebles y había tizne en las paredes. Los que quedaron en la ciudad habían tomado de las casas vacías lo que les hacía falta, primero comida, luego resguardo. Por fin habían quemado lo que encontraban a su paso: muebles, alfombras, enseres. Un ábaco. Los cuadros de papá. Entre los restos del incendio, fragmentos de un retrato, el ojo atento de mamá. Paquita mira a Carmen, pone el molinillo sobre el alféizar y, antes de empezar a sacudir el hollín, murmura:

—Pobrecillos, tenían frío.

Antípodas

(Tormenta)



El caso del perro con ojos de mujer y pelaje rubio que apareció en la playa de Castlepoint, Nueva Zelanda, cerca del faro construido con acero, donde amanecía un hombre que acababa de enviudar y que, desde entonces, todos los atardeceres se abrazaba a sí mismo y, encogido, lloraba contemplando ese mar tan azul donde ella, después de dejar los zapatos en la orilla y el abrigo meticulosamente doblado, se había sumergido en las olas, tal vez porque se sentía triste o demasiado feliz, o porque el viento pertinaz enloquece, o porque estaba enamorada de otro hombre o de ese mar bellísimo con olas plegadas sobre sí mismas y una luz tan cristalina que produce nostalgia.

El perro con ojos de mujer emergió del agua justo a la hora en la que, semanas atrás, otra mujer había entrado con los bolsillos llenos de metal, tijeras, un yunque de joyero, los cuchillos de plata de la boda, collares y abalorios, el peso de una balanza, las mancuernas de su esposo, animalitos de bronce, todo lo que pudiera empujarla hasta el fondo e impedirle cambiar de opinión, porque había visto en los rostros que vomitaba la playa un gesto de desesperación, un sáquenme de aquí, un quiero seguir viviendo que ella no quería para sí misma, sería una calavera sonriente, precisa, o una madeja de algas y ensueños, pero no tendría ese rictus cobarde de los ahogados. Eso pensó, probablemente, antes de caminar hacia el horizonte. En el sentido contrario brotó el perro y se acercó al hombre que lloraba, puso su cabezota rubia bajo la ruda mano del farero, la levantó de un empujón para que lo acariciara, la palma distraída, al caer, contuvo la cabeza rubia y el hombre, al sentir el calor del extraño animal, salió de su pena.

—Qué, tú, aquí, le dijo, por decir algo, tan sucio, perro, tan grandón, y comenzó a quitarle los restos de sal, algas, piedrecillas enredadas, le pareció que lo estudiaba con gratitud, dejó que lo siguiera trotando por los arrecifes de caliza. Cerca del faro quiso ahuyentarlo y el perro se alejó con su andar pesado pero, a la mañana siguiente, lo encontró dormido junto al umbral.

Castlepoint es pródigo en regalos, el mar expulsa ballenas, quillas de pájaros, delfines y lobos marinos que se rebozan en las dunas, costillares de naufragios. Llegan visitantes, pero pocos, porque Nueva Zelanda es la antípoda de Madrid, si se pudiera atravesar el centro de la tierra el faro de Castlepoint se opone exactamente al Barrio de las Letras, son trece mil kilómetros y es una lotería, el porcentaje de planeta con antípodas en tierra firme es escaso, la mayoría se topa

con el azul de los océanos y su memoria revuelta, no hay tierra opuesta para toda la tierra sino aguas y bruma, veinte mil kilómetros casi, dos meses en barco, pero el farero no conocía Madrid, ni tenía la menor intención de hacer tan desmesurado trayecto, solo había salido de Castlepoint una vez, para casarse, en carreta hasta Wellington, y la ciudad le pareció asfixiante, demasiadas luces y a la vez ciega, sin el ojo cíclope del faro. Esa noche su esposa se había desvestido ante él, su esposa con aspecto de niña, se había quitado el sombrerito, el alfiler, los guantes de ganchillo, el traje sastre que había elegido para la boda, la blusa con florcitas, las enaguas, las ligas y las medias hasta quedarse desnuda y él, confuso ante el regalo, no había sabido qué hacer, tanto era el olor a algas, a mar, le dijo cúbreste, desvergonzada, y con el insulto escondió la impericia. La bella desposada, la melena rubia bajándole hasta los pezones, se metió en la cama, se blindó con la armadura de su camisón, tardaría meses en volver a desnudarse.

Lo cierto es que el farero nunca había visto un perro tan grande con cara de buena persona, menos saliendo del mar y, a la mañana siguiente, mientras le rascaba la cabeza, le dio leche en el tazón de su esposa. El animal comió como si tuviera un hambre antigua, rebañó, lamió el suelo, pidió más, luego se quedó dormido en el umbral, sin responder a los toques de la bota del hombre, quieto durante casi tres días, una montaña de cien kilos de perro, el farero pensó que había muerto y no era capaz de aguantar otro funeral así que, si muerto estaba, ahí se quedaría, pero, como Lázaro, al tercer día el perro abrió los ojos y sacudió el rabo, con un ladrido bronco pidió de comer, y trotaba alrededor como si quisiera protegerlo. Eres un perro pastor, pensó el farero, qué vas a hacer aquí, animal, si no tengo ovejas, y el perro pareció sonreírle con su mirada de mujer. Cuando se sentó en la arena metió maquinalmente la mano entre el pelaje del animal y vio que la melena rubia estaba requemada, las puntas con tizne, como si hubiera atravesado túneles y cavernas, capas y capas de metales ardientes, hierro colado, petróleo, rocas viscosas, tornados de metal líquido y lo punzó una pena que nunca había sentido por su esposa, ni siquiera cuando ella le suplicaba sácame de aquí, sácame de aquí, todo el día solos, me estoy volviendo loca con el viento. Ay, se dijo, si la hubiera escuchado, si hubiera podido ver que hay cosas que parecen un principio, pero que son un final. Miró al perro, sus ojos glaukos, y el animal con su hocico frío lo sacó de la ensoñación, era muy tarde, así que el hombre dejó que entrara en la casa mientras pensaba que no podía llevar tanto tizne dentro del faro, tanto olor a centro de la tierra, tendría que bañarlo.

Despertó diciéndose que le hacía falta un nombre, pero bautizarlo era quedárselo

y el farero no quería hacerse cargo de ninguna cosa viva, ya bastante con su fracaso, así que decidió llamarlo Perro no más. Cuando le dijo «Perro, ven aquí», el animal abanicó las piedras con el rabo y se le acercó con su trote de paquidermo, abrió la boca y achinó los ojos, me estoy volviendo loco, el perro sonríe, pensó, y una semana más tarde había permitido que Perro durmiera a los pies de su cama.

Abajo del faro de Castlepoint hay una cueva, se dice que el primero que llegó hasta allí fue un navegante polinesio que perseguía a un pulpo. El pulpo, cuando se sintió aprisionado, en lugar de replegarse, expandió sus tentáculos musculosos para abrazarlo. ¿De allí vendría Perro? ¿De aquella oquedad bajo la erección del faro? Pero Perro, en cuanto el farero lo acercó a la entrada de la cueva, pareció retroceder asustado, se alejó para trepar feliz por las escaleras, como si aquella excursión le provocara la más absoluta de las indiferencias.

A partir de ese momento se instaló entre Perro y el farero una rutina. Muy temprano, con sus patazas tremendas, rascaba la puerta y lo obligaba a salir, corría hacia lo alto de los médanos y, si se cansaba, se sentaban juntos a contemplar el mar. El hombre acariciaba la melena rubia que ahora estaba limpia y, al mirarse en sus ojos verdosos, recordaba las mañanas en las que su mujer le servía el desayuno casi con timidez y esperaba sentada en la cocina mientras él se iba a pasear, estudiando las láminas de un libro enorme, o limpiando la habitación redonda como si el tiempo fuera cíclico. Una mujer joven y hermosa, tan delicada, los ojos de Perro parecían asentir, lloriqueaba un poco con esa mirada aceitosa de los perros, sí, ella era la mejor y la has perdido, eres un bruto, un bárbaro, pensaba el farero, un animal encerrado con esa chiquilla de tierra adentro que él había elegido como compañera y arrastrado hasta el mar, no supo quererla ni escucharla, ni acariciar su cabellera, ni interesarse por sus libros con láminas, una mariposa entre sus dedos crueles, y su mano va hacia el pelaje de Perro, la cabezota que asiente, las orejas mustias de pura pena, se comportó como un burro en esas noches de tormenta en las que ella temblaba cubriéndose con la almohada y él la dejaba sola para encaramarse sobre las olas en el puesto de vigía, el rey del oleaje, de los barcos perdidos, el dios de esas montañas de olas furiosas que parecían clamar por una víctima. Ay, la brisa y el salitre, las rocas sempiternas, la dureza pétreas de su corazón.

Una vez su mujer encontró en la playa una camada de cachorros, alguien los había abandonado dentro de una caja para que murieran y la mujer, contenta como una criatura, se los llevó al faro, deja que me los quede, suplicó, y empezó

a alimentarlos. Los cachorros lloraban toda la noche, se hacían pis en la cocina, destrozaban las mantas y revolvían cajones, mordisqueaban los sacos de arroz, rascaban los barriles con pescado en salazón. Hasta que un día el farero aprovechó la siesta de su mujer para ahogarlos en la espuma. La mujer vio la puerta abierta y salió gritando, gritando recorrió las dunas, gritando se sujetaba el vientre como si hubiera perdido tantos hijos como cachorros, gritando vio la espalda oscura de su esposo contra la furia del mar y supo lo que había hecho, gritó toda la noche antes de entrar en casa y durmió ovillada en el suelo, como un perro. No volvería a subirse a la cama pero aquello duró poco, una semana más tarde se había ahogado.

El farero mira el techo, si baja la vista teme ver la melena de Perro, lo tranquilizan los ronquidos isócronos de la bestia, si se despierta y ve los reflejos rubios se le confunden los sueños, se le rompe el corazón. Perro lo despierta a lengüetazos, le pone una garra en el pecho, lo obliga a tener una rutina, y eso para un farero vale oro. No, no se desprenderá de él, al menos de momento, había pensado regalarlo pero el otro día, mientras revisaba por primera vez los libros de su esposa, dio con algo que llamó su atención. El libro se llamaba Construcción en abismo, y consistía en una serie de láminas de pinturas con espejos. Le llamó la atención una imagen antigua, donde un perro, muy parecido a Perro, dormitaba junto a varias mujeres, una rubia y pequeña, como su esposa. El cuadro se llamaba Las Meninas y, a la izquierda de la imagen, mirándolo fijamente, estaba representado un pintor; parecía estudiarlo con acritud, como si dijera ¿qué has hecho con esa chiquilla? Cierra el libro, sube al balcón, se queda contemplando el mar. ¿Y si se dejara caer? Sería justo que se hiciera añicos, como le había pasado a ella, se necesita más valor para adentrarse en el mar que para saltar desde un faro. Está amaneciendo, los haces de luz dorada giran y bañan un agua casi rosa. Abajo Perro llora, pide que lo saque a pasear.

Un día descubre que Perro ha hecho una cueva dentro del armario de su mujer. No se ha atrevido a tocar nada, si lo abre el aroma de la piel de ella cuelga como sus vestidos. Hay una caja llena de camisones y lencería bordada que formó parte del ajuar de la novia. Perro aparece allí, sus patazas manchadas de barro, y el farero tiene que lavarlo todo. Cuando ve la ropa pálida rendida al viento, lo sacude un sollozo.

Ha pasado un mes cuando le permite subirse a la cama. Lleva noches intentándolo, Perro es cabezota, su enorme peso coloniza la balsa del colchón en

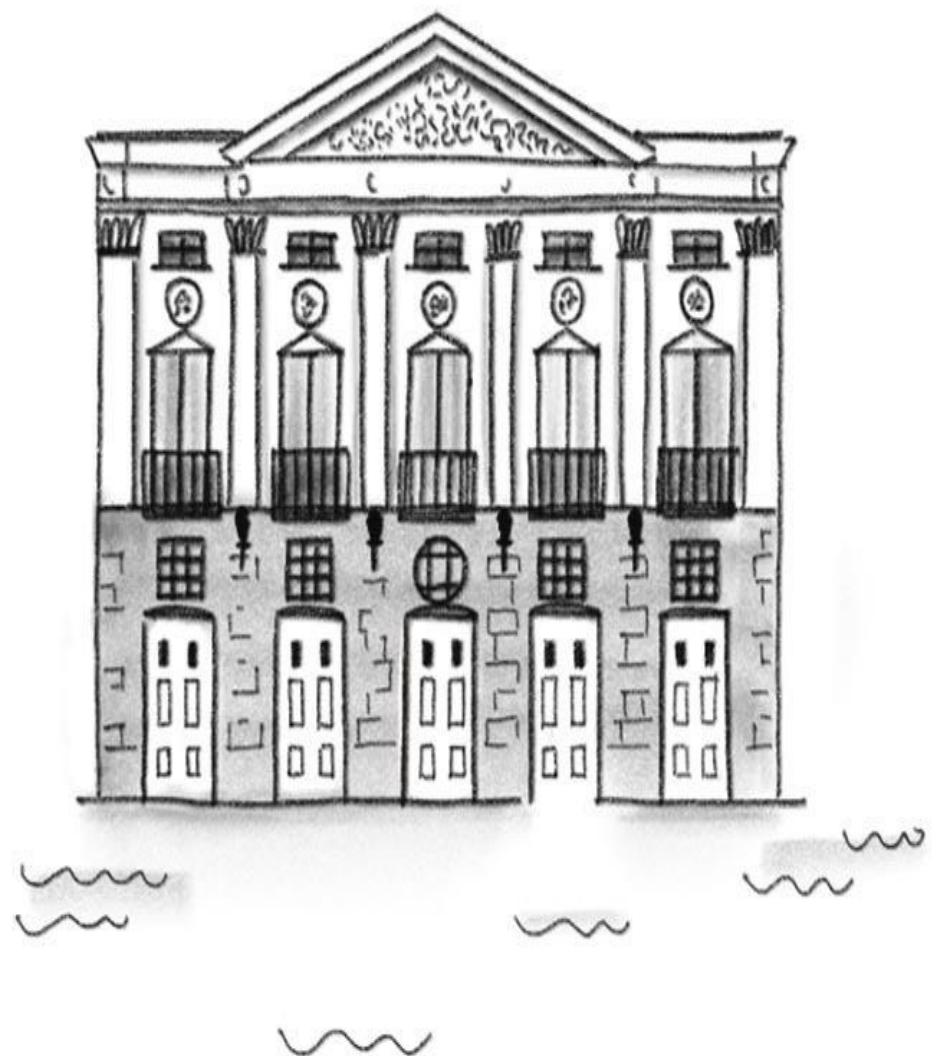
el que el farero naufraga, recuerda las quejas de su mujer cuando daba vueltas llevándose las mantas, cuando ella iba a dar contra su corpachón peludo, su piel tan suave, cuando lo sacudía para que dejara de roncar.

Hace un día húmedo y desapacible, desde la noche anterior una lluvia racheada azota el faro, el hombre no tiene fuerzas para salir de la cama. El mar está tan gris como el cielo, las cejas blancas de las olas interrumpen cada tanto el paisaje de zinc. En un día como este su esposa le hubiera subido el desayuno, un desayuno caliente en una taza blanca, mermelada casera, el aroma protector de las tostadas. Pero Perro solo exige, si no quiere un estropicio tiene que levantarse y sacarlo a pasear.

Mientras el perro trota indiferente al clima, mientras su pelaje tupido se moja, el farero piensa que tendrá que secarlo en cuanto lleguen, todas las toallas perdidas, qué peste a animal mojado, y recuerda al perro del cuadro, tan apacible que parece inmortal, aislado entre las mujeres y el pintor, las ropas antiguas, el espejo del fondo donde se repite una pareja. Las cosas y sus dobles, las imágenes invertidas. Si cavara en la tierra, ¿llegaría a Madrid? El cuadro está en las antípodas. La tierra y el mar. Un hombre y una mujer. El animal y el ser humano. Perro está lejos, de pronto se gira y corre hacia él, parece que va a atacarlo, con ladridos nerviosos lo empuja hacia un hueco en la arena, que el mar cubre y descubre. ¿Qué le querrá mostrar? Los perros no hablan. Pero el animal lo coge de una manga y tira. El farero se suelta, harto, no está en condiciones de cuidar de nadie, apenas si puede sobrevivir, le da la espalda al perro, vuelve hacia el faro, desde la escalera oye ladridos cada vez más lejanos, el mar los cubre con su mugido de tormenta. Solo se da la vuelta una vez, para observar cómo, a lo lejos, el animal cava enloquecido. La lluvia picotea la arena, es hora de regresar a casa.

Romanticismo

(Las lágrimas)



Para Fernando Casamayor, una educación sentimental

Escribir en Madrid es llorar.

Mariano José de Larra

La mano. La mano acariciándole la mejilla, la nuca, los párpados, la mano anhelante en las cúpulas de sus senos, el corazón un tambor, un fuelle la respiración, ¡ay!, el corsé, la mano antes de que alguien llegue, en la sombra del portal, los labios los bigotes la saliva la lengua el cerco de los dientes, el paladar, la mano entre las enaguas que crujen, crinolina cintas batista lazos ballenas alambres, la mano intrépida en sus caderas, las nalgas temblorosas, los dedos estrujándolas, ijares que se funden en la levita, el resoplar en su oído y la dureza brusca tras los pantalones de él, Rosalba, te quiero, la mano atrapada en la frontera de la liga, la abertura de los calzones no, no, no, cerrarse con la voluntad húmeda, abrirse al deseo, la mano, los dedos, no. Y Gabriel se derrumba, ofuscado, bronco, Rosalba sudando sin comprender del todo qué le pasa, recomponiendo de prisa lazos y trenzas frente al espejo de la entrada.

—Si no te quedas quieta te voy a pinchar, Rosalba. Mamá un puerco espín virulento, la boca llena de alfileres, ojos de serpiente clavados en su cadera. En tu cadera, tu hermosa cadera, las palabras de Gabriel le rebotan en el oído.

—Va flojo de aquí y de allá. Hasta el corsé te baila, no tendrías que estar adelgazando, niña, parecerás tísica.

—¡Ay!

—Quieta, Rosalba.

Un traje de novia para Rosalba, la futura señora de Santiago María Reyes Fernández-Kelly e Ybarzábal, ese militar que había combatido en los Tercios de Flandes y cuya estirpe llevaba doscientos años defendiendo España. ¡España! ¡Viva España! ¡Un coronel de Infantería!

Encajes y sedas, mantilla tramada con hilos de plata. Raso, organdí, encajes. Abanicos, porcelana, platería. Perfumes, pomadas. Por encima de nuestras posibilidades, claro, el novio paga. Tiene cincuenta y seis años, los mismos que mi marido cuando murió, piensa mamá, hubiera sido lógico que me cortejara a mí, al fin y al cabo ni he cumplido los cuarenta.

Pero Santiago María Reyes Fernández-Kelly e Ybarzábal ha preferido a la hija. Una joven pobre y hermosa con un viejo rico.

Para borrar la imagen desagradable, la mujer charlotea con Rosalba, que gira, la falda en abanico.

—Mamá, no se te entiende con la boca llena de alfileres.

—No te muevas.

Una boda conveniente. ¿Conveniente para quién? Y la madre sueña con un futuro sin problemas, esta hija buena para vender. Se asombra ante la crudeza de su pensamiento, abre la boca. Como lágrimas punzantes, caen los alfileres. Rosalba empieza a desnudarse.

La mirada ávida de su madre, los dedos como garras clavan púas en el acerico.

Se oye una carroza rebotando sobre las piedras, el chasquido del látigo, los gritos de los vendedores, la escalerilla musical del afilador, escanden la mañana los golpes del herrero. Alguien grita, ¡agua va! Sartenes, asadores, herraduras. Mujeres ricas emperifolladas. Monjas y sacerdotes. Criados. Sol.

Rosalba y los días lánguidos. Por las noches, el deseo. La luz de la luna, las lúgubres campanas del convento de las Trinitarias. Desde la ventana, un campo de techos humillados por las torres de las iglesias. Su madre acaba de recoger la vajilla y, como si fueran gallinas, ahuyenta los aromas fríos de los guisos. Silencian las puertas los huéspedes de la pensión. Chaquetas en el respaldo de

las sillas, pantalones cayendo, pies desnudos, el agua que rebota sobre el peltre, un cubo, ronquidos que hacen vibrar los cristales. En la oscuridad, Rosalba puede oír el reposo del viento enroscado en el balcón y, cuando por fin la noche impregna todas las cosas, recuerda. Piensa en su padre, en ese fantasma que la acompaña siempre. Está dentro del ataúd. Abre la tapa y aparece tal como era, la sonrisa torcida. «Voy a casarme, papá», le cuenta ella. «Tienes que ser feliz», responde él. Y desaparece. Rosalba se duerme y la despierta el rostro de Gabriel, una pasión que no se recuerda es media pasión, en la noche oscura su amado viene hacia ella, rememora lo que le dijo esa tarde, echándose el sombrero hacia atrás, los labios muy pegados a su oreja: solo te tengo a ti, Rosalba, eres mi refugio. Y los periplos de esa mano que navega, la brújula de los sueños la lleva más allá, más allá, la almohada entre las piernas, las caderas huérfanas, los gemidos anhelantes.

A la luz del quinqué, la madre cuenta las pesetas que le dejan los huéspedes. Su casa es ahora una pensión de mala muerte, con un largo pasillo que se abre a cinco habitaciones, pero antes ha sido un piso burgués de espacios grandilocuentes y lo hubiera seguido siendo si no hubiese tenido la necesidad de dividirla para ganar más con los viajeros de provincias.

Una criada montaraz, un pasillo tenebroso, paredes oscurecidas por el humo, sábanas que han conocido tiempos mejores, postres hechos con las sobras del pan. Por las noches, los huéspedes son aparecidos que flotan tras el cabo de una bujía. En vida de su esposo, el comedor tenía una araña de cristal, la araña tenía doce velas, las doce velas tenían un criado para que las encendiera. Cuando bajaba a la calle, el boticario de la farmacia León la saludaba con respeto. Era la esposa de un médico bien relacionado, nariz hacia arriba, zarcillos de perlas y vestido nuevo cada año. Ay, ese marido suyo, con tantos amigos en el ejército, y la tontería de ocuparse de las prostitutas en el Hospital San Juan de Dios. Un apóstol. Un santo. Y, como todos los santos, soporífero. Repetitivo como los versos de Moratín, que eran el estribillo de los postres. Cuando entiendan que enseña la voz mía/tan gran ciencia como es la putería. Lo conocía tanto que nadaba dentro de su cerebro. A ella no le hubiera importado una grieta, un misterio, alguna sorpresa, pero estaba la consulta privada, tan rentable que hacía que le perdonara todo. Los certificados de defunción disfrazados, el saca aquello y pon estotro, para qué deshonrar a las familias, para qué embadurnarlas con la vergonzosa certeza de una enfermedad venérea. Así, una muerte por sífilis se

llamaba, por ejemplo, ataque al corazón. Una gonorrea, eccema pertinaz. Qué tiempos tan felices aquellos en los que su marido cobraba pequeñas fortunas por maquillar un diagnóstico. En el fondo era hacer el bien, evitar el envilecimiento, los trastornos de las viudas. Incluso algún pequeño legado había caído en la hucha por decorar un certificado de defunción y un quítame de ahí esos chancros.

Claro que ella hubiera preferido vivir como una señorona en el barrio que se estaba levantando más abajo, donde había estado el palacio del Buen Retiro, pero las casas eran demasiado grandes en los Jerónimos y la tala de árboles de El Retiro, que había abierto el espacio para la construcción, había abrumado el aire con un polvillo de serrín que, mezclado con el estrépito de las obras, hacía que muy pocos se sintieran cómodos en las nuevas residencias. O vivir, al menos, en la calle del Prado, tan cerca, y más modesta, aunque señorial, con alumbrado de gas. Pero su marido, aunque había traído ahorros de Filipinas, solo había llegado a comprar este piso en la esquina de la calle del León con Lope de Vega, justo encima de la farmacia. Atrás había quedado la rentable clientela criolla de la isla, curada más a golpe de sentido común que de otra cosa, libre de sus males gracias a una buena alimentación y a su propio impulso por sanarse.

La idea de ser rica había sido, pues, un sueño. Un sueño tardío, porque su marido había enfermado y la gloriosa carrera hacia la cumbre se despeñaba como un alud.

Los males del amor. Los amorosos descarríos. Los abusos del coito. Las putas. Las historias de las putas, pulidas por la repetición. Y él, en la cabecera de la mesa, las nombraba con un tono extraño, paladeando las sílabas. Las pu-tas-fi-li-pi-nas. Cuántas íes. Víctimas inocentes. Clima tropical. Rostros perfectos, melenas hasta los pies. La violencia de los volcanes, lluvias que arrasan una selva enmarañada, tifones humillando a las palmeras. El ejército. Había aprendido mucho en esas tierras, y su marido se lanzaba a perorar, se perdía en esa monótona descripción de puentes y barriadas. Manila y las murallas duplicándose en los esteros, los brazos del río empujándose hasta la bahía. Los conventos, la cúpula orgullosa de la catedral, el jubiloso sobresalto de las campanas. Un puente colgante. Pequeñas embarcaciones, navetas, redes que cuadriculan el aire. Cuánta belleza. Y, cuando llegaba a este punto, ella se sentía un poco culpable por haberlo arrastrado de regreso a Madrid. ¿Hubieran sido las cosas de otra manera, si no lo hubiera atraído? Quién sabe. Pero estaba sola y había tirado de él. Ahora su marido tenía que reprimir esos sueños y sujetarlos

con las bridas de lo cotidiano, centrándose modestamente en las casas de tolerancia del barrio. La frase risueña, que era la coletilla final, y llegaba siempre después de los entremeses: En la calle de las Huertas, hay más putas que puertas.

Qué no habría visto el pobre. Gonorrea. sífilis, chancro blando, blenorragia. Palabras llenas de sílabas y de pústulas. Ella revolvía la sopa mientras él describía, con su voz nasal, los síntomas repugnantes. Intentaba masticar un trozo de carne. Tropezaba al tragarse. Qué asco.

Era lógico que su marido, con tanto contacto con el pecado, no hiciera uso asiduo del matrimonio. Él nunca había sido de exigir, apenas un trámite, abrirse de piernas, mirar el techo, dos sacudidas y ya. Eso, hasta que la salud de su esposo empeoró y la piel se le llenó de ulceraciones y dejó de tocarla. Qué importaba, si ya tenían una hija. La pequeña, dulce y hermosa Rosalba. Su marido en el ataúd, la puntera de los zapatos señalando la araña.

Es ya muy tarde. Suma las pesetas, apunta, las esconde en una caja. Tendría que dar algunas puntadas más, o no llegará a tiempo para la boda. Ahuyenta el recuerdo, empieza a bordar. Qué pena.

El coronel Santiago María Reyes Fernández-Kelly e Ybarzábal había ingresado en la Academia de Segovia con apenas catorce años. Era hijo de una viuda severa a la que sobraban bienes para garantizar el futuro de varias generaciones y creció educado por preceptores que le enseñaron a memorizar, pero no a pensar. Para todo había una norma y, para cada quebrantamiento, un castigo. Un error, un palmetazo. Dos, al cuarto de las escobas. Si fruncía la cara con gesto de dolor, el castigo podía ser terrible. A eso nunca se llegó, porque el niño aprendió a ocultar sus sentimientos. Nadie lo trataba de manera injusta, pero tampoco le expresaban ternura. Tenía dieciséis años cuando murió también la madre, diecinueve cuando aceptó viajar a Filipinas, un destino que la mayoría de los militares rechazaba y en el cual podría demostrar que no era solamente un niño mimado. Y allí permaneció muchos años, no porque cobrara el doble que en España, sino porque el reto de mantenerse lejos de la patria demostraba que era capaz de vivir sin otro apoyo que su hombría. Y, aunque la tropa indígena no era de fiar, las condiciones duras y la selva más confusa que un texto en latín, aprendió a librarse de la más viril de las batallas entre los brazos de las nativas de rostros de porcelana, las prostitutas chinas, que le enseñaron todo a cambio de su

dinero. Y logró, a fuerza de insistencia, el grado de teniente coronel.

Era egoísta, sí. Duro. Incluso cruel. También era un hombre recto con un pecho tan amplio que daba cobijo a tres nativas a la vez. Amigo de sus amigos, occurrente si estaba borracho, con una dosis de violencia contenida que utilizaba para ascender. En síntesis, le era mucho más fácil comprender a los hombres que a las mujeres y se hubiera sentido menos vulnerable sin la acuciante necesidad fisiológica de alternar con el otro sexo.

Además de las putas, Filipinas le hizo otra dádiva. Siempre había querido tener un hermano, y lo encontró en el médico del regimiento, un madrileño que se había alistado para mantener a su futura esposa y que decidió especializarse en las enfermedades del amor, más temibles en Filipinas que los enemigos agazapados en la selva. Así se labró entre ellos una amistad profunda, de esas que duran toda la vida y se basan en golpes en la espalda, risas compartidas, gusto por algún juego y otras aficiones de idéntica trascendencia. Era una especie de amor no explicitado que se sujetaba en lo que cada uno poseía: el médico, labia, experiencia, y un éxito espontáneo con las mujeres. El militar, contactos, dinero, y ganas de gastarlo. No pertenecían a la misma clase social pero aquello, que hubiera sido un escollo inexpugnable en la península, en las colonias resultaba baladí.

Cuando el médico murió en Madrid, el coronel tardó en enterarse. Envío una tarjeta de pésame a la viuda y, al saber que había quedado en la ruina, se acercó a la puerta de la casa de la calle de Lope de Vega y tiró maquinalmente del cordón de la campanilla. La mujer, vestida de negro, se sorprendió al verlo y, mientras la charla se desgajaba en vaguedades y lágrimas incómodas, el coronel estudió el retrato del médico que descansaba sobre la chimenea. Cuánto lo añoraba. Tenía que encontrar la forma de ayudarla.

En ese momento, como una tromba, entró en el salón Rosalba, venía de la calle y sus mejillas, rojas por la carrera, iluminaban su semblante. Se había quitado el sombrero y, sobre el vestido de luto, la cabellera dorada caía casi hasta los pies. Lanzó los guantes y la sombrilla sobre un sillón mientras el coronel se ponía de pie. Era tan viejo como su padre y, aunque la asustó el sable capaz de cortar el cuello a cualquier enemigo, tenía un porte elegante, melena de león albino y mantenía el color de la juventud en las cejas, que eran anchas. La niña hizo una ligera reverencia y le tendió una mano.

Por primera vez en la vida, el coronel supo seducir a una muchacha. Le habló de su padre, a quien Rosalba adoraba, la divirtió con pequeñas anécdotas, amenizó las tardes de paseo con datos triviales. Poco a poco fue ganando su confianza y pasaron a los encuentros con la madre como carabina, al galanteo y el proyecto de casarse, los regalos carísimos, las joyas que Rosalba amontonaba sin estrenar. Terminado el luto, comenzaron los preparativos para la boda. Vivirían en el ensanche, en la calle Serrano, en uno de esos pisos de reciente construcción con portales para carruajes y jardines interiores, calefacción y agua corriente. Podrían ir a los toros en la Puerta de Alcalá, viajarían a Roma y a París durante la luna de miel, tendrían hijas hermosas y varones que serían soldados. El coronel era respetuoso, apenas si le besaba la mano pero, cuando Rosalba sentía sus labios ásperos, la retiraba incómoda. Una vida sin manchas ni desórdenes. Plana. Qué paz. ¿Así es el matrimonio?, le preguntó a su madre. ¿Y el amor?

—El amor no tiene nada que ver con el matrimonio, querida, deja ya de leer novelas. Y no pienses en la noche de bodas, siempre resulta decepcionante.

Una mañana de lluvia, cuando los rayos sacudían Madrid y el agua bajaba como un río hacia Neptuno, la campanilla de la pensión sonó con violencia. Cuando la puerta se abrió, dio paso a un joven que, empapado, pidió hospedaje, la habitación más barata, acabó de llegar de Sevilla. La madre se dejó enternecer por el ardor del muchacho, por sus maneras suaves y apasionadas, los ojos vivaces y, durante un segundo, pensó que, si le hubiera sido devuelta la juventud, hubiera querido que él la amara. Pero los jóvenes pertenecen a los jóvenes, son incapaces de advertir la presencia de una mujer de casi cuarenta años.

Así, calado hasta los huesos, temblando de fiebre, entró Gabriel en la vida de Rosalba.

Brazos en alto y horquillas entre los dientes, Rosalba se dedica a peinarse, el esfuerzo dura casi una hora: rizos, lazos, trenzas, antes de que llegue el coronel, qué tedio, luego el ajuar mientras su madre se ocupa de hacer las camas. Mejor bordar que limpiar, mejor planchar que lavar, mejor hacer vainica que estropearse las manos en la cocina.

Se distrae mirando el edificio de enfrente. En el balcón, un gordo canta a voz en cuello mientras riega unos geranios.

Gran problema es en las cortes/ averiguar si el consorte/ cuando acude al excusado/ mea de pie, o mea sentado.

Otra de esas músicas groseras que se burlan del marido de Isabel II. No lo había visto nunca, tiene que ser un nuevo vecino, lo olvida porque Gabriel está a punto de atravesar el portal. Rosalba se clava la aguja en un dedo, una gota alegre de sangre tiñe la batista, se lleva el dedo a la boca y, mientras lo chupa, oye los pasos del joven al otro lado de la puerta. Su madre, desde la cocina.

—¡Rosalba, pon atención! Ese peinado, niña, colócate los rizos. Y usted, don Gabriel, ¿dónde ha pasado la noche? Su cama estaba... Pero pase, queda algo para desayunar. ¿Una taza de caldo?

Rosalba observa los botines manchados de barro. Está pálido, el pelo revuelto y los labios rojos, como si la sangre que sigue manando de su dedo los hubiera rozado. Desaparece sin saludarla. El olor a noche y a hombre queda suspendido en la sala y va a mezclarse con el de las patatas que borbotearan en la lumbre, el moroso girar del estofado. Como si fuera un puñal, Rosalba hunde la aguja en la sangre y empieza a delinear, con puntadas diminutas, una cadeneta casi invisible: te quiero-te odio-te quiero.

Botines embarrados, aliento agrio, los ojos bordados de arañuelas. Gabriel se desanuda la pajarita, se quita el cuello, se desabrocha los puños. La habitación es pequeña, con vidrios de dudosa transparencia, un rayo de sol entra de diez a diez y cuarto de la mañana, el resto del tiempo todo es gris. Ve agitarse la ropa tendida en el patio, el techo le baila mientras resuenan las discusiones de la tertulia, los gritos de muerte a los déspotas y los viva la República, tapices rojos que asfixian las paredes, notas que acaba de tomar y que deberían convertirse en un algo brillante para vender en algún periódico. Soflamas, puñetazos, un golpe en el pómulo que no sabe de dónde salió, demasiado alcohol, el aire frío de la noche, su paso bamboleante por el barrio del brazo de una prostituta que le había permitido, por un rato, olvidar a Rosalba, su carita de virgen, vaciarse entre las piernas de esa desconocida, las últimas pesetas en su escote, ahora quién coño pagará la pensión.

Al principio lo había atraído Rosalba porque era un imposible. Más tarde, porque imaginó que con ella podía ser eternamente feliz. Por fin, porque lo hacía sufrir.

¿Qué sería del amor, sin su hermano el sufrimiento? El hecho de que estuviera prometida resultaba un acicate. De estas hogueras sacaba Gabriel las brasas para escribir. Quería agitar las conciencias de una población apática con el arma de la pluma y la palabra, enviaba, un día sí, otro también, sus artículos a diferentes periódicos, que indefectiblemente los rechazaban, formaba parte de esa juventud ardiente que incendiaba las tertulias. La realidad era menos luminosa: se encontraba en una ciudad desconocida, hosca, sucia, lejos de su Sevilla natal. En los escaparates veía bollos, libras de chocolate, frutas que nunca cataría. Licores prohibidos. En las librerías, páginas que ojeaba a hurtadillas. Era necesario caerle bien a la dueña de la pensión para que no lo dejara en la calle pero, a la vez, el deseo del cuerpo de Rosalba lo atenazaba. En los últimos días, ella había decidido comunicarse con él a través de bordados, convirtiendo la ventana del patio en un circuito telegráfico donde, entre sábanas y camisas recién lavadas, vibraban cintas y retales adornados con mensajes. Eran apenas dos palabras ingenuas: «soñé contigo», «ven temprano» o «amado mío». A veces, dibujos. Corazones, palomas, flores, un cupido, un sinfín de tonterías que Gabriel besaba hasta el paroxismo y cubría de lágrimas.

Cansado de sí mismo va a la sala, se asoma al balcón. Ve que Rosalba está saliendo por el portal, el otoño dora los árboles y el viento hincha su sombrilla. Va del brazo de su madre. De pronto, desaparece el sol. ¿Un vaticinio? Será de otro, la visión se esfumará y él va a convertirse en uno de esos ilusos que llegan a Madrid para labrarse un futuro, un soñador, un solitario, un infeliz.

Se casarán en los Jerónimos el 23 de diciembre a las doce y Rosalba imagina la adustez gótica del edificio. Después del banquete se marcharán a Barcelona, a Italia, pasarán las fiestas de viaje. Por primera vez se alejará de su madre. Se habrá entregado al coronel. Ay. Se lava la cara, mira el lago del espejo y se ahoga, una gota de fuego brilla a sus espaldas, entre la bruma asoma la escena que la persigue. Hay cuatro cirios y está vestida de luto, junto al ataúd de su padre, el sacerdote concluye el responso, pronto caerá la tapa y no lo verá más. Le falta el aire. No llora, pero el velo que la cubre está húmedo. De pronto su padre abre los ojos, se sienta en el ataúd, y susurra: «¿No ves que los viejos morimos pronto? ¿Vas a casarte con ese? Te vas a quedar sola, criatura». Dicho esto, retorna a la quietud de los difuntos. La bruma del espejo evapora la imagen. Vuelve a asomarse a la jofaina. En el agua fresca con ondas rosadas, flota el perfil de Gabriel. El deseo la está matando. ¿Qué puede hacer? Si se retracta de

la boda, tendrá el amor, pero vivirá en la penuria, su destino será esta mísera pensión. Perderá el cariño de su madre, que es tozuda como una tortuga. Además la atrae ser rica. ¿Por qué elegir? Quizá a Gabriel no le guste, ¿pero qué puede ofrecerle él? No será como mi madre. No.

—Eres un ángel, le decía el coronel. Lo mismo susurraba Gabriel, eres un ángel. Pero el ángel de Gabriel era muchísimo más carnal.

Se sumerge en la tina. La han llevado a su habitación, son los regalos del novio, el agua caliente vertida por la criada, las toallas sobre la estufa. Ahuecada por el cuerpo de Rosalba, el agua tiembla y se mezcla con la noche pavorosa. Otra vez le parece ver los cirios del velatorio. Su padre sonríe entre las ondas, como si dijera «está bien». Flota, todo es compatible, el alma en paz. Se casará con el coronel, sabrá cumplir con su papel y dará a su madre una vejez digna. Pero, el día anterior a la boda, se entregará a su amante. Si hay consecuencias, el niño nacerá dentro del matrimonio.

El coronel Santiago María Reyes Fernández-Kelly e Ybarzábal es feliz, completamente feliz, y está enamorado como un cadete. Le hubiera gustado volver a ser joven, pero tiene otras virtudes.

Dialoga con su amigo, el médico difunto, como en las noches largas de Filipinas, cuando los enviaban a controlar las zonas pantanosas, los rancheríos habitados por nativos sin cristianizar, noches salvajes y hombres con las vergüenzas al aire, hembras apoltronadas sobre los sillones de las raíces de los árboles gigantescos. Tiene que pedirle permiso al difunto. «Hermano, quiero tu bendición. Tu hija me tiene loco. La trataré bien, no te preocupes, solo faltan dos días para la boda». Pasea por la plaza de Santa Ana y compra en el mercado de pájaros un loro. «Para ella, ¿sabes? Apenas tiene dieciséis años». La plaza está preciosa, han terminado las obras, el teatro ocupa un lugar prominente. No le gustan los pájaros, pero su niña, en una casa tan grande, necesitará una mascota. Su niña. Su novia. Su mujer. «Ay, viejo pícaro», parece que le dice el muerto, guiñándole un ojo. «Cuídamela bien».

El coronel se frota las manos. Desde su jaula, el pájaro lo estudia con severidad.

Al llegar a la farmacia León el pulso le late. Ella, con los ojos bajos sobre la labor. Entre sus brazos. Desnuda. Vencida. Cuántas veces la ha imaginado así.

Lleva en el bolsillo unos pendientes de zafiro. No deja pasar un día sin hacerle un regalo, pero estos son especiales: han pertenecido a varias generaciones de mujeres de su familia.

Le abre la puerta la madre, secándose las manos en el delantal.

—Ay, Coronel, mire cómo me pilla, ya es hora de que tenga la llave de la casa. ¿Y ese pájaro?

—Para la niña.

—La está malcriando. Tome, por favor. Siéntase en su casa.

El coronel siguió un impulso. Sacó los pendientes del bolsillo. Para que los luzca en la ceremonia, dijo. Estoy preparando una habitación para usted en el piso de Serrano.

La mujer, confusa, se desanudó el delantal, de sus ojos enrojecidos salió un destello de avaricia. Se quedó admirando los pendientes frente al espejo del recibidor y, por primera vez, permitió que los novios pasaran un rato solos.

Rosalba estaba bordando con lanas de colores algo que parecía un paisaje. Escondió la labor y empezó a hacerle carantoñas al loro.

—¡Me encanta!

—¿Estás nerviosa, querida?

—No.

El pájaro se quedó quieto, entre los novios se hizo un silencio. Ella junto a él, su perfume, la piel joven, el cuello finísimo, era el momento de tomar al asalto algo que casi le pertenecía y, con sus manazas, la levantó en volandas, la tendió sobre el canapé. Atónita, Rosalba cerró los ojos. Los labios ásperos del coronel estaban sobre los suyos, la lengua en su boca, sintió una repugnancia indecible y lo empujó. Si hubiera tenido las tijeras a mano, se las hubiera clavado.

Cuando el coronel, ofuscado, salió de la habitación, Rosalba terminó con su bordado. Profusamente decorada con flores y corazones, sobre la tela almidonada brillaba una frase: «Mañana, antes de que salga el sol».

Incluso alguien tan soberbio como el teniente coronel Santiago María Reyes Fernández-Kelly e Ybarzábal, cuya vida no había sido más que una sucesión de triunfos, cayó en el desánimo al no sentirse amado por su prometida. ¿Podría adjudicar el rechazo de Rosalba a que era una niña, o había algo más? Decidió dar un paseo por Madrid.

Lo más prudente era posponer la boda, pero sería objeto de murmuraciones y la honra de la desventurada Rosalba caería en el fango. Era posible que solo se tratara de los nervios, tan débiles en las mujeres, la tensión por el viaje. Se había apresurado. De pronto recordó que solo había visto sonreír a Rosalba en dos ocasiones: cuando recibía un regalo, y cuando asomaba a la puerta ese petimetre adicto a las tertulias que dormía en la habitación del fondo. ¿Cómo podía haber sido tan ciego? Le pareció que su amigo difunto caminaba sonriendo a su lado y susurraba en su oído: «calma, calma, así son las mujeres, tú ya sabes lo que tiene que hacer un hombre».

–¿Qué tengo que hacer?

«Tienes que retarla a duelo».

El coronel se detuvo de golpe, no era mala idea lo que se le acababa de ocurrir. Estaba llegando a la plaza y vio abierto un café cochambroso que estaba junto al teatro. Sin duda allí, cerca de la pensión, pasaría las noches el joven. El coronel iría a la tertulia con algunos camaradas y provocaría un altercado. Y, al amanecer, la franja sanguinolenta sobre el horizonte, espalda contra espalda, armas en alto: nada más fácil que cargarse a ese desgraciado de un balazo en la frente.

Pidió algo para beber. Cuando el salón comenzó a llenarse, no quedaba nada en la botella.

Gabriel recibió el mensaje de Rosalba cuando estaba por dirigirse a la tertulia. Tendría solo una hora para estar con ella y, en esos sesenta minutos, habría de vivir toda una existencia que, al día siguiente, le sería cercenada. Estaba lleno de gozo, y triste a la vez.

Cuando entró en el café se quedó en una esquina, dispuesto a ser un simple espectador, pero algunos le pidieron que hablara y esa noche las palabras fluyeron de su boca como un torrente. Aplausos, vivas, dos o tres parroquianos se le acercaron pidiéndole que escribiera para ellos. Era el amor, que iluminaba un espacio donde el humo impedía respirar.

—Para que te defiendas, le dijo alguien, esta noche has dicho muy alto lo que muchos no quieren oír. Y le tendió un revólver.

Gabriel jamás había sostenido un arma y pensó que, en sus manos, el revólver serviría más para justificar su muerte que para defenderse, pero sintió que rechazarlo era demoler la honra que había erigido. Allá, en lo oscuro, descubrió unos ojos que lo estudiaban. Era el coronel. ¿Qué hacía allí? Llevaba su uniforme y resultaba imponente. Parecía muy borracho, no estaba solo, un grupo de amigos lo rodeaba murmurando cada vez más alto. Alguien empezó una pelea, una silla estalló contra un espejo.

—¡Viva la reina!, gritó el coronel y, mirándolo fijamente, levantó la copa.

Gabriel dudó. ¿Cuánto sabría ese hombre? Lo prudente hubiera sido callarse, pero gritó:

—¡Viva la República!

Los viva, en un sentido y en el otro, taladraban la noche. Alguien le dio un golpe con algo y vio cómo su sombrero volaba por los aires mientras sentía un dolor agudo en las costillas. Tenía que salir de ahí. La tormenta ocultaba el cielo.

La noche es la diosa del velo, cambia las tornas, hace que bascule el destino, convierte la calma en angustia, el amor en duelo, el firmamento estrellado en un galopar de nubes ominosas, el dulce descanso en un infierno. El coronel durmió mal. No solo por el alcohol, que lo arrastró hacia imágenes en las que se perdía en los pantanos de Filipinas, sino porque no tenía la conciencia en paz. Había matado muchas veces, ese no era el problema, pero no era honroso matar porque sí. El joven resultaba una presa fácil, antes de mandarle los padrinos debía tener algo que, al menos ante su conciencia, lo justificara. Retarla por ofender a la reina Isabel resultaba absurdo, las voces contra ella eran tan abundantes en esos días que tendría que haberse batido con medio Madrid. Pero necesitaba

vengarse, el dolor de su pecho tenía que transmutarse en un «tú sufrirás», y solo así se anularía el tormento. Iba a casarse mañana y, por fin lo reconoció, un duelo resultaba un incordio.

Se dirigió a la pensión. El viento se había convertido en una amenaza de tormenta que mareaba las farolas, revolvía las ramas de los árboles. Miró hacia las ventanas del primer piso y vio una luz débil, con dos palmadas llamó al sereno, que apareció en el acto, la capa arremolinada y cubriendose de los primeros goterones. Vaya nochecita, dijo, mientras se sostenía la gorra, pero el coronel no respondió. La casa estaba en penumbra. Avanzó a tientas y entró en la sala donde solía bordar su novia. Bajo la manta, un rebullir de plumas. Abrió quedamente las gavetas, levantó los cojines. Nada. Junto al velador, el cesto de las labores de Rosalba. Cintas, agujas, hilos. Algún trozo de encaje, cuentas de colores. Apoyó el costurero sobre sus piernas y comenzó a revolverlo. Pobrecilla, qué inocente. Entonces, como la cabeza de una hidra, emergió de entre las labores un manojo de cintas bordadas con mensajes de amor que él nunca había recibido. Una tela con una mancha de sangre que decía: «te quiero-te odio-te quiero». El loro, bajo las mantas, bostezó una sola palabra: Gabriel.

Loco de dolor, el coronel desenfundó su revólver y corrió a tientas por el pasillo. La madre, que estaba medio dormida, no tuvo tiempo de detenerlo. Luego repetiría sollozando que solo había escuchado una carrera, el chillido del loro, la voz de un hombre que gritaba. Y ese ruido sordo, como de algo que cae, o tal vez el furor de un rayo que había descargado sobre Madrid.

Al abrir la puerta, aunque la habitación estaba casi a oscuras, la tormenta hizo que el coronel pudiera ver a un joven que abrazaba a una mujer vestida con un camisón blanco, la cabellera rubia cubriendole la espalda. No tuvo que encender la bujía para saber quién era: iluminada por los fogonazos, Rosalba miraba a su amante con una expresión de entrega que él no había recibido jamás. En el acto vio a su futuro esposo y quedó petrificada de espanto. Gabriel saltó de la cama, tomó su revólver, dio un paso hacia atrás: los dos hombres se enfrentaron cara a cara, se oyeron dos disparos.

El 22 de diciembre de 1870, mientras una madre lloraba abrazada al cuerpo de su hija atravesado por dos balas, se calmó la tormenta y pudo verse un eclipse total. Los científicos descubrieron que la mancha negra que aparecía en el cielo

no era efecto de la atmósfera, sino del cruce de la luna, la tierra y el mismísimo sol, que se había interpuesto en su camino.

Dos años más tarde comenzaría la Primera República. Para entonces se había zanjado el asunto como una cuestión de honor, y ya nadie hablaba de Rosalba. Gabriel pasó a formar parte de la redacción de un periódico, del que más tarde sería director. El coronel se casó muy pronto en los Jerónimos con una dama criolla, recién llegada de Filipinas, tan rica como él. Murió con ochenta y cinco años de edad, y no tuvieron descendencia.

La biblioteca de agua

(El fuego)



Homenaje a J. L. B.

Cansado del autoritarismo que encendía las piras, el hombre decidió construir una biblioteca protegida por el agua. La soñó una noche, después de haber visto quemarse una cordillera de papel, después de que el cielo de Madrid, en una tarde de verano, se hubiera vuelto noche por el humo de las hogueras. El hombre presenció el espectáculo y, aunque las llamas dejaron de iluminar los rostros de los sentenciados, permaneció en la Puerta de Fuencarral. Cuando todos se marcharon a la misa en honor de los difuntos, el hombre cazó el hollín que moteaba el aire, se dirigió hacia su casa; mientras enterraba la fúnebre carga en su huerto se dijo que esta siembra metafórica, si bien no haría brotar nuevos libros ni devolvería la vida a los condenados, abonaría, al menos, la tierra.

Ese año sus hortalizas dieron frutos negros. Ante el milagro, el hombre imaginó que podría fabricar tinta para que se redactaran historias, que hablaran de los que caminaban descalzos entre los ministros del Santo Oficio y los coloridos estandartes de las cofradías. Que pregonaran ante el mundo el olor de la barbarie. No sabía si lo horrorizaba más el teatro gigantesco que se erigía en la plaza Mayor, los indiferentes desmanes de los poderosos, el luto hipócrita del Inquisidor o la algarabía del pueblo inconsciente, que festejaba de la noche a la mañana el ardiente suplicio de los condenados. El hombre recordó las procesiones y su brillante espectáculo, las salvas de artillería, el redoble del tambor, el pregón que resonaba por las callejuelas y rebotaba contra las piedras en la plaza de Antón Martín, la procesión de las víctimas, el racimo tembloroso en el que se contaban más de cien. Eran gente normal. Algunos, casi niños, tenían miradas atónitas. Otros eran viejos que apenas se tenían en pie. Mercaderes, artesanos. En su mayoría, mujeres. Todo es barbarie, pensó, desolado. No hay refugio: no es el huerto, la memoria o la tinta lo que amainará la violencia de los déspotas, es la raza humana la que tendría que desaparecer.

Harto de la crueldad, decidió no salir más de casa y cerró los sentidos al tizne y al fuego. Pero no se puede dejar de respirar y, cuando todo volvió a arder y el olor del miedo entró por sus ventanas, tuvo que reconocer, temblando de impotencia, que su deseo de que la maldad desapareciera era tan estéril como escribir sobre el agua.

Lo cierto era que la mente obtusa de los tiranos y el celo de sus lacayos no tenía fronteras. En su locuaz biblioteca el hombre repasó las historias de la barbarie, leyó que, en la lejana China, el emperador Qin Shi Huang había edificado una gran muralla y modelado en barro la tumba de los guerreros, pero luego había hecho arder la enorme biblioteca, quemando libros, lectores y escritores en una amalgama de letras y de carne. También el obispo Diego de Landa, convencido de que los jeroglíficos eran cosa del demonio, había entregado a las ascuas gran parte de la memoria de Yucatán, dibujada en los bellos símbolos de los mayas. Y en la biblioteca de Alejandría, la guerra y la ignorancia habían acabado con casi un millón de volúmenes.

Una mañana, cuando estaba viendo engordar los tomates, el hombre encontró, flotando sobre el rostro del pozo, un frasco de botica. Parecía emerger de las profundidades, estaba cubierto de verdín y la cera que ahorcaba la tapa se había convertido en piedra. Armado con una navaja intentó abrir el tarro, fue puliendo la embocadura, la calentó con la mano, frotó como si quisiera sacarle lustre hasta que un rollo de papel, atado con una cinta, saltó al descubierto dejando expuesto, al aire claro de la mañana, un rollo de poemas que olía a moho y a agua. Era una letra bastarda, como de mujer, con eles y jambas barrigudas, con espirales envolventes. El hombre leyó, asombrado, rimas llenas de encanto, versos amatorios que hubieran hecho enrojecer a un mesonero, poemas en los que se alababa al buen Dios, y al amor pagano. Mientras leía fascinado, sintió que no todo en el mundo era desolación. Las imágenes, atrevidas y certeras, le estremecían las carnes como no lo habría logrado jamás el abrazo de las piernas de una hembra en torno a sus riñones. Estas líneas, se dijo, hubieran arrastrado a la hoguera no solo al texto, sino también a la mente y al cuerpo que las imaginara, a la mano tensa sobre las plumas recortadas, a los pliegos enrollados y la oscuridad de la tinta. Volvió a leer, ¿a quién pertenecía ese trazo robusto y firme, amable y jocoso, que había dado al traste con la censura?

Bajo las calles del barrio, los caminos de agua cavados por los árabes eran una nervadura líquida, una pendiente generosa que, abasteciendo aljibes y huertos, bajaba desde lo alto para fluir por la calle de Cantarranas. El agua y sus burbujeantes misterios. El agua, que alimentaba la vida. El agua, que escondía las palabras en el fondo de un pozo. Que se oponía al fuego como el cielo a la tierra, como la piedra al huracán. Y tuvo una certeza: este frasco ha navegado calle abajo, desde el convento de las Trinitarias. Tuvo que ser así.

El hombre salió a la puerta de su casa y observó el frente severo del edificio. El

escudo de piedra y el color lacre de los ladrillos. La torre y el alto crucifijo. Las celosías, que ocultaban el rostro de las monjas. Allí vivía, o había vivido, una joven cuya imaginación la había liberado de la clausura. Allí estaba, o había estado, un cuerpo que temblaba de deseo. Allí alguien había escrito un texto que le devolvía la esperanza. Imaginó a la joven monja en su celda, imaginó su risa, imaginó las mejillas rojas como cerezas y la pluma rasgado el papel, las imágenes libertinas fluyendo quién sabe de dónde, el frasco robado a la farmacia, la cera de las velas parpadeantes que había servido para silenciar la boca del frasco, imaginó la noche en la que dejaría caer al pozo todo lo que había escrito, imaginó las aguas negras en la noche, cumpliendo una doble misión: la de devorar los poemas y la de protegerla de los verdugos.

Fueran de quien fuesen esos versos, el hombre comprendió que lo ponía en peligro guardarlos en casa. Los registros y los murmullos, los ojos indiscretos de los lacayos, los comadreos y las envidias bien podían dar cuenta de su tesoro y acabaría en la hoguera. Pensó que, en el juego de opuestos del universo, es el agua la que se enfrenta al fuego y, si el pliego había llegado hasta él flotando, era el agua quien podía protegerlo.

Esa noche soñó con una biblioteca de agua con una arquitectura tan compleja que, al despertar, no sabía si era fruto del insomnio o de la pesadilla. Imaginó que anegaba el subsuelo de la ciudad, imaginó que la boca del pozo era un pasadizo que conducía a los anaqueles secretos. Imaginó una legión de bibliotecarios quienes, en el secreto de la noche, vestidos como las ranas, colocaban, en compartimentos de barro, la cerámica recubierta por el verdín, imaginó el trasiego de lectores que, huyendo de la Inquisición, se acercarían a millares para leer en la biblioteca de agua. Oyó los chistidos, las risas sofocadas, los conciliábulos, los debates, el ir y venir del cubo, los quejidos de la roldana. Oyó gorgoteos cristalinos y le pareció que la fuente regurgitaba como un recién nacido. Esa misma noche alumbró las ideas más inverosímiles, pero no las retuvo aún la vigilia. En sucesivas noches, el hombre delineó una biblioteca de hielo donde esculpiría los textos de la monja, los fríos inviernos de Madrid serían el lugar adecuado para que los poemas se conservaran. Además de tallarse en el hielo, algunos manuscritos serían trasladados a papeles finos como alas de libélula, o a planchuelas de oro, teselas enjoyadas y claveteadas en frío. Soñó durante semanas, y las noches se llenaron de fantasmas dorados. Imaginó cada detalle con afán minucioso hasta que una mañana radiante, bien despierto, tuvo

la medida de su anhelo alucinado y comprendió por fin el absurdo de sus sueños.

Había sido un iluso, un tonto. Era evidente que, con el arribo de la primavera, el calor iba a transliterar los textos vertiéndolos a un idioma balbuciente, sin orden ni sentido, las aes se derretirían hasta mutar en oes, las íes serían eles marchitas. Y comprendió que el agua era tan letal como las llamas, que el hielo tendría la misión de destrozar cuanto escondía, que no existe en el mundo un material capaz de proteger las ideas de la barbarie. Era casi de noche y oyó el tañido de las campanas del convento de las Trinitarias, que llamaban a vísperas.

El hombre se acercó al calor de la lumbre y comenzó a remover las brasas con un atizador, aventó la preñez del fuelle, dejó que el calor le pintara las mejillas y, susurrando los versos que había memorizado, comenzó a arrojar los poemas de la monja a las llamas, uno tras otro, mientras se consolaba pensando que, si un libro no merecía ser quemado, acaso tampoco merecía la pena que hubiera sido escrito.

La mano

(El pozo)



(...) En muchas partes de esta villa, el agua está cerca de la superficie de la tierra, y muy someros los pozos, tanto que con el brazo, sin cuerda, pueden tomar el agua en ellos (...). Así que con razón se movieron á decir los antiguos que aquella villa está armada sobre agua ó fundada sobre agua (...).

Fernández de Oviedo

Yo, señores, nací... podría comenzar este escrito, pero todo el que escribe nacido está, porque alguien lo ha traído al mundo.

Vuelve a tomar la pluma, la apoya y un lago de tinta da cuenta de su torpeza. Sabe leer y escribir como si fuera un bachiller, tiene una letra elegante, con giros agudos y altas barras en las tes. Si alguna vez confesó que no sabía hacerlo fue ante los tribunales porque no conviene a las hembras parecer demasiado listas ni tampoco aprender a firmar.

Yo, señores, nací...

En esta celda donde se ha refugiado quisiera contar una historia limpia como un hueso. Entra un sol oblicuo y su amiga sor Marcela le ha rogado a la superiora que la deje permanecer allí. Incluso se dirá luego que ella misma ha tomado los hábitos, aunque este extremo será imposible de comprobar. No hay mejor sitio para las mujeres que el convento, donde se las encierra, o se las deja en libertad, que nunca se conoce del todo el verdadero sentido de las acciones humanas. Sor Marcela dice que profesó para cumplir mejor papel que el que representaba en el mundo, donde era una desvalida. Pero Isabel no es como sor Marcela, que solo arde cuando escribe, Isabel es una vieja que ha conocido hombres vestidos como príncipes y desnudos como monos. La mancha de tinta se ha secado. Ahora está

vacía de otros deseos y tiene que llenar pronto estas páginas, es ya una anciana de escasos dientes y la persigue el tiempo con su guadaña.

Yo, señores, nací hija de Alonso Rodríguez.

Alonso Rodríguez, ese hombre fornido y malcarado, que atendía una bodega en la rúa de Tudescos. No era su verdadero padre. Tampoco era hermana su hermana que, por cierto, se parecía a ella tanto como un negro a un arcabuz.

Cosas que pasan cuando se regenta espacios de mal vivir, donde el alcohol riega las escaleras y la gente de teatro canta hasta cualquier hora. Y, entre toneles, de todo sucede. Más si se tiene una mujer hermosa que no se consuela con trabajar como una burra y envejecer sin dar fruto y que, además de servir la mesa y reír las gracias de los cómicos, se quedó preñada, las faldas en la cabeza, tras el vientre de una vasija. Esa fue su madre.

Yo, señores, soy hija de Ana Franca de Rojas, casada con Alonso Rodríguez, tonelero asturiano con menos pulgas que un huevo, madre de dos hijas bastardas, que supo ocultar tan bien su secreto que el tonelero murió sin enterarse de los cuernos que lo coronaban y yo llevé su apellido hasta los quince años de edad, porque él nunca conoció el engaño que, de haberlo sabido, hubiera ahogado con una sola mano y en una cuba de roble a los amantes de su mujer, a ella misma y a sus dos bastardas. Téngala el Señor en la gloria, que se la llevó cuando tenía las piernas lozanas y miraba a los hombres como si fueran jamones y las dos bastardas hubiéramos vivido de la caridad si no fuera porque alguien me ofreció casa y un nuevo apellido, y así dejé de llamarme Isabel Franca para llamarme Isabel Saavedra, por la gracia de Dios.

Uno de los pecados que más ofende al señor Dios es la ingratitud, piensa la vieja. Tiene que ser agradecida con Magdalena, la mujer que la recogió, de quien tantas cosas se han dicho, entre ellas, que era su madre. Isabel era ya una muchacha de gesto orgulloso y maneras bruscas, que a la sazón contaba con

quince años y que parecía más difícil de amaestrar que un lince. Bien es cierto que en casa de Magdalena entraban caballeros y toda la calle se quejaba de los escándalos, pero eso a Isabel no le concernía y Magdalena, tía, madre o lo que fuera, siempre la trató bien.

Yo, señores, nací y viví con un apellido que no me correspondía y luego quedé huérfana de un padre que no era mi padre, y tuve una hermana que no lo era del todo. Yo, señores, en lugar de ser abandonada como huérfana, fui conchabada por la tal Magdalena a quien no conocía de nada y que prometió ante el escribano y firmó que «ponía y puso a servicio a la dicha Isabel de Saavedra (o sea, yo), menor, con doña Magdalena de Sotomayor por tiempo de dos años cumplidos». Agrega que en ellos servirá Isabel a doña Magdalena, y ésta le dará veinte ducados, de comer y beber, cama y camisa lavada, y le enseñará a coser y hacer labor.

Magdalena, a quien algunos cronistas considerarían su madre, dijo que era tía de Isabel, y como una sobrina la trató. Esto es para los que digan que la dichosa edad y los siglos dichosos eran más fáciles y sencillos que los de hoy, eso es pura melancolía.

Si mira hacia atrás, desde la atalaya del tiempo, Isabel piensa que todo tiempo pasado fue peor, y que no hay nada como la calma de este convento en la calle de Cantarranas, a pesar de los ruidos de las edificaciones que, con su golpeteo, escanden el amanecer, el olor a huertas y a estiércol, los golpes de las azadas. En este convento, testimoniarán los documentos notariales, Isabel de Saavedra estuvo y no estuvo, pero quién confía en los papeles, son cosa de los hombres, dicen siempre lo que a ellos les conviene, si la historia del mundo la hubieran narrado las hembras, otro gallo cantaría.

Cansada, deja la pluma. Va a amanecer y oye a las monjas elevando sus voces finas, cantan maitines, pronto saldrán a cuidar de las gallinas, batirán el huerto con la azada, y las novicias, con las mejillas encendidas, se escandalizarán hasta por la cópula de los insectos. Isabel, mientras tanto, escribe. Es tan anciana que casi no se puede sostener en pie, y la albergan en el convento aunque no ha hecho los votos. A veces echa una mano en la farmacia o en la cocina, solo le queda el honestísimo entretenimiento de recordar el pasado. Su amiga sor Marcela, que también escribe, de tanto en tanto representa una comedia para las

monjas. Isabel sabe que sor Marcela no muestra todo lo que redacta. En la noche oscura va al pozo y saca el agua, se asoma a la celda de Isabel que casi no duerme y recita: «en el agua está el origen de todo lo que está, en el agua está lo que es verdadero. El agua todo lo cubre. El agua llora». Ay, Marcela, qué joven es. En cambio Isabel redacta con dificultad. A través de los muros del convento llega el canto de los pájaros, el aroma de la tierra mojada por el riego, las carretas que pasan por la calle amasando el barro, los gritos de los buhoneros ensalzando sus mercancías, el bullicio de las casas en construcción, el rodar de las piedras, los martillazos en la madera. Aprieta el secante. Sopla.

Vuelve a recordar su niñez. De los tiempos con Magdalena hay algo que pesa sobre las demás sensaciones, las tardes de charlas y bordado, los dulces de yema y las tareas de la casa, un recuerdo que se aúpa sobre otros. Se trata de un hombre, ni alto ni bajo, ni corpulento ni delgado, de barba rubia y pocos dientes, que habla tropezando en las sílabas. Se acerca a Isabel y le acaricia la cabeza. Ese hombre y esa mano, porque la otra la tenía amojamada, el tacto sobre su pelo con rizos. Magdalena sonríe, es evidente que se tienen mucha confianza, empuja a la niña hacia él. En silencio se mantienen uno frente al otro. Mientras la mano le recorre la cabeza, siente que el hombre la está uncido con un sacramento que Isabel desconoce.

—Ese hombre, dice Magdalena, tomándola por el mentón y mirándola fijamente a los ojos: recuérdalo, Isabel. Míralo y no lo olvides.

—¿Por qué a este en particular, y no a cualquiera de los demás?

Magdalena tiene amantes. Vive de ellos y sus regalos. Declara que es costurera, pero jamás enhebra una aguja. Aparecen más mujeres de la misma familia, todas cambian de apellido como cambian de camisa, cambian de camisa por vestidos de telas labradas, cambian las telas labradas por nuevos hombres. Llevan tocados y collares de piedras. Se divierten. El hombre de la mano que acaricia vuelve cada tanto, y no dice nada. Se sienta frente a ella, la observa. ¿Está casado? Sí, dice Magdalena, lo está. Luego Isabel sabrá que, cuando ella nació, el hombre se casó con una mujer muy joven.

—¿Dónde está ella?

—La deja sola en el pueblo. Pero eso a ti no te importa. Y repite: no lo olvides.

Isabel sueña con el hombre sin mano.

Y pasan los años.

Yo, señores, nací, pero no todos los años fueron dichosos, que cuando trae desgracias la corriente de las estrellas no hay fuerza en la tierra que la detenga. Nací, crecí y me casé, tuve una hija. Enviudé. Tomé amante en la persona de Juan de Urbina, cedí a sus requiebros, retozamos sobre el lecho, él, a cambio, me protegió y me dio casa en la calle Montera, muy cerca de Jardines, que es donde Juan de Urbina habitaba. Allí me amancebé con él, allí murió mi hijita, allí volví a casarme, porque no es bueno que una mujer esté sola. Y el hombre sin mano censuró mi conducta cuando yo no hacía más que lo que él ya había hecho. Venía a verme enfadado, al tiempo que exigía que lo llamara padre.

Sor Marcela se asoma a la puerta y la interrumpe, ¡es tan hermosa! Acaba de escribir algo, y quiere que Isabel lo lea, insiste como una chiquilla. Lleva en el convento casi desde niña, se ha encerrado allí porque sus padres le tenían poco amor y se ha venido bajo sagrado, dice, como los delincuentes se esconden de la justicia. Lo que trae escrito son hermosas silvas galantes, una escena de teatro. Sor Marcela lee y bailotea, gira sobre sí misma, el pobre hábito se esparce como una corola. Poemas que oculta a su confesor. Riéndose pregunta:

—¿Cómo es eso que cuelga entre las piernas de los hombres? Descríbelo, dice. Anda. E Isabel lo hace con mucho detalle, luego Marcela lo decora con la imaginación.

—Como te descubran...

—No te preocupes, Isabel, escriba lo que escriba, me olvidarán. ¿Quién se acuerda de nosotras?

Cuando se va, la celda se vuelve oscura.

Yo, señores, tuve una hija. Mi hijita, que murió cuando apenas sabía caminar. Tuve también dos maridos. Y un amante.

Como los grandes fuegos, los grandes secretos son difíciles de ocultar, todo lo denuncia el humo. Así Isabel supo por fin quién era el hombre que le acariciaba la cabeza y que se hacía llamar su padre, y nada bueno tenía que resultar: un ex soldado, un aventurero. El hombre que abandonó a su madre y corrió a casarse con otra. El que ahora la riñe por cosas que él mismo no evitó. El tantas veces juzgado, el que conoció la cárcel. El que fue condenado y que, en vergüenza pública, debía perder la mano derecha pero huyó y estuvo en Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. El que luchó en aquel combate famoso en el lugar del esquife y no quiso meterse so cubierta a pesar de que tenía calenturas. El que resultó herido. El que soñó con emigrar a América, el que fue esclavo en Argel y espía en Orán. El que tenía amigos dudosos. El que escribió para lectores desocupados. El que no supo cuidar de una niña, aunque nunca la abandonó del todo y que ahora la persigue hasta en la muerte porque está su cuerpo enterrado en este convento, tendido en un ataúd, el hábito franciscano, la cara descubierta. Por toda herencia le dejó una caja de madera con sus iniciales claveteadas, dentro de la caja, una mano, la que erróneamente se decía que perdió en Lepanto, una mano conservada, amojamada. Su madre le había dejado como herencia siete piezas de tafetanes amarillos, un jubón, un rosario de cristal, seis almohadones de Holanda. En cambio ese padre esquivo solo le dejó una caja. Y a Isabel se le afloja el corazón y comprende que algo le debe a ese hombre que le legó lo único que tuvieron en común: una mano capaz de escribir.

Extramuros crece el barrio y ella, como no es monja y no sufre clausura, es la que sale, sobre Isabel recaen los pequeños encargos. Por toda la calle Cantarranas levantan edificios nuevos, unos, como el convento, tienen huerto. Otros, pozos de agua transparente, fuentes que manan por las calles derramándose hacia las raíces del mundo. Todo fluye, todo pasa, todo vuelve, los pozos reflejan el cielo o comunican sus caras plateadas con los ríos que viajan por el centro de la tierra y van a dar a la mar. Sor Marcela y sus papeles. Ha oído los gritos del confesor, que descubrió los escritos de Marcela y le ordena quemarlos. ¿Qué harás?, susurra Isabel por la noche, las dos secreteando a la luz del candil, tan cerca que se estremece, la dulce mejilla de sor Marcela, su boca tentadora cuando sonríe, los dientes tan blancos. No ha visto nunca a un hombre desnudo, pero sabe cómo manejarse con ellos, no por nada es hija de quien es. ¿Podrás conseguirme frascos de la botica?, ¿una redoma?, pregunta. Y añade: el

brocal del pozo tiene una boca muy ancha y guarda secretos. Al fuego lo delata el humo, hace volar el papiro a la vista de todos. El agua, en cambio, es silenciosa como una mujer prudente. Y añade: como ordena mi confesor, mis poemas arderán por la tarde con los recortes del huerto, pero nadie puede leer lo que lame el fuego. Soy escritora, y para llegar a serlo elegí esta cárcel, dedicarme al arte es dedicarme a Dios. Y más bajo, como en secreto: consígueme esas redomas. Anda, Isabel, y la besa en la frente, luego en la mejilla, tan cerca de los labios, consígueme lacre o cera, y una cinta, para cerrarlas.

Isabel comprende ahora el ir y venir del cubo en mitad de la noche, el chirrido de la roldana, la cuerda, ese lamento del agua como de criatura perdida: todo lo esconde el pozo, hasta la preñez de las palabras. La mira y recuerda al hombre sin mano, escribiendo siempre. Ahora es una anciana, ¿qué podría engendrar esta estéril vida suya? ¿Solo esta mano monda y desnuda? ¿Y qué podría engendrar la mano de su padre, sino una hija seca? Manos que escriben, brocales del pozo, mujeres y amores. Entre los helechos incrustados, el cubo desciende hacia el submundo del agua y se queja como un niño en la oscuridad. Palabras, misterios, poemas.

Isabel sale a la rúa, al llegar a la esquina un jinete pasa a todo galope y el barro le salpica la falda. Es el barro de sus pecados, el lodo de una vida en la que todo se diluye. Piensa en sor Marcela, y en cómo las dos nacieron con nombres cambiados. Marcela, hija de Lope de Vega, apellidóse Expósito hasta que tomó el nombre de sor Marcela de san Félix.

Yo, señores, nacida Rodríguez, moriré con mi nombre completo, Isabel de Cervantes y Saavedra, aunque ilegítima, única descendiente de Don Miguel. Somos mujeres, y las dos sabemos que solo podremos sobrevivir a estos hombres cuya sombra todo lo oscurece si vestimos el tosco sayal y llevamos el pelo rapado.

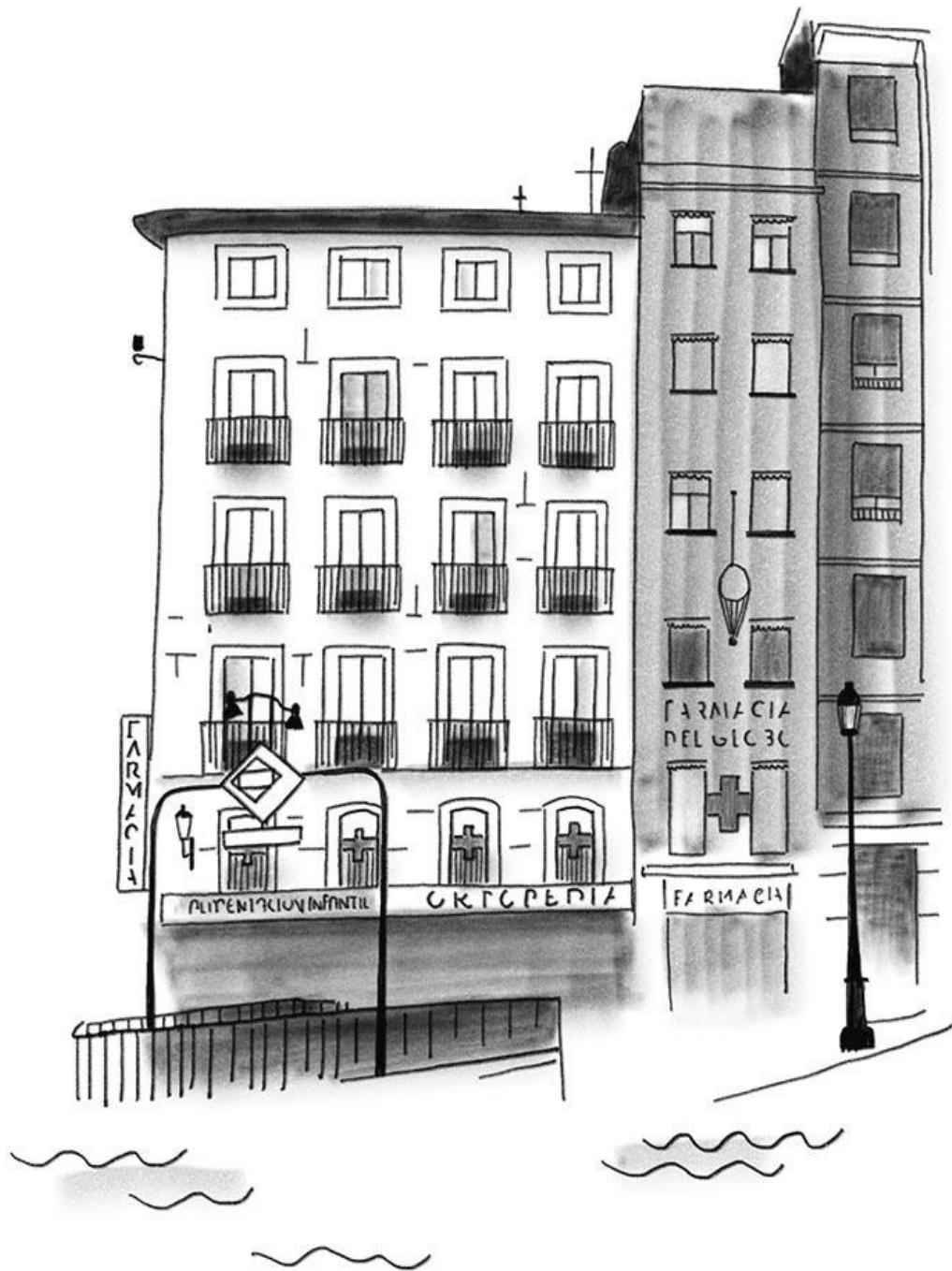
Una casa exhibe su costillar de ballena, las vigas recién plantadas, la mole de piedra tosca sobre el portal, las tejas como escamas. Golpean los albañiles, cantan y clavetean la mañana con el ritmo de una ciudad que crece, de un barrio

que se despliega. Isabel se acerca a un hombre que está levantando una pared con ladrillos rotos, pedruscos, trozos de crin y cuerda, le grita que baje, tiene algo para él, vocea, unos reales, si me hace el favor, y puede pasar por el convento, le daré de comer caliente, en el torno, sí, solo por este favor unas tajadicas de carne de membrillo. Y le extiende la caja, ese pequeño ataúd claveteado con las iniciales de su padre, le pide que lo entierre allí, que lo esconda en lo alto de la pared, donde el muro que está levantando apoyará la llegada de otra casa, de otro huerto, de otro aljibe. Allí quedará para siempre enterrada la mano que escribe, la mano de las caricias.

Y, santiguándose, Isabel rúa pendiente abajo, pide al Señor perdón por sus pecados, murmura una oración por su padre y regresa al convento.

Fui sobre agua edificada

(Los viajes de agua)



Fui sobre agua edificada

Mis muros de fuego son.

(Antiguo lema de Madrid)

Había dejado atrás a su madre, el enjambre bullicioso de las hermanas, los patios invisibles en los que se atareaba el agua, libros, cántaros y tinajas, tarros amontonados en el patio, cazuelas en las que esa misma noche, por última vez, había compartido una cena familiar, el castillo, la mezquita, la ciudad fortificada con piedras de sílex, las torres cuadradas protegidas por vigías, los ronquidos de la soldadesca, las murallas, el foso, las perezosas grupas de los caballos, sus largas crines espantando moscas, las casas de los funcionarios, la franja en la que los artesanos, en cuanto saliera el sol, pondrían sus productos a la venta, las ollas parduzcas de barro amasadas con ese zumo pringoso, churretones de barro removido que ahora se le colaban entre los dedos de los pies. Bajó la cuesta empinada y cruzó los arrabales en los que brotaba el caserío apretujado de los que ya no cabían en la fortaleza. Calles laberínticas, palomares y huertas, tierras de labranza, campos de centeno plateando bajo la última luna, el festivo revolcarse de un riachuelo, los pozos que, desde hacía meses, cavaban los esclavos en torno a la muralla. Decidió no pensar en el dolor de sus pies desnudos. Si se daba prisa llegaría al bosque antes de que amaneciera, antes de que los bueyes y las ovejas y los ladridos se derramaran por las pendientes y el pastor pudiera dar el aviso.

En casa seguirían durmiendo. La imagen se concentró en los dedos de su padre dirigiendo la delicada precisión del astrolabio. Él le había enseñado a leer y a dibujar con hermosa letra los textos de los antepasados. Como si se tratara de una plegaria repitió: Salim al-Tafrí, intentando grabar la estirpe en su memoria. Salim al-Tafrí, hijo adoptivo de la ciudad de Mayrit, hombre sabio respetado por todos. Un padre virtuoso con una estirpe trunca, varias esposas y una maraña de hijas hembras. ¿Por qué les enseñaría a leer? ¿Por qué las obligaría a soñar con imposibles? Los pies, ya cubiertos por el barro, le pesaban como las patas de un elefante. Se detuvo un momento y vio que se apagaban las constelaciones,

pronto comenzaría el amanecer. Todo había sucedido un mediodía, en el que ella había pecado. Ella, que entonces era él.

Subían los ruidos de la mañana: se despertaba el ganado, un gallo clavaba su canto victorioso, el martillo del herrero rebotaba sobre el metal, los ásperos relinchos de los caballos anuncianaban la primera partida de reconocimiento, las espadas, ansiosas por defender las fronteras, aguardaban dispuestas a desenvainarse contra los hombres del norte, listas para vigilar la hermosa ciudad en perpetua rebelión contra el Emir, la tormentosa Toledo, la línea de atalayas de vigilancia ya estaría presta a encender sus fuegos. Armas, caballos, soldados. El olor a hierro de la sangre.

Abriéndose paso en la abrupta ladera, rodeada de un monte boscoso de robles y encinas, llegó hasta los fresnos que denunciaban el agua. Allí, entre la cabellera de sus ramas había sucedido su desgracia, allí le tocaría terminar con ella.

Fue un mediodía en el que el sol brillaba como una moneda de oro, un mediodía sudoroso de crines y relinchos. Ella regresaba de un reconocimiento por la zona montada (¿o debería decir montado?) sobre un alazán, sudando como la bestia. El rastro de patrullas enemigas había alejado a su grupo de Mayrit y tuvieron que hacer noche bajo las estrellas, apretados los unos contra los otros, no solo para presentar ante los osos y jabalíes un cuerpo temible, de brazos y piernas múltiples, sino también para que el rocío no les calara los huesos. El resto de los soldados se había dirigido a la ciudad y, seguramente, ya estaban colocándose en fila para atravesar la puerta de la muralla. Por la mañana, muy temprano, cuando todos estaban aún dormidos, decidió darse un baño en el río. Un baño en el río, algo tan inocente, en sus ondas frescas como cuchillos de luz. Un baño en el río, algo que sus padres le habían prohibido. Un baño en el río y, al desnudarse, no él, sino ella. Nunca te quites la ropa. Nunca. Ni siquiera delante de los esclavos. Di que tienes la piel enferma, que es contagioso, di lo que te dé la gana, pero no te muestres ni siquiera en el hamam.

En las altas torres de Mayrit ya no se clavaba la cúpula de estrellas. Quizá su madre, muy madrugadora, era por fin consciente de las mantas vacías, de los

cojines humillados por el peso de su cabeza, del hurto de los vestidos sin estrenar. Quizá sus hermanas dieran la voz de alarma, o el padre, que se levantaba temprano para rezar. A lo lejos se escuchaba a alguien cortando leña. Tenía que correr.

Había sido culpa de su padre, el noble Salim al-Tafri, por ese loco deseo de tener un hijo varón. Un varón entre tantas hembras, un varón, un varón. Eres un viejo con la simiente gastada, lo ofendía la madre. Un infortunado que solo me hace parir hembras. Un pobre hombre lleno de hijas y sin continuidad. Soy tu tercera esposa, y mira. Fue cuando había perdido las esperanzas que el califa les ordenó que dejaran Córdoba. Todas hembras, menos ella, que en el viaje entre Córdoba y Mayrit había transmutado, había perdido faldas, velos y abalorios para convertirse en chico. Eres macho, le decía el padre, el hijo que no tuve, el que aprenderá todo de mí, el que asistirá conmigo a las plegarias colectivas, el que se batirá en las justas, será soldado y me devolverá la honra.

Un viaje lo borra todo, quién sabe de los hijos de un funcionario, quién los ha contado como si fueran las perlas de un collar, quién ha espiado lo que esconden entre sus piernas, y así la niña se convirtió en varón y se afanó con las matemáticas, dibujó el paseo de las constelaciones, llegó incluso a interpretar el planisferio de Ptolomeo. No sabía manejar una rueca ni bordar, ni tejer alfombras, pero su letra era hermosa y el pecho le tardaba en brotar. No sabía preparar el pan en el fuego del patio, pero tenía destreza con las armas, y la mirada demasiado suave. Una melena poblada y brillante. Resultó hábil con los ásperos caballos que, a todo galope, aparecían y desaparecían entre hondonadas y mesetas. Un brazo firme para sostener al azor que se lanzaba hacia las cimas. Una lengua sutil y elocuente en los pactos con los superiores. Un hombre de verdad. Tal vez demasiado menudo. Tal vez barbillaño. Una chica, y también un chico, que ahora corría por el campo, llevando entre los brazos un hatillo de ropa.

Cuando empezó a sangrar, su madre le dijo que todo iba bien. No era un castigo ni tenía nada que ver con un miembro amputado. La sangre es como el astrolabio, le explicó, como el reloj de arena, como el álgebra o el juego del ajedrez: da cuenta del orden y la medida de todas las cosas. Mientras sangres, le

dijo, estarás segura. La sangre es el ritmo de la vida. Pero, si algún día se detiene ese flujo, serás una paria. Y no le explicó nada más.

En esos días los hombres habían empezado a abrir, en la ladera de la colina, otro «qanat» o viaje de agua, una galería subterránea que bajaba por la pendiente hasta aprovisionar la ciudad. Al remover la tierra, había aparecido un esqueleto monstruoso, los restos de un animal gigantesco cuyos huesos parecían remos. Se llamó al cadí para levantar un acta del descubrimiento y durante semanas los hombres hormiguearon en torno a la bestia pero, cuando comprendieron que los huesos mudos no iban a explicarles nada, volvieron a la labor. Más adelante, algunos robarían el costillar del monstruo para sostener las cúpulas de sus casas, los huesos fuertes de las extremidades se convertirían en columnas. Por fin harían un túmulo con lo poco que quedaba. Mientras tanto, las obras avanzaban y, en la pendiente de la colina, se recogía el agua de lluvia con una elaborada red de pozos y se apropiaban de los acuíferos naturales. Era un sistema ingenioso que había viajado desde el Medio Oriente y el norte de África, y que funcionaba propiciado por la pendiente de las siete colinas que rodeaban el territorio. A través de galerías revestidas de ladrillos emergía el agua y era empujada a una red de caños de barro, que mantenían su magnífico sabor. Había pozos que aireaban el líquido y los artesanos, para evitar los accidentes, los cubrían con capirotas de piedra. Solo uno permanecía abierto. Desde allí, con su borboteo alegre, el líquido remansado se dirigía a las fuentes, casas, huertas, jardines. El esqueleto, o lo que quedaba de él, se blanqueaba al sol. Quedaba la cabeza, con los presuntuosos huesos sobre la nariz, y las articulaciones, con restos de una piel coriácea. Dios lo había regalado a esas tierras, de la misma forma que había regalado a la ciudad el don de las aguas, sobre la que estaba edificada. Pronto correría con su música hasta llegar a la ciudad, sacudiendo las acequias, el aroma de los frutales, y remansaría en la alberca de la casa familiar, donde los árboles custodiaban la frescura.

Mientras mudaba su ropa de hombre por ropa de mujer, la chica pensó que el agua podía dar y quitar la vida, convirtiendo el mundo en un oasis o en un desierto. Se dijo que, aunque el trono de Dios estaba asentado sobre el agua en el momento de la creación, el agua no era del todo inocente. Había sido su regalo, su pecado, y tendría que ser su castigo. Por su deseo de agua, dos meses atrás había roto la prohibición y se había despojado de la vestimenta de soldado para lavarse en el río. Por ese deseo, su hermoso cuerpo lechoso había emergido entre la maleza, donde las alimañas se acercaban a repostar. Había mancillado los nidos de las perdices, el entramado de varas de las mimbreras. Las ramas

temblorosas de los sauces. Su piel perlada como un lirio. Por su deseo de agua, las granadas del pecho, el matojo del pubis. Comenzó a peinarse.

Dos meses sin sangrar. Dos meses desde que algo surgió del monte, de esas ramas enmarañadas, de la tierra sucia, de las heces del ganado, del calor. Un cuerpo que cae sobre su cuerpo desnudo como cae una rapaz sobre su presa. Un cuerpo que le clavó las garras. Dos meses desde que una espada ardiente se había hundido en el centro de esa herida que pautaba el ritmo de la luna. Dos meses ya. Dos meses de desvelos. No se lo dijo a nadie, nadie la podría ayudar.

—La sangre es el ritmo de la vida. Si lo olvidas, te convertirás en paria.

La chica terminó de peinarse, perfumó su cabellera y se vistió de mujer. Collares y abalorios, cintas, pendientes y una tiara, potingues, perfumes, velos y oro, todo aquello que podría usar una novia, todo aquello que no debe usar un soldado. Sus pies estaban tan heridos que no se pudo calzar. Con la ropa limpia como la que amortaja a los muertos se estudió en el remanso del agua: era muy hermosa. Oyó cantar a un mirlo, y supo que era la última vez que lo oía. La chica se vistió de mujer: todo estaba, por fin, en orden. Con una cinta bordada se anudó las faldas a los tobillos, no quería que el impudor de la muerte descubriera su mutilación, su carencia y, mientras saltaba, mientras abandonaba para siempre la luz del día, multiplicó sus invocaciones al Misericordioso y soñó con palmeras y granados, con ríos de leche, con un Paraíso en el que manarían arroyos de miel y en el que no existía diferencia entre hombres y mujeres.

Pocos días más tarde, sobre el cadáver de la mujer ahogada, reptaba una criatura que había brotado de entre sus piernas. Era apenas un puño palpitante, pero se alimentó golosa del cuerpo de su madre, voraz limpió la cavidad de los ojos, devoró las raíces del pelo, fue cebándose con ella hasta que la convirtió en una quilla de huesos. No era humana, ni animal, ni planta, ni siquiera todo lo contrario. Parecía un helecho, un embrión o un pez, o un lagarto, o un insecto gigante, acaso un elefante diminuto. Claveteados en las sienes, sus ojos brumosos no tenían párpados. De haber avanzado la preñez de la madre, tal vez hubiera sido un primate. Tal vez un ser humano. Tal vez no. Era algo gelatinoso y siguió siéndolo a través de los siglos ya que, como no había nacido, tampoco tenía el don de morir.

A veces, durante las noches, la criatura se acerca a la boca de un pozo, llora su estupor de no estar viva, o se ríe a carcajadas en una fuente, se atraganta en los borboteos imposibles de los caños, o salpica con la lluvia que permea el subsuelo. Eso es lo que se oye a veces, cuando el agua regurgita, cuando la criatura se revuelca, se queja, se atasca antes de despeñarse por las cañerías de la ciudad.

El milagro

(El humedal)



Para Nuria Barrios, Javier Goñi y Carmen Valcárcel

Sucedió cuando Madrid no era Madrid, ni siquiera Matrice, ni Mayrit, ni la madre de las aguas, millones de años antes de que apareciera ese mono desnudo de frente huidiza al que llamaremos hombre, cuando los continentes navegaban hacia su posición actual y el Mediterráneo se llenaba y se vaciaba como si fuese una bañera y todo lo que rodeaba el paraje eran relieves montañosos lamidos por las aguas, riachuelos palpitan tes como las venas de una mano. La corteza de la tierra había superado la edad de las hierbas, la zona llevaba años convertida en humedal, en una sabana arañada por garras de tortugas gigantes, inmensos roedores, tigres con dientes de sable, úrsidos-cánidos o felices antílopes enanos minuciosamente diseñados que correteaban y pastaban entre las gramíneas devorándose los unos a los otros sin plantearse problemas éticos o estrategias de mercado, ramoneando en praderas y bosques abiertos bajo cielos sin contaminación (pavorosos, tal vez, durante la noche, tachonados de constelaciones indecibles, meteoritos amenazantes y majadas armoniosas de nubecitas blancas).

Allí, en ese edén del que nadie había sido expulsado, creció un Hispanotherium matritense (hembra) que fue, sin saberlo, el último ser del Mioceno medio que trotó por esa ciudad inexistente (no solo porque no había sido construida, sino también porque nadie la podía nombrar, una ciudad sin proyecto sin carpetanos, sin romanos, ni árabes, ni cristianos, ni turistas), un solitario Hispanotherium matritense (hembra) que intuyó que estaba solo en este mundo cruel, pero que no alcanzó a decirlo (sin el lenguaje, qué somos), un animal pesado como un tanque de guerra que apenas si sabía repetir «brrr», grupo consonántico escaso para definir el cielo y la tierra, la angustia y la alegría de vivir, el paso de las estaciones, el cosmos pavoroso, la exaltación de los días de sol, un mamífero con ese nombre tan difícil de pronunciar y sin apodo, pobre Hispanotherium matritense (hembra), acotado más tarde por el obsesivo mundo de las clasificaciones, incapaz de presentir la desgracia que había acabado con todos los suyos y que terminaría con él antes de que culminara ese día aciago, antes de que llegara la noche. Para decirlo de otra manera, solo faltaban algunas horas para el final. En realidad no eran horas, porque nadie las había metido en un reloj, y es posible que un minuto durara entonces, por ejemplo, cinco mil años.

Es decir, un Hispanotherium matritense (hembra) fue el último habitante del barrio, supérstite de una manada de rinocerontes que, como había nacido antes que los griegos, no sabía que su nombre se refería al cuerno en la nariz y, además, en este caso, era una hembra que ignoraba incluso su sexualidad (montar o ser montada, competir por el mando, o las fatigas de la reproducción, nada de identidades y cosas por el estilo), un ser perdido para la ciencia ya que no se registraría su cerebro (que nadie conoció, porque el cerebro es lo primero que se va, tan lábil, y gomoso, y volátil), ni siquiera quedaría constancia de lo que habría de suceder bajo el cielo vacío antes del cataclismo, porque la materia gris no fosiliza y, para la ciencia, no existe lo que no se puede demostrar.

Resumiendo:

Así pues, en ese día aciago, el Hispanotherium matritense (hembra) comenzó a trotar calle arriba con la ansiedad de aparearse, porque tenía su primer celo (hay que imaginar el celo descomunal de un rinoceronte prehistórico), sin saber que el desastre ya había terminado con sus congéneres. Emitió primero una señal bioquímica (un olor hediondo), luego parpadeó con un gesto coqueto propio del ritual del cortejo (esas pestañas sublimes de los rinocerontes, los ojillos aceitados) y lanzó el «brrr» que tantas veces había oído en la manada en épocas de reproducción. Como si las estuvieran arreando, las nubes se alejaban hacia el horizonte. Fue entonces cuando el Hispanotherium matritense (hembra) tuvo un primer sentimiento (aunque los paleontólogos se niegan a aceptarlo) y, con la boca sin labios y los dientes fuertes, intentó comunicarlo. Para que haya lenguaje, el cerebro necesita cierta capacidad de ordenación y almacenamiento. ¿Lo tenía el Hispanotherium matritense (hembra)? No lo podemos aseverar. Lanzó al aire su bramido, que esta vez sonó como una pregunta (¿es el cambio de tono una forma de lenguaje?) e hizo algo inaudito: puso el ápice de su lengua gorda y áspera contra los dientes acostumbrados a masticar la vegetación más dura, y suplicó: ¡t-brrr! ¡Un prefijo, un prefijo! ¡Sí, señoras y señores, una oclusiva dental sorda! ¿Protosintaxis? ¿Podemos aventurar, acaso, que existen tendencias ancestrales en el lenguaje?

Tantos años de evolución desperdiciados, el final de una especie, la soledad de la muerte antes de haber conocido el peso del Hispanotherium matritense (macho) sobre sus ancas. Qué pena. Bajo las sacudidas de alguna placa tectónica temblaba la futura ciudad, en algún lugar del planeta estaba surgiendo una

montaña. Hispanotherium matritense (hembra) lanzó al cielo la eterna pregunta sobre el sentido de la existencia «¿brrr-t?», y comenzó a trotar calle abajo sacudiendo sus caderas brillantes, se tendió núbil en un charco, extendió las patas para acariciar por última vez el lodo, la piel acerada buscando la humedad de la tarde. Como en un lamento, el agua manaba y un sol ominoso se ocultaba tras los bosques achaparrados.

Varios millones de años más tarde, allí mismo, en el Barrio de las Letras, en una calle que se llamaría primero Cantarranas, y luego Lope de Vega, el viento y los diluvios amontonaron magras de color verdoso hasta erigir un túmulo sobre los restos del animal. Se apelotonó la gravilla, el limo arcilloso, la tierra vegetal del Neolítico, las primeras plantas, el destortalado esqueleto de un homínido, restos de fogatas, la punta de sílex de una flecha y, por fin, alguien levantó una capilla. La capilla se demolió y sobre ella se construyó el convento de las Trinitarias. Allí fueron enterrados los restos de Cervantes. Bajo otros muertos sin nombre, mezclada con los detritus de la ciudad, reposa también la momia incorrupta, el esqueleto poderoso de la hembra que inventó el lenguaje. Su cuerpo glorioso, con el himen intacto.

Génesis

(El océano de lava)



Antes de que se levantara el Barrio de las Letras, antes de que la ciudad se edificara sobre el agua, antes de que Europa se alejara de América, antes de que existieran los continentes, antes de que Pangea los uniera, antes de que se enfriara la litósfera, es decir, en el origen de todos los orígenes, el mundo era un océano de lava. Entonces llegó la diosa y vio que todo estaba por hacer y atrajo a un planeta que chocó contra la Tierra. Así brotó la luna. Eso fue el primer día. En el segundo convocó un bombardeo de meteoritos que, percutiendo sobre la tierra, embalsó el agua y creó la hermosura del mar. Satisfecha la diosa suspiró, y a ese soplo de vida lo llamó atmósfera, palabra compuesta de atmos, vapor, y sphaira, esfera, y soñó con un pueblo sin academia que sería la piedra angular de las etimologías. Cuando el mundo era ya un hermoso planeta azul, cocinó la diosa en el caldero de los océanos una sopa burbujeante de vida: bacterias, microorganismos, algas y musgos, monstruos de las fosas abisales, movedizos artrópodos que pisarían tierra firme, simios curiosos, de los que descendemos nosotros. Dicen que en el Jurásico el choque con un meteorito expulsó al espacio parte del agua primitiva y esta riada creó el primer enigma: ¿se replicó en el cosmos el agua con la que nos duchamos? Algunas tradiciones sugieren que la diosa cabalgó sobre esos ríos turbulentos y se marchó a organizar otras galaxias. De su obra colossal no se habla porque del silencio de las diosas se nutren las cosmogonías. Esta es la historia del origen. El resto son batallas. Caín y Abel.

Agradecimientos

A Daniel Gil Benumeya, por su libro Madrid islámico, a Lara Armacegui por Madrid subterráneo y a Elena Fortún, por Celia en la revolución.

A Isabel Wagemann, por esa imagen que impulsó este libro. A Ami Rigotti, por nuestras charlas sobre las ciudades, a Carmen Dorado, por los datos sobre el agua y los árabes, a Natalia Ares, por sus sugerencias siempre estimulantes, a Toni Calvo Roy y José Miguel Viñas, por conversar conmigo sobre agua, nubes y lluvia, a Marcelino Montero, por sus historias y su amistad, a Santiago Eguren, por los datos sobre los militares españoles en Filipinas. A Pedro García, por las puntualizaciones sobre el Siglo de Oro. A Pedro Valverde Caramés, por calcular para mí la trayectoria de una bala.

A mis lectores, Carmen Valcárcel, Nuria Sierra, Ricardo González Leandri, Javier Siedlecki, Camila Paz Obligado, por sus sugerencias siempre certeras.

A Julieta González Obligado, Mariana Grekoff y Álex Fernández Banegas, por el generoso diseño de la portada. A Javier Rujas por su ayuda con los mapas, y a Manolo Yllera, una vez más, por sus fotografías.

Empecé a escribir estos cuentos en Berchères la Maingot, Francia, bajo la amable protección de Pilar González y Éric Mesguich, lo seguí en Acapulco, donde dejé de lado un paseo fabuloso para escribir un cuento que tardé cuatro años en terminar, continué en Casa da Vide, Portugal, de Chantal Marboeuf y Marion Berger y en Galicia, en casa de Mirian Galante. Vagabundearon conmigo por Buenos Aires, Madrid, México y Guatemala y los terminé, por fin, en Robledillo de La Vera, Cáceres. Un recorrido demasiado largo, sin duda, para una historia que sucede prácticamente en una sola calle y casi en una sola casa, situada en el Barrio de las Letras de Madrid.